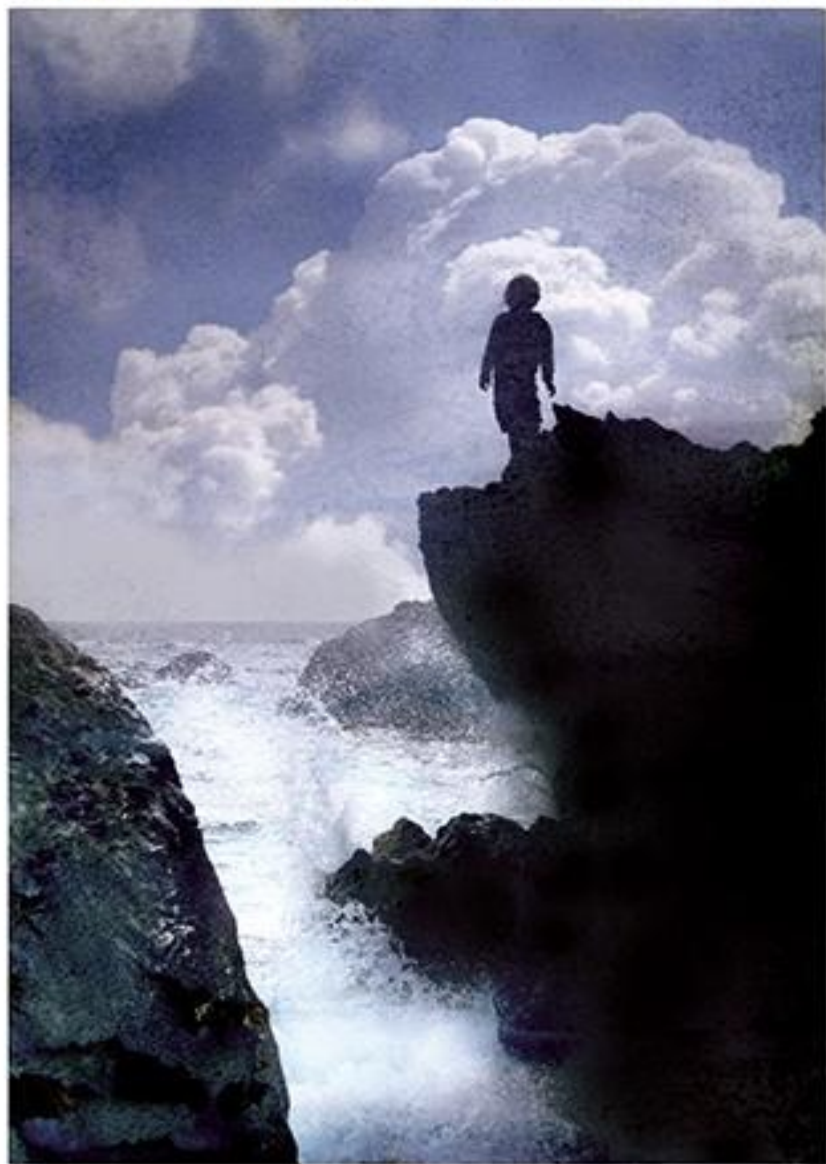


ENTRE CIELO Y TIERRA

JÓN KALMAN
STEFÁNSSON



Lectulandia

Ambientadas en las pequeñas aldeas del oeste de Islandia, las historias de Jón Kalman Stefánsson exploran sutilmente los laberintos del alma humana a la par que destilan una visión poética de la existencia que no deja indiferente a ningún lector. Autor ampliamente reconocido en su país y ya consolidado entre los escritores europeos gracias al éxito obtenido en Francia y Alemania, ésta es su primera obra traducida al español.

Los personajes de la novela se sitúan hace poco más de un siglo, en un poblado de pescadores de los fiordos occidentales, entre montañas escarpadas y un mar capaz tanto de dar alimento como de arrebatarse vidas. Siguiendo una tradición centenaria, salen a pescar desde muy jóvenes en escuetos botes de seis remos en los que, a menudo, para alcanzar los bancos de bacalao, reman durante horas entre el oscuro oleaje. No saben nadar. Una noche, un muchacho, apenas un adolescente, y su amigo Bárður, con quien comparte su afición a los libros y sus ganas de conocer el mundo, salen a pescar con la cuadrilla de Pétur. Después de largar las líneas, mientras aguardan la captura, el horizonte se llena de nubes y se levanta una peligrosa ventisca de invierno. El bote inicia penosamente el regreso a tierra y, a medida que aumenta el frío polar, la frontera que separa la vida y la muerte puede depender de una sola prenda: un chaquetón de piel.

Con un lenguaje minuciosamente trabajado, rico en singulares imágenes y metáforas, *Entre cielo y tierra* nos traslada a un mundo lejano, entre los sueños y la realidad, entre la conciencia y la inocencia, un mundo bañado en una luz crepuscular y melancólica, pero nunca triste, que permanece viva en la memoria del lector.

Lectulandia

Jón Kalman Stefánsson

Entre cielo y tierra

ePub r1.1

Readman 25.04.16

Título original: *Himnaríki og helvíti*
Jón Kalman Stefánsson, 2007
Traducción del alemán: Enrique Bernárdez Sanchís

Editor digital: Readman
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Esta novela está dedicada a las hermanas Bergljóta K. Þráinsdóttir
(1938-1969) y Jóhanna Þráinsdóttir (1940-2005).

Somos casi oscuridad

Las montañas se alzan imponentes sobre la vida y la muerte, y también sobre las casas que se apiñan en la ensenada. Vivimos en el fondo de una hoya: el día pasa, llega el atardecer, se llena lentamente de oscuridad y entonces despiertan las estrellas. Parpadean eternamente por encima de nosotros, como si tuvieran un mensaje urgente que transmitirnos, pero ¿qué mensaje, quién lo envía? ¿Qué quieren de nosotros?, o quizá mejor aún: ¿qué queremos nosotros de ellas?

En nosotros ya no hay mucho que recuerde a la luz. Estamos muy cerca de la oscuridad, somos casi oscuridad, lo único que nos queda después de los recuerdos y, más tarde, de la esperanza, que se ha debilitado, sin embargo, y continúa debilitándose y pronto semejará una estrella ya fría, un peñasco sombrío. Pero algo sabemos de la vida y algo de la muerte, y podemos contarlo: hemos llegado hasta aquí para conmoverte y para poner en movimiento el destino.

Vamos a hablar de quienes vivieron en nuestros días, hace más de cien años, y que para ti serán poco más que nombres inscritos en cruces medio caídas y lápidas ajadas. Vidas y recuerdos perdidos por la despiadada ley del tiempo. Pero nosotros vamos a cambiarla. Nuestras palabras son como una brigada de salvamento en incansable alerta, su misión es rescatar del agujero negro del olvido sucesos pasados y vidas apagadas, y ésta no es empresa pequeña; al mismo tiempo quizá encontremos algunas respuestas, y luego nos pondremos a salvo antes de que sea demasiado tarde. Valga esto por el momento, te enviamos estas palabras, estas brigadas de salvamento desorientadas, vacilantes, nada seguras de su misión, todos los puntos cardinales inservibles, los mapas rasgados o anticuados. Aun así, dales la bienvenida.

Ya veremos lo que sucede.

El muchacho, el mar y el paraíso perdido

Sucedió durante los años en que seguramente estábamos vivos aún. El mes de marzo, un mundo blanco de nieve, aunque no en su totalidad. Aquí la blancura nunca llega a ser absoluta, por mucha nieve que caiga, aunque el frío y el hielo unan cielo y mar, y la escarcha llegue hasta lo más profundo del corazón, donde habitan los sueños; el color blanco nunca se lleva la victoria. Los cinturones rocosos de las montañas se arrancan la nieve para destacar negros como el carbón en medio de un mundo blanco. Prominentes y oscuros, sobresalen por encima de Bárður y el muchacho, que se alejan de Lugar, nuestro principio y final, el centro del mundo. Y este centro del mundo es ridículo y orgulloso. Caminan con agilidad, piernas jóvenes, fuego ardiente, pero compiten también con la oscuridad, lo que tal vez sea adecuado, pues la vida del hombre es una constante competición con la oscuridad del mundo, las traiciones, la crueldad, el desinterés, una competición que muchas veces parece desesperada pero que libramos mientras dura la esperanza. Bárður y el muchacho sólo pretenden quitarse de encima, caminando, la oscuridad y las tinieblas del cielo, llegar antes que ellas a las cabañas de los pescadores; a ratos avanzan codo con codo y entonces la vida no resulta tan solitaria. Pero, con frecuencia, el camino no es más que un sendero que se retuerce en la nieve como una serpiente congelada, y entonces el muchacho tiene que fijar la mirada en los talones de los zapatos de Bárður, la mochila que lleva a la espalda, el negro mechón de pelo y la cabeza que se asienta segura sobre los anchos hombros. A ratos cruzan ríos rocosos, avanzan con pasos pequeños por caminos suspendidos sobre acantilados, pero lo peor es Ófæra, el Infranqueable: a un lado, una cuerda sujeta a la montaña; al otro, un roquedal que cae a plomo, la pared vertical de la montaña, y el mar verdoso que te arrastra hacia él, una caída de treinta metros. Las laderas del monte se alzan casi seiscientos metros hacia el cielo y la cima está oculta por las nubes. El mar a un lado, montañas rotas y altísimas al otro: he aquí toda nuestra historia. Autoridades, comerciantes, quizá ellos dicten nuestros míseros días, pero las montañas y el mar reinan sobre la vida, son el destino, o eso creemos a veces, y así te sucedería también a ti si hubieras despertado y hubieras dormido, año tras año, bajo estas mismas montañas, tu pecho subiendo y bajando al ritmo de la respiración del mar en nuestras frágiles barquitas. Pocas cosas hay tan bellas como el mar en los días buenos, o en las noches claras, cuando sueña y el claro de luna es la suma de sus sueños. Pero el mar carece de belleza, y lo odiamos más que a ninguna otra cosa cuando las olas se alzan decenas de metros por encima de la barca, cuando las rompientes la sumergen y nos ahogan como a miserables cachorrillos, por mucho que agitemos las manos invocando a Dios y Jesucristo, el mar nos ahoga como a miserables cachorrillos. Y entonces todos somos iguales. Los justos y los canallas, grandullones y alfeñiques, felices y desdichados. Hay gritos y algunas manos que se agitan desesperadamente, y luego es como si nunca hubiéramos existido, el cuerpo sin vida se hunde, su sangre se enfría, los recuerdos se borran,

llegan los peces y mordisquean los labios que ayer fueron besados y pronunciaron las palabras que lo significan todo, mordisquean los hombros que llevaron al hijo pequeño, y los ojos ya no miran, están en el fondo del mar. El mar es de un azul gélido y nunca está quieto, un monstruo gigantesco que inspira, nos transporta casi siempre a su lomo pero a veces no, y entonces nos ahogamos; la historia del ser humano no es mucho más que eso.

Seguramente saldremos esta noche, dice Bárður.

Acaban de abrirse paso por el Infranqueable, la cuerda no se ha roto, la montaña no los ha matado arrojando piedras sobre ellos. Los dos miran al mar y luego al cielo, de donde llega la oscuridad, el azul ya no es del todo azul, un atisbo de noche en el aire, la playa de enfrente ya se ve menos nítida, como si hubiera retrocedido, como si estuviera hundiéndose en la lejanía, esa playa casi puramente blanca desde la roca hasta la orilla y que debe su nombre a la nieve.

Ya era hora, responde el muchacho, algo cansado por la caminata. Dos horas desde que se han puesto en camino. Después de tomarse el café y pastas en la Pastelería Alemana, se han detenido en tres sitios antes de salir de Lugar con paso firme, dos horas de penosa marcha. Tienen los pies empapados, claro que están empapados, todos los teníamos igual en esos tiempos, la muerte los secará, decían los viejos cuando alguien se quejaba, a veces los viejos no saben nada. El muchacho acomoda su mochila, con la pesada carga de todo aquello sin lo que no podemos pasar, Bárður no acomoda nada, sólo está allí de pie mirando, silbando una especie de melodía, no parece cansado, diablos, dice el muchacho, yo estoy agotado como un perro viejo y tú como si no hubieras dado un paso. Bárður lo mira con sus meridionales ojos castaños y sonríe burlón. Algunos de los nuestros tienen ojos castaños, aquí llegan marinos de lugares lejanos y así sucede desde hace siglos, pues el mar es un arcón de oro. Vienen de Francia, de España, muchos de ojos castaños, y algunos dejan el color de sus ojos en alguna mujer antes de marcharse, antes de regresar a su hogar o ahogarse.

Sí, ya era hora, Bárður repite las palabras del muchacho. Ha pasado medio mes desde la última vez que salieron a pescar. Primero sopló la tormenta desde el sudeste, llovió, el suelo se llenó de manchas marrones al surgir la tierra bajo la nieve, luego roló al norte azotando con su látigo de hielo días enteros. Tormenta, lluvia y nieve durante catorce días, ni una barca en el mar y de momento el pescado a salvo del hombre en la profunda tranquilidad del mar, donde no alcanza tormenta alguna y los únicos humanos que allí se encuentran son los ahogados. Pueden decirse muchas cosas de los ahogados, pero al menos no pescan ni un pez, en realidad no pescan nada salvo el claro de luna posado en la superficie del agua. Pero dos semanas, y los pescadores casi sin poder ir de un campamento de pescadores a otro por culpa de la tempestad, esa ululante tempestad que borraba el paisaje, los puntos cardinales, el cielo, el horizonte, incluso el tiempo mismo. Hace mucho que repararon lo que había que reparar, anudaron al sedal los anzuelos del bacalao, soltaron los nudos de los

sedales, soltaron todos los nudos menos los unidos al corazón y la lujuria. Alguno se ha acercado a las playas en busca de almejas para cebo, otros aprovechan el tiempo para preparar cosas, para arreglar las ropas de cuero, pero los días anclados en tierra pueden ser largos, pueden estirarse hasta el infinito. Lo más sencillo es matar la espera jugando, jugando y jugando, sin levantarse excepto para atender las necesidades del cuerpo, aventurarse en la tormenta y dejar los excrementos entre las piedras de la playa, aunque algunos, quizá por pereza, quizá por maldad, no se molestan en bajar a la playa y defecan al lado mismo de las casas, y luego le dicen al gobernador, en cuanto vuelven a entrar: ¡Tienes trabajo, magistrado! El muchacho es el gobernador de las cabañas y por eso tiene que limpiarlas por dentro y por fuera, es el más joven, el más débil, no puede retar a nadie a una pelea y el cargo de gobernador se lo impusieron como condena; así son siempre las cosas en la vida, los que carecen de fuerza suficiente tienen que limpiar la mierda que dejan los demás. Dos largas semanas, y cuando por fin amainó el viento, fue como si el mundo hubiera regresado, ¡mira, allí está el cielo, allí está de verdad, existe, y el horizonte sigue en su sitio! Ayer, la fuerza del viento había disminuido tanto que pudieron quitar las piedras del varadero. Bajaron doce hombres de las dos cabañas, dos equipos, pelearon con las piedras que el mar había arrojado a la ensenada, piedras pequeñas que los hacían trastabillar, cortarse y sangrar, seis horas de esfuerzos en la resbaladiza playa. Por la mañana sopla de poniente con poca fuerza, pero la resaca impide casi siempre la navegación cuando hay marejada de poniente, una lástima, casi duele ver esas barreras blancas espumosas y más allá la superficie del mar que parece perfecta. Resulta un consuelo pensar que el bacalao suele esconderse cuando sopla viento de poniente, desaparece, y además se presenta una espléndida ocasión para ir a la villa. Los hombres salen en grupos del campamento, las playas bullen de pescadores y las laderas de la montaña parecen cobrar vida.

Bárður y el muchacho divisan de vez en cuando algún grupo delante de ellos y procuran ampliar la distancia en lugar de acercarse; caminan solos, así es mejor, tienen muchas cosas que decirse que les incumben únicamente a ellos, sobre poesía, sobre sueños y todo lo que nos mantiene despiertos.

Han dejado atrás el Infranqueable. Desde aquí resta aún media hora de marcha, la mayor parte a lo largo de una playa pedregosa donde el mar intenta morderlos. Avanzan por un lugar alto de la ladera, procuran demorar el descenso, su mirada abarca unos diez kilómetros de mar azul profundo que se agita como de impaciencia dentro del fiordo, y la playa blanca enfrente. La nieve nunca la abandona por completo, ningún verano es capaz de fundirla del todo, y sin embargo allí vive gente, viven ahí donde se abre una ensenada.

Allí donde haya un posible embarcadero, allí se alza una granja, y en pleno verano verdea el prado circundante, las turberas verde pálido se extienden por las laderas de la montaña y los amarillos dientes de león se desperezan entre la hierba. Y aún más lejos, al nordeste, se ven más montañas alzarse contra el gris cielo invernal,

son las Strandir, y allí termina el mundo. Bárður deja la mochila en el suelo, saca una botella de aguardiente y los dos beben un sorbo. Bárður suspira, echa un vistazo hacia la izquierda, hacia el mar profundo y oscuro, pero no piensa en el fin del mundo y el frío eterno sino en una larga cabellera negra, en cómo le acariciaba el rostro a principios de enero y en cómo la apartaba la mano más amada del mundo. Ella se llama Sigríður y algo tiembla en el interior de Bárður cuando pronuncia ese nombre en voz baja. El muchacho sigue la mirada de su amigo y suspira también. Quiere hacer algo en esta vida, aprender idiomas, conocer mundo, leer mil libros, quiere llegar hasta la esencia de las cosas, sea lo que sea, llegar a saber si existe esa esencia, pero a veces es difícil pensar y leer cuando uno está extenuado tras una dura jornada de remo, o empapado y helado tras doce horas en los campos; en esas circunstancias los pensamientos pueden llegar a ser tan pesados que uno apenas es capaz de levantarlos, y entonces está lejos de la esencia.

Sopla el viento del oeste y el atardecer desciende lentamente sobre sus cabezas.

¡Maldita sea!, exclama de pronto el muchacho al percatarse de que se ha quedado solo con sus pensamientos. Bárður ha seguido bajando por la ladera, el viento sopla, el mar se hincha. Bárður piensa en esa cabellera negra, en una risa cálida, en unos grandes ojos más azules que el cielo de una despejada noche de junio. Han llegado a la playa. Pasan dificultosamente entre las grandes rocas, el creciente anochecer los oprime, continúan y se apresuran los últimos minutos y son todavía visibles en la oscuridad cuando llegan a las cabañas.

Son dos cabañas de pescadores de reciente construcción, con buhardilla, situadas justo encima de la ensenada; dos botes de seis remos boca abajo, amarrados al suelo. Al lado, un gran acantilado erosionado se adentra en el mar, facilita el desembarco pero oculta el poblado principal, que está a media hora de camino, treinta o cuarenta casas, la mitad de ellas recientes como las suyas, dieciocho con buhardilla que sirve de dormitorio. En las más antiguas, de una sola planta, las tripulaciones duermen, preparan la carnada y comen en la misma estancia. De treinta a cuarenta casas o incluso quizá hasta una cincuentena, ya no lo recordamos con exactitud, se olvidan tantas cosas, se desvanecen: también nosotros hemos aprendido a confiar en el sentimiento, no en la memoria.

Dios santo, sólo anuncios, farfulla Bárður. Están en la cabaña, en la buhardilla, sentados en la cama. Hay cuatro camas para los seis hombres y la cantinera, la mujer que se encarga de la comida, la estufa y la limpieza. Bárður y el muchacho duermen cabeza con pies, yo duermo con tus pies, dice a veces el muchacho, le basta con volver la cabeza para toparse con los calcetines de lana de su amigo. Bárður tiene piernas grandes, está sentado sobre las piernas recogidas y murmura sólo anuncios; se refiere al periódico que editan semanalmente en Lugar, de cuatro páginas, la última siempre repleta de anuncios. Bárður deja el periódico y acaban de sacar de sus

mochilas todo lo que hace que vivir merezca la pena, excepto, claro está, labios rojos, sueños y cabello sedoso. No se pueden guardar labios rojos o sueños en las mochilas y llevarlos a un campamento de pescadores, ni siquiera puedes comprarlos, y eso que en Lugar hay cinco tiendas que en cuanto llega el verano ofrecen una abrumadora variedad de cosas. Quizá nunca se pueda comprar lo que más importa, no, claro que no, y es una auténtica lástima, o mejor dicho, es una suerte. Han vaciado las mochilas y su contenido está sobre la mesa. Tres diarios, dos de ellos editados en Reikiavik, café, azúcar cande, pan de centeno, pan de viena de la Panadería Alemana, dos libros de la biblioteca del viejo capitán ciego, *Niels Juul, el mayor héroe de los mares de Dinamarca* y *El paraíso perdido* de Milton en la traducción de Jón Þorláksson, y otros dos que compraron conjuntamente en la farmacia de Sigurður el médico, *Historia del viaje de Eiríkur de Brúnir* y un manual de inglés escrito por Jón Ólafsson. Sigurður tiene farmacia y librería en el mismo local, los libros están tan impregnados de olor a medicina que sanamos de todos los males con sólo olerlos, así que dime si no es sano leer libros. Qué pretendéis hacer con esto, pregunta Andrea la cantinera, y coge el manual para hojearlo. Es para saber decir te quiero o te deseo en inglés, responde Bárður. Muy útil, dice ella, y se sienta con el libro. El muchacho ha traído tres botellas de elixir chino de la vida, una para él, otra para Andrea y la tercera para Árni, que no ha llegado, como tampoco Einar y Gvendur, pues tenían intención de pasar el día yendo y viniendo entre las cabañas, ganduleando, como dicen ellos. En cambio, el patrón, Pétur, ha estado todo el día en casa, ha limpiado las prendas de cuero y las ha untado bien con grasa de raya, luego ha preparado los zapatos de faena, después ha salido con Andrea y ambos han extendido una vela por encima del montón de pescado salado, un montón que no hace más que crecer, ya es tan alto que Pétur no necesita inclinarse siquiera. Llevan veinte años casados. Ahora las ropas de cuero están abajo, colgadas junto a los aparejos de pesca; despiden un olor fuerte pero estarán blandas y serán cómodas cuando se las pongan esta noche. El bueno de Pétur es un hombre cuidadoso, igual que su hermano Guðmundur, que es el patrón de la otra barca; hay diez metros entre sus casas, pero los hermanos no se hablan, llevan muchos años sin hablarse, nadie parece saber por qué.

Andrea deja el libro y se va a preparar café en la estufa. No queda nada del de esta mañana, que ha sido realmente fría, y pronto se eleva el aroma del nuevo, que se expande y ahoga el olor de los aparejos de pesca y las prendas de cuero más o menos limpias. La trampilla del suelo se abre y asoma Pétur con su cabello negro, su barba negra y los ojos un poco bizqueantes, el rostro como cuero curtido; aparece como un demonio recién salido del infierno para ascender al cielo del café, con gesto jubiloso, no son insignificancias lo que puede conseguir el café. Pétur sonrió por primera vez cuando tenía ocho años, dijo Bárður en una ocasión; la segunda, cuando vio a Andrea por primera vez, y ahora seguimos esperando la tercera, completó la frase el muchacho. La trampilla vuelve a abrirse, el diablo nunca anda solo, susurra el muchacho, y el espacio parece encogerse cuando Gvendur emerge por el hueco, tan

ancho de hombros que no hay mujer que pueda abrazarlo como es debido. Einar aparece tras él, tiene la mitad de tamaño que el otro, es flacucho pero tremendamente fuerte; resulta incomprensible de dónde saca las fuerzas ese cuerpo enclenque, quizá de su temperamento vehemente, porque sus ojos negros centellean incluso cuando duerme. Ya estáis aquí, dice Andrea, y sirve café en las tazas. Vaya, dice Pétur, habéis perdido el día entero parloteando hasta secaros los sesos. Para eso no necesitan el día entero, observa el muchacho, y las tazas que lleva Andrea tiemblan cuando intenta reprimir la risa. Einar blande un puño amenazante hacia el muchacho y sisea algo, pero su pronunciación es tan desastrosa que apenas se entiende la mitad; le faltan varios dientes, una barba oscura y espesa le cubre la mitad de la boca, su pelo desgredado y ralo ya es casi gris. Luego beben el café, cada uno sentado en su rincón. Fuera oscurece. Andrea aviva la luz de la lámpara, hay ventanas en los dos gabletes, una enmarca la montaña, la otra el mar y el cielo, y ambas enmarcan nuestra existencia; durante un rato sólo se oye el rumor del mar y los satisfechos sorbos de café. Gvendur y Einar están sentados juntos y comparten un periódico; Andrea mira el manual de inglés, intenta ensanchar su vida con un idioma nuevo; Pétur no hace nada, sólo mira al infinito; el muchacho y Bárður tienen cada uno su periódico. Sólo falta Árni. Se marchó a su casa anteayer, después de limpiar la cala junto con los demás. Tuvo que abrirse paso a través de los repentinos aguaceros del norte, a través del hielo y la nieve, no veía ni sus propias manos, pero consiguió llegar sin perderse, una caminata de seis horas hasta su granja; es tan joven que la mujer lo atrae como un imán, había comentado Andrea. Ya, lo que lo imanta es la dichosa pilila, había dicho Einar, aparentemente presa de un súbito mal humor. Sé que ni lo crees ni eres capaz de imaginártelo, había replicado ella, hablando a Einar y mirando de reojo a su marido, pero existen hombres que no son sólo músculo y que desean otras cosas además de pescado y los muslos de una mujer.

Quizá Andrea conocía la carta que Árni llevaba entre sus ropas. Se la había escrito el muchacho, no era la primera vez que Árni le pedía que escribiera una carta para su mujer, Sesselja. La lee cuando estamos juntos en la cama y los demás duermen, dijo Árni en una ocasión, y la relee montones de veces mientras estoy fuera. «Te echo de menos —había escrito el muchacho—, te echo de menos cuando despierto, cuando empuño el remo, te echo de menos cuando arrojo la carnada, cuando descamo el pescado. Echo de menos oír a los niños reír y preguntarme algo que yo no puedo responder pero seguramente tú sí, echo de menos tu presencia, echo de menos tus pechos y echo de menos tu sexo». No, no escribas eso, dijo Árni, que estaba mirando por encima del hombro del muchacho. ¿No puedo escribir «echo de menos tu sexo»? Árni negó con la cabeza. Sólo intento escribir lo que piensas, como siempre, y tú echas de menos su sexo, ¿o no? Eso no te incumbe, y además yo nunca usaría esa palabra, sexo. ¿Y qué palabra sueles usar, entonces? ¿Que qué palabra uso? ... Por Dios, ¡a ti qué te importa! Y el muchacho tuvo que tachar «sexo» y en su lugar escribió «olor». Pero quizá Sesselja intentará averiguar qué palabra se ha tachado,

pensó. Sabe que soy yo el que le escribe las cartas a su marido, tratará de descubrir la palabra y lo conseguirá, y entonces pensará en mí. Ahora está sentado en la cama, mirando el periódico con gesto absorto y tratando de apartar de su mente esa imagen: Sesselja descifrando aquella palabra cálida, suave, húmeda y prohibida. Cuando logre leerla, la pronunciará en voz muy baja para oírla sólo ella, la recorrerá un leve escalofrío y pensará en mí. Traga saliva y se esfuerza en concentrarse en el periódico: lee informaciones sobre los diputados, lee sobre Gísli, el director de la escuela de Lugar, que pasó tres días sin poder aparecer por el colegio a causa de una borrachera, no ha de ser fácil enseñar bajo los efectos del alcohol, y mira, Émile Zola acaba de publicar una novela, cien mil ejemplares vendidos en las tres primeras semanas. El muchacho levanta los ojos un instante e intenta imaginar cien mil personas leyendo el mismo libro, pero resulta imposible visualizar semejante muchedumbre, sobre todo si uno vive aquí, en las proximidades del círculo polar. Mira pensativo al frente, pero enseguida baja la mirada al periódico, se da cuenta de que vuelve a pensar en Sesselja leyendo aquella palabra, pensando en él. Sujeta con más fuerza el periódico y lee: seis hombres ahogados en Faxaflói. Se dirigían de Akranes a Reikiavik en una barca de seis remos.

La bahía de Faxaflói es ancha.

¿Cómo de ancha?

Tan ancha que la vida no consigue cruzarla.

Y anochece.

Comen pescado cocido e hígado.

Einar y Gvendur cuentan las novedades del campamento, esas treinta o cuarenta cabañas apiñadas en la loma pedregosa por encima de la ancha playa. Es Einar quien habla, Gvendur gruñe a cada poco y ríe cuando cree que corresponde. Cuarenta cabañas, cuatrocientos o quinientos pescadores, un montón de gente. Hubo luchas, dice Einar, y echamos pulsos, añade Einar, qué diablos, agrega Einar, y fulano está enfermo, tiene una maldita tenia agarrada a las entrañas, no pasará el invierno, otro está metido en líos, y otro piensa irse a América en primavera. La barba de Einar es casi tan negra como la de Pétur y le llega hasta el pecho, apenas necesita bufanda, y habla y cuenta. Andrea y Pétur escuchan. Bárður y el muchacho están tumbados en la cama de enfrente, leen, no escuchan, pero levantan la mirada cuando un barco entra por el fiordo y se dirige hacia Lugar, un ballenero noruego a vapor, claro; llega entre chirridos y rechinos, como si se quejara de su suerte. Y esos malditos comerciantes han subido el precio de la sal, dice Einar, que de pronto ha recordado la noticia más importante y deja de hablar de Jónas, que ha compuesto noventa y dos estrofas sobre una cantinera, algunas de lo más indecentes, pero tan bien escritas que según Einar no

hay más remedio que recitarlas dos veces. Pétur ríe pero Andrea no, los hombres parecen tener una clara inclinación hacia las cosas más groseras de este mundo, hacia lo que se descubre totalmente y deprisa, mientras que las mujeres prefieren lo que requiere indagar, lo que se abre despacio. ¿Han subido el precio de la sal?, repite Pétur. ¡Sí, menudos canallas!, brama Einar, y el semblante se le pone lívido de furia. Entonces resultará más provechoso venderles el pescado fresco, directo del mar, tal como sale, dice Pétur pensativo. Sí, dice Andrea, eso es lo que quieren, por eso suben los precios. Con la mirada perdida, Pétur nota que la tristeza le inunda los pensamientos y la conciencia, sin que sepa exactamente el porqué. Si dejan de salar el pescado, adiós a las ganancias de la salazón, y adónde iremos Andrea y yo, piensa, por qué tiene que cambiar todo, no es justo. Andrea se ha levantado y empieza a despejar la mesa para la cena, el muchacho aparta un momento la mirada del libro de viajes de Eiríkur, se miran a los ojos, eso sucede, Bárður sigue enfrascado en *El paraíso perdido* de Milton que tradujo Jón Þorláksson mucho antes de nuestros días. La estufa calienta la buhardilla, es muy útil, la noche se espesa contra las ventanas, el viento acaricia el tejado, Gvendur y Einar mascan tabaco, se mueven como si remaran en la rompiente, adelante y atrás, gruñen ajá y bueno alternativamente, la lámpara de petróleo ilumina bastante y hace que la noche, ahí fuera, parezca aún más oscura de lo que es, pues, a más luz, más oscuridad, así es el mundo. Pétur se levanta, carraspea y escupe, escupe la tristeza y dice encarnaremos cuando llegue Árne, y baja a preparar palletes y albardas y hebillas, no le gusta la ociosidad. Es una vergüenza ver las herramientas allí y a unos hombres adultos sin hacer nada, leyendo libros inútiles, qué desperdicio de luz y de tiempo, refunfuña, su cabeza es ya lo único que sobresale del suelo. El muchacho levanta los ojos, fijos en Eiríkur, y mira la cabeza negra que desaparece en el suelo como un mensajero del infierno. Einar asiente con un gesto, clava los ojos en Bárður y en el muchacho, se pone en pie, echa un escupitajo rojo, baja detrás de su patrón, que le dice algo, aunque suficientemente fuerte para que se oiga arriba, además, en cierto modo tiene razón porque todos nacemos para morir. Pero ahora esperan a Árne, debe de estar a punto de llegar, Árne nunca falla.

Tengo que apresurarme, le dice Árne a Sesselja.

No dejes que te trague el mar, le pide ella. Él se ríe, se da unos golpecitos en las botas y dice: estás mal de la cabeza, mujer, ¡es imposible que me ahogue si llevo botas americanas!

Es así en la tierra de las maravillas.

Últimamente, Árne camina con los pies secos por cenagales y prados empapados, por turberas y arroyos, sin que se le mojen los calcetines, parece arte de magia. Árne compró unas botas americanas hace un año, para lo cual tuvo que hacer todo un viaje hasta el siguiente fiordo; cruzó en una barca y compró las botas y también

chocolatinas para Sesselja y los niños, el más pequeño se echó a llorar cuando se acabó las suyas y no había forma de consolarlo. Lo que es dulce todo el tiempo siempre nos entristece al final. Los pescadores de fletán llegan de América en marzo o abril, faenan en las cercanías de Groenlandia pero se instalan aquí, nos compran vituallas y sal y pagan con dinero. A su vez, nos venden rifles, cuchillos, galletas, pero nada comparable con las botas de goma. Unas botas americanas son más caras que un acordeón, equivalen al salario anual de una criada, son tan caras que Árne necesitó ahorrar durante meses en aguardiente y tabaco para poder comprarlas. Pero lo valen, dice, y vadea ciénagas, cruza arroyos y siempre tiene los pies secos, camina y camina, entre el agua y el hielo con los pies completamente secos; las botas de goma son sin duda lo mejor que ha llegado del continente americano, superan a todo lo demás, por lo que, como comprenderás, sería imperdonable ahogarse con las botas puestas. Una negligencia imperdonable, dice Árne, y besa a Sesselja y besa a los niños y todos lo besan a él, es mil veces mejor besar y que te besen que pescar en una barca de remos a merced de todos los vientos en alta mar. Su mujer se queda mirándolo, que no se ahogue, musita, no quiere que la oigan los niños, no quiere asustarlos, pero tampoco tenemos por qué hablar a voz en cuello para pedir lo más importante. La mujer entra en la casa, vuelve a leer la carta y ahora se atreve a fijarse mejor en la palabra tachada, no es más que una palabra que no convenció del todo al muchacho, ha dicho Árne. Pasa un largo rato y al final consigue descifrarla.

Ah, aquí estás, dice Pétur cuando Árne llega con los calcetines secos, ya pueden empezar a encarnar, seguramente saldremos esta noche.

No se duerme de la misma manera en mar abierto que aquí, en Lugar, en pleno fiordo, entre altas montañas, en realidad en el fondo del mundo, y donde el mar es a veces tan manso que bajamos a la playa a acariciarlo, pero nunca es manso cuando estamos lejos de las cabañas, nada parece capaz de calmar el oleaje, ni siquiera las noches tranquilas, el cielo cuajado de estrellas. El mar entra en los sueños de quienes duermen en mar abierto, la conciencia se llena de peces y de compañeros ahogados que saludan tristemente con aletas en vez de manos.

Pétur siempre despierta el primero. Como es el patrón, se despierta cuando aún es noche cerrada, poco más de las dos, pero nunca mira el reloj, que además está abajo, guardado entre trastos diversos. Pétur sale de la cama, observa el cielo, y la densidad de la oscuridad le da la hora. Coge sus ropas a tientas, la estufa no arde de noche y el frío de marzo se ha filtrado por las finas paredes. Andrea respira con pesadez a su lado, profundamente dormida, Einar ronca y aprieta los puños, Árni duerme con él, cabeza con pies, el muchacho y Bárður no se mueven, el gigantón de Gvendur está feliz de tener una cama para él solo, aunque es demasiado pequeña, eres dos tallas más grande que la cama, dijo Bárður una vez, y Gvendur se quedó tan triste que tuvo que quedarse a solas un rato. Pétur se enfunda el jersey y los pantalones, sale a la noche, una suave brisa de levante y apenas unas pocas estrellas que parpadean con sus antiguas noticias, una luz de milenaria antigüedad. Pétur entorna los ojos, espera hasta que el sueño lo abandona por completo, hasta que los sueños se disuelven y los sentidos recuperan su plena agudeza, está de pie con las manos en las caderas, inclinado hacia delante, como un animal incomprensible, olisquea el aire, otea las oscuras nubes, escucha, recibe el mensaje del viento, gruñe, vuelve a entrar, levanta la trampilla con la negra cabeza y dice salimos a la mar, no en voz muy alta pero es suficiente, su voz llega hasta los sueños más profundos, los traspasa y todo el mundo despierta.

Andrea se viste debajo del edredón, se levanta y enciende la estufa y la lámpara, claridad, una luz suave, y durante un rato nadie dice nada, sólo se visten y bostezan. Gvendur se mece medio dormido aún en el borde de la cama, tan extraviado en la frontera entre el sueño y la vigilia que no sabe dónde está. Se rascan la barba, excepto el muchacho, que no tiene. Es uno de los pocos que dedican tiempo a afeitársela, aunque ciertamente no necesita demasiado esfuerzo, pues la suya es fina y corta, a ti te falta virilidad, le dijo Pétur en una ocasión, y Einar rió. Bárður tiene una espesa barba castaña y se la arregla con frecuencia, es un hombre muy apuesto. Andrea lo mira a veces, en realidad sólo por mirarlo, igual que miramos un cuadro hermoso, la luz sobre el mar. El café hierve, abren las fiambreras, con el pulgar untan de mantequilla y paté el pan de centeno, un montón de mantequilla y paté, y el café ardiendo y negro como la noche más oscura, pero le echan azúcar cande, ojalá pudiéramos endulzar la noche echándole azúcar. Pétur rompe el silencio al sorber el

café, chascar la lengua y soltar alguna que otra ventosidad, y dice: viene de levante, flojito, algo templado, pero rolará al norte a lo largo del día, aunque tardará, así que habrá que ir hondo.

Einar suspira con satisfacción. Ir hondo suena a sus oídos como una bendición. Árni dice sí, claro, de hecho es lo que él esperaba, seguramente iremos lejos, le había dicho a Sesselja, que respondió: ¡ay!, que no se te lleve el mar.

Antes de los días de tormenta el pescado se mostró remiso a nivel superficial y, naturalmente, ahora habrá que ir a aguas más profundas. Todos vuelven a inclinarse sobre sus fiambreras para seguir comiendo. Ir hondo significa cuatro horas de remar sin pausa, el viento es demasiado flojo para izar la vela, y al menos ocho o diez horas en el agua, quizá doce, y en ese caso pasarán exactamente doce horas antes de que vuelvan a comer, el pan es bueno, la mantequilla es buena y seguramente la vida sería imposible sin café. Beben la última taza despacio, saboreándolo, fuera los espera la noche en penumbra, surge del fondo del mar para alcanzar el cielo, donde enciende las estrellas. El mar respira pesadamente, oscuro y silencioso; cuando el mar calla, todo calla, también la montaña de ahí arriba, aquí blanca, allá negra. La lámpara arroja una luz débil, Andrea ha bajado la mecha, no se necesita mucha claridad para beber el último trago de café. Cada uno con sus propios pensamientos, la mirada perdida. Pétur piensa en la jornada que los espera, repasa mentalmente todo el trabajo, se prepara, siempre lo hace; Árni está impaciente, fogoso, quiere empezar ya; Einar piensa también en la jornada, en empujar el remo, suspira profundamente y se siente tranquilo, y es como si su sangre, siempre tan ardiente y fluyendo en tromba por las venas, se hubiera transformado, trocado por una plácida corriente entre dos riberas verdeantes. El café, la jornada que los espera, Einar es hombre agradecido y casi aprecia a los que están allí en la buhardilla, inclinados sobre los últimos restos de café, incluso es capaz de mirar a esos dos memos, Bárður y el muchacho, sin sentir enfado alguno, aunque a veces lo ponen de los nervios con esa maldita manía de la lectura, siempre citándose el uno al otro fragmentos de algún poema, maldita pedantería, maldita manía de cosas espirituales, te inutilizan para la vida, pero no, ni siquiera eso enciende ahora su sangre, esa plácida corriente. Chasquea los labios y se acaba el café, la vida es hermosa.

*Y el crepúsculo gris había vestido
todas las cosas con librea sobria;
el silencio reinaba puesto que
los animales y aves, unos y otros,
en sus lechos de hierba o en sus nidos
se habían retirado*^[1]

lee Bárður de *El paraíso perdido*, inclina el libro para que el resplandor de la lámpara llegue hasta él, una luz que consigue alumbrar un buen verso ha alcanzado, sin duda,

su objetivo. Mueve los labios, lee los versos una y otra vez, y en cada ocasión el mundo se ensancha en su interior, se dilata. El muchacho ha terminado su café, sacude la taza, la mete en la fiambarrera, mira de reojo a Bárður, ve sus labios moverse, experimenta un sentimiento de empatía y el día de ayer vuelve con toda su claridad y con la fuerte presencia que acompaña siempre a Bárður, que acompaña a la amistad, se sienta a los pies de la cama y el día de ayer está dentro de él. Tantea en busca de la botella de elixir chino de la vida, una potente y provechosa medicina para la digestión, que sirve para fortalecerse y revigorizarse y es eficaz contra los dolores que provocan los gases intestinales, todo ello confirmado por extranjeros y compatriotas, médicos, magistrados, capitanes de barco, todos recomiendan el elixir chino de la vida, ha salvado vidas, niños al borde de la muerte por culpa de una mala gripe han recuperado plenamente la salud con unas pocas cucharadas, y también tiene efectos beneficiosos contra el mal de mar: de cinco a siete cucharadas antes de embarcarte y estarás total y absolutamente libre de mareos. El muchacho bebe a gollete. Es un infierno sufrir mal de mar en una barca de seis remos a varias horas de la costa, cuando además tienes que trabajar. Toma otro trago, porque el mal de mar se refuerza después de una larga estancia en tierra. Andrea acaba de tomar su dosis para curarse el catarro que le produce una inútil pesadez de cabeza. Toma elixir chino de la vida y las molestias desaparecerán para no volver nunca. Nuestra existencia es un caminar sin pausa hacia la salvación, hacia lo que pueda consolarnos, hacia lo que nos proporcione felicidad, nos proteja de todo mal. Algunos recorren un largo y difícil camino y quizá nunca encuentren nada, excepto algo sólo parecido a un objetivo, una especie de solución o de alivio para el camino mismo, y nosotros admiramos su presencia de ánimo, pero ya tenemos suficiente con la mera existencia y, en vez de seguir buscando, tomamos elixir chino de la vida, y nos preguntamos cuál es el camino más corto hacia la felicidad, y hallamos respuesta en Dios, en la ciencia, en el aguardiente, en el elixir chino de la vida.

Han salido todos.

Hay bastante nieve alrededor de las casas, pero la cala está negra. Dan la vuelta a la barca. Para doce manos es fácil volcar una barca de seis remos, mucho más difícil es ponerla otra vez boca arriba, para eso no bastan doce manos, al menos se requieren seis más, pero las demás tripulaciones aún están dormidas, los muy puñeteros aún descansan sus manos fatigadas en un mundo de sueños; siempre van a pescar en aguas profundas y por eso nunca salen hasta la mañana. Pero Guðmundur se despierta bastante temprano, claro, lo llaman Guðmundur el estricto: sus hombres tienen que haber vuelto a la cabaña antes de las ocho de la noche, la pereza y la palabrería le envenenan la sangre y ellos obedecen sin rechistar, gigantones todos, salidos con vida de las peores tormentas de este mundo y tan malhablados que pueden matar a un perro con una maldición, pero sólo mansos chavales atemorizados si Guðmundur se

enfada. La cocinera de su casa se llama Guðrún, bajita y menuda, con un pelo tan rubio y una risa tan radiante que a su alrededor nunca reina la oscuridad total, equivale a un montón de botellas del elixir chino, es bella, es coqueta y sus mejillas son tan blancas y redondeadas que el corazón te brinca en el pecho; a veces ejecuta esos extraños pasos de baile y entonces algo se desborda en el interior de los hombres, esos hombretones duros y curtidos, el afecto y un deseo desenfrenado, un nudo en lo más hondo de todos ellos. Pero Guðrún es hija de Guðmundur y preferirían congelarse en el mar antes que tener trato con su hija, estás loco, ni el diablo en persona se atrevería a tocarle un pelo. Ella parece siempre ajena al efecto que causa y quizá sea eso lo peor, a menos que sea precisamente lo mejor.

Trabajan en silencio.

Llevan a la barca lo que hay que llevar, aparejos, sedales con carnada, chaquetas de cuero encerado, el tiempo está demasiado templado para ponérselas ya, pantalones de cuero que les llegan hasta las axilas, la lana de los jerséis está prieta e hinchada, y por delante hay un duro bogar de tres o cuatro horas. Cada hombre con su misión precisa durante la noche, ojalá la existencia estuviera tan bien organizada y fuera igual de comprensible, ojalá nos librásemos de la incertidumbre que se extiende más allá de la tumba y de la muerte. Pero ¿qué alivia la incertidumbre si la muerte no lo hace? La nieve se endurece enseguida bajo las pisadas desde la choza hasta la negra playa. Andrea sale a vaciar el orinal, la tierra está yerma en torno a la casa y acepta la humedad, sea orina o agua de lluvia, desaparece en su interior y ojalá que los de ahí abajo no tengan goteras en el techo, a menos que uno de los castigos sea precisamente el ser constantemente regado por la lluvia y las aguas negras. Andrea se detiene un instante y los contempla trabajar, no es que hagan ruido con sus pisadas, el mar duerme, la montaña dormita y el cielo está en silencio, no hay nadie despierto, claro, aún no son las tres y Bárður toma una decisión, desaparece una vez más en la casa. Andrea niega con la cabeza pero sonríe débilmente, sabe que está en la escalera, que sube a la cama, hojea *El paraíso perdido* y lee los versos que quiere aprenderse de memoria para llevárselos y disfrutarlos él y el muchacho, ahora se acerca el atardecer,

*Y el crepúsculo gris había vestido
todas las cosas con librea sobria;
el silencio reinaba puesto que
los animales y aves, unos y otros,
en sus lechos de hierba o en sus nidos
se habían retirado.*

Bárður había sido el último en salir. Enfrascado en el volumen de un inglés ciego que

un pobre religioso vertía al islandés a ratos perdidos, vuelve a leer los versos, cierra los ojos un instante y su corazón palpita. Las palabras parecen aún capaces de conmover a las personas, es increíble, quizá la luz no se haya apagado del todo para ellas, tal vez quede alguna esperanza, pese a todo. Pero aquí llega la luna, navegando lentamente por una brecha entre las oscuras nubes, todas sus velas hinchadas de blanca luz, exactamente una media luna que se eleva por la izquierda e ilumina la noche durante un rato. El resplandor de la luna es muy distinto al del sol, hace las sombras más oscuras, el mundo más misterioso. El muchacho levanta los ojos y la mira. La luna necesita tanto tiempo para girar sobre sí misma como para hacerlo alrededor de la tierra, y por eso vemos siempre el mismo lado, está aproximadamente a trescientos mil kilómetros de distancia, haría falta un tiempo inmenso para bogar hasta allí en un bote de seis remos, incluso a Einar le parecería una distancia soberana.

La madre del muchacho le había escrito una carta donde le hablaba de la luna. De la distancia que hay hasta ella, de su misterioso lado oscuro, pero no mencionaba el bote de seis remos, y tampoco a Einar, del cual ni siquiera conocía la existencia, ni su barba ni la furia que brota de él como un mecanismo eterno. Pero Einar no está enfadado ahora. La tranquila noche de luna impregna a los seis hombres y a la mujer que los mira. No, Andrea ya no mira, ha entrado en la cabaña y se apresura para encontrarse con Bárður en la angosta puerta. Estoy loca, piensa Andrea, ¡hay veinte años de diferencia entre nosotros! Pero por qué privarse de la contemplación de esos ojos castaños en la noche de marzo, de imaginarse los movimientos suaves y ágiles bajo sus ropas, los inmaculados y rectos dientes entre los labios, preservados del pardusco color del tabaco... Bárður no masca tabaco; algunos de estos jóvenes son raros, piensa, negarse a sí mismos el placer del tabaco. Se encuentran en la puerta, la cabeza del hombre llena de poesía y de paraíso perdido, ay, qué guapo eres, pobrecito, dice ella, y le acaricia la barba con las manos y las baja por el cuello, acaricia con fuerza como si quisiera sentir el calor del cuerpo fluyendo por la garganta. Sólo para ti, Andrea, dice él con una sonrisa. Te has dormido, ¡maldito chico!, grita Pétur en medio de la noche. Se sobresaltan, Andrea retira las manos, mira a un lado y ve al muchacho desconcertado bajo la luna.

El claro de luna puede dejarnos indefensos.

Nos hace recordar, las heridas se abren y sangramos.

Su madre le escribía sobre la luna y el universo, sobre la edad de las estrellas y la distancia hasta Júpiter. Sabía muchas cosas, aunque se había criado entre extraños y tuvo en su casa muchos días difíciles, le reprochaban su sed de conocimiento, pero aprendió a leer observando mientras enseñaban a los niños de la granja, y luego leía todo lo que llegaba a sus manos, que era bastante, pese a la pobreza y la indiferencia de la casa. Y fueron la lectura y el afán de conocimiento lo que unió a sus padres,

ambos carentes de medios pero que con esfuerzo consiguieron liberarse del trabajo servil y comprar su propia granja, aunque quizá sea demasiado solemne dar ese nombre a un mísero pegujal, pero bueno, la casita y el pegujal eran suyos; una vaca, cincuenta ovejas, no mucho para una familia. Un pequeño prado, tan lleno de matojos que era más rápido de pastar que de segar, y pastizales húmedos. Los mantenía el mar, es él quien mantiene a todos los que vivimos aquí, en la frontera última del mundo. Su padre salía al mar durante las temporadas de pesca, cuatro o cinco meses cada año. «¡Dios mío, cuánto lo echaba de menos! —había escrito en una de las cartas enviadas al muchacho—; claro que os tenía a vosotros tres, pero echaba de menos a Björgvin un día tras otro, y más aún durante las noches, cuando vosotros ya dormíais». Los meses en que su padre estaba ausente se dedicaban íntegramente al trabajo, a la lucha por la subsistencia y por alejar la miseria, y las horas libres se dedicaban a la lectura. «Éramos incorregibles. No pensábamos más que en libros, en aprender, nos llenábamos de emoción y nerviosismo en cuanto nos enterábamos de un libro nuevo interesante, imaginábamos cómo sería, hablábamos de su posible argumento durante las noches, cuando ya dormíais. Y luego lo leíamos por turnos, o juntos, cuando conseguíamos hacernos con él, si lo conseguíamos, o al menos una copia». Pero qué decir; su padre iba en un bote de seis remos, son muy corrientes por aquí, unos ocho metros, y él no fue el único que se ahogó esa noche, qué va. En esta noche de marzo hace ya —el muchacho vuelve a mirar la luna y cuenta mentalmente— diez años y diecisiete días. No, qué va, zozobraron dos barcas con toda su tripulación, doce vidas, veinticuatro manos agitándose entre las olas, sopló de repente el viento del sudeste y el mar se los tragó a todos. Pasó una semana hasta que les llegó la luctuosa noticia. ¿Es una crueldad o es un consuelo que viviera seis días más en la mente de las personas que más le importaban, muerto pero vivo al mismo tiempo? Fue un vecino quien llegó para apagar la luz del mundo. El muchacho se sentó en el suelo con las piernas estiradas, su hermano y su hermana al lado, y su madre permaneció de pie, la mirada perdida en algo muy lejano, los brazos caídos a los costados, como muertos, el infierno es tener brazos y nadie a quien abrazar. Un temblor agitó el aire, como si algo esencial se estuviera desgarrando, y luego se oyó cómo el sol se rompía al hundirse en la tierra. La gente vive, tiene sus horas, sus besos, risas, abrazos, palabras cariñosas, su alegría y sus penas, cada vida es un universo que luego se derrumba y no deja nada más que unos pocos objetos que deben su atractivo a la muerte de su propietario, se hacen importantes, a veces sagrados, como si fragmentos de la vida desaparecida se hubieran trasladado a la taza de café, a la sierra, al cepillo de dientes, a la bufanda. Pero todo acaba por apagarse, los recuerdos se van borrando y todo muere. Donde había vida y luz hay ahora oscuridad y olvido. El padre del muchacho muere, el mar lo devora y nunca lo devuelve. ¿Dónde están tus ojos que me hacían hermosa, las manos que hacían cosquillas a los niños, la voz que mantenía la oscuridad lejos de ellos? Se ahoga y el hogar se deshace. El muchacho se va a un sitio, su hermano a otro, cinco horas de

difícil marcha de un sitio a otro, la madre y la hermanita, un año de edad tan sólo, acaban en un valle lejano. Un día, los cuatro se acuestan en la misma cama, muy apretados pero a gusto, es casi lo único bueno de la pérdida del padre, y luego se alza entre ellos una montaña de setecientos metros de altura, vertical y pelada, el muchacho sigue odiándola ferozmente. Pero es inútil odiar las montañas, son más grandes que nosotros, están en su lugar y no se mueven un milímetro en decenas de miles de años, mientras que nosotros llegamos y nos vamos en un abrir y cerrar de ojos. Pero las montañas no suelen detener las cartas. Su madre escribía. Le describía a su padre para que no lo olvidase, para que siguiera vivo en la mente de su hijo, una luz con la que calentarse, una luz para añorar, escribía para salvar a su marido del olvido. Contaba cómo hablaban los dos, cómo leían juntos, cómo era el padre con los hijos, con qué palabras cariñosas se refería a ellos, qué canciones les cantaba, cómo era cuando estaba solo, inmóvil, en la explanada del granero, la mirada perdida en la lejanía... «Tu hermana presume, orgullosa, de tener dos hermanos grandotes. Sé que tú no la olvidas. ¿Os podéis visitar alguna vez tu hermano y tú? No dejéis de hacerlo. ¡No podéis dejar que el mundo os separe! Con toda seguridad, el verano próximo iremos a visitaros, ya me han dado el permiso y he empezado a ahorrar para comprar zapatos para el viaje. Tu hermana pregunta casi todas las mañanas: ¿Salimos hoy? ¿Cuándo salimos?».

¿Cuándo salimos?

Lo más probable es que la luna se formara al mismo tiempo que la tierra, pero también es posible que la tierra la haya atrapado en su órbita, y ahora está colgada encima del muchacho, toda de roca, de roca muerta.

El cuándo nunca llega. Pero la gripe sí, como cada año. Las dos tuvieron tos ferina y murieron con dos días de diferencia, la hermana primero. «¿Dónde estás, Dios?», fue la última pregunta de su madre, y después apenas tuvo tiempo para garabatear ¡vive! «¡Vive! Tu madre, que te adora». La última carta, la última frase, la última palabra.

El muchacho mete el barril de cuajada en la barca, ¿cuánto puede soportar el corazón de un hombre?

La barca está completamente cargada.

Einar, Gvendur y Árni han colocado piedras en su interior para que se mantenga más estable entre las olas, sobre cada piedra hacen la señal de la cruz. El corazón de un hombre adulto tiene el tamaño de un puño. El corazón es un músculo hueco que reparte la sangre por los vasos sanguíneos, arterias, venas y capilares, que tienen en conjunto una longitud de casi cuatrocientos mil kilómetros, llegan hasta la luna y se adentran un poco en el negro universo que hay más allá, debe de ser un lugar muy solitario. Andrea está otra vez entre la barca y la casa, mirándolos, sus venas llegan hasta la luna. Van a ser las tres y antes no pueden abandonar la playa, hay leyes,

debemos cumplir las leyes, sobre todo cuando tienen su razón de ser. Gvendur y Einar están ya en la barca, sentados en la bancada de proa, la que ocupan los remeros más fuertes y resistentes, los otros cuatro se colocan en las bordas y esperan a que suene la trompeta. No la que, según libros y cuentos antiguos, señalará el día del Juicio Final, cuando todos seamos convocados ante el juez supremo, no, ahora sólo esperan la trompeta que Benedikt, más abajo del poblado, se llevará a los labios cuando sean las tres en punto. Benedikt tiene buenos pulmones y puede soplar muy fuerte, la señal de partida llega, incluso con viento fuerte en contra, hasta las casas de los dos hermanos. El primer invierno después de la entrada en vigor de la ley que prohibía salir al mar antes de las tres de la madrugada, Benedikt se limitaba a un toque breve y enérgico, su único objetivo era producir una nota fuerte que llegara lejos y pusiera de manifiesto la fuerza de sus pulmones, luego tiraba el instrumento y participaba en la gran carrera, a ver quién salía el primero. Pero ahora, dos años después, se ha hecho con una trompeta vieja, comprada a un capitán de barco inglés, y no toca sólo por tocar, sino que pone todo su empeño en transformar el tenebroso aire nocturno en alguna de las melodías que oye en casa de Snorri, el comerciante de Lugar, y Benedikt ya no tira la trompeta al interior de la barca y se la lleva a pescar, esa forma de tratarla, le indicó Snorri, es mala para el instrumento y deteriora el timbre, sino que se la da a la cantinera, que espera al lado del bote. En torno a Benedikt, hasta sesenta barcas y casi trescientos hombres aguardan la señal de partida, la mayoría son de seis remos, dos hombres a proa de cada barca, cuatro a las bordas y todos los músculos en tensión. Pero a nadie le pasa por la cabeza ponerse en marcha antes de que Benedikt se quite la trompeta de los labios, es uno de los patrones más conocidos, un campeón, ha salvado vidas, siempre pesca bien y nadie puede compararse con él ni de lejos a la hora de atracar con mala mar, todos lo obedecen y la cantinera espera paciente en la orilla de la playa a que le entregue el instrumento, incluso cuando el frío mar salpica su ropa y sus piernas, que ya van camino de los sesenta.

Andrea está más abajo de las dos cabañas.

Espera a oír la señal; quiere ver a sus hombres salir a toda prisa como si huyeran del fin del mundo. Luego vuelve dentro, limpia e intenta leer algo del otro libro que compró Bárður al capitán ciego que vive en casa de Geirþrúður, Niels Juul, el mayor héroe de los mares de Dinamarca. ¿Por qué lo llamarán héroe de los mares? ¿Qué pescó? ¿Acaso luchó para ganarse la vida a bordo de un cascarón sin cubierta, del tamaño de un ataúd, quizá con borrasca del norte, cuando la tierra desaparece, el cielo también y los aullidos del viento te hacen estallar la cabeza?

Ahora mismo soplará viento, murmura Árni, en voz tan baja que sus palabras se pierden en la barba que le oculta parte del rostro, se sujeta con ambas manos a la borda, con todos los músculos en tensión. Einar agarra el remo. Gvendur mira al

frente con gesto alegre, es estupendo existir. El muchacho mira a Einar desde su bancada, si alguien puede ser como una cuerda en tensión, ése es Einar en estos instantes. Gvendur parece un inmenso trol al lado del cable, un trol dulce, satisfecho, dócil. Los dos trabajan con Pétur desde hace más de diez años, pero Pétur tiene a veces la sensación de que el trol obedece primero a Einar y después a él. Venga, maldita sea, tiene que tocar ya, vuelve a murmurar Árne, ahora un poco más fuerte. Y Benedikt está en su barca, con las piernas abiertas, a dos kilómetros de las cabañas de los hermanos, se lleva la trompeta a los labios, se llena los pulmones con el tenebroso aire de la noche y sopla.

Más abajo del poblado principal, la nota resuena sobre casi trescientas chaquetas de pesca y otros tantos marinos incansables. Andrea se yergue, vuelve la cabeza para oír mejor, Pétur, Árne y Einar estaban ya impacientes, maldiciendo en silencio a Benedikt, mientras Bárður y el muchacho escuchan, intentan empaparse de la melodía, de su esencia, algo que elaborar durante el largo rato en que se verán obligados a remar, y durante la vida entera, que esperemos sea más larga aún. Gvendur, el trol, incluso cierra los ojos por un momento, la música le recuerda siempre algo bueno y hermoso, que siente sobre todo cuando está solo. Pero se avergüenza un poco de que Einar lo vea, seguramente no le parecerá bien que los hombres cierren los ojos, y Gvendur procura evitar todo lo que disgusta a Einar, la vida ya es suficientemente difícil.

¡Vamos!, grita Árne en cuanto muere la melodía, y empujan con todas sus fuerzas, como un solo hombre. El bote se desliza playa abajo, el muchacho lo suelta, quita los rodillos de debajo de la quilla, los lanza delante y los coloca bajo la proa. Es rápido, no se puede negar, capaz de correr rápido y durante tanto rato que el país quizá no sería lo bastante grande si echara a correr sin detenerse. La proa llega al mar. Árne y Pétur son los últimos en subir al bote, dan un salto desde el agua y entonces todos comienzan a remar. Bárður y el muchacho son compañeros en la bancada central, la energía les corre por las venas, aprietan los dientes, seis remos, el mar calmo, no hay oposición, ni viento ni olas, el bote se desliza rápido, pero cuando han bogado apenas un minuto y ya están totalmente separados de la costa, meten los remos en la barca, Pétur se quita el suéter y el gorro de lana que lleva debajo, y comienza la oración de los marinos, los otros cinco inclinan la cabeza con sus suéteres en la mano. El bote sube y baja, exactamente igual que la multitud de barcas más abajo del poblado, tan sólo un minuto después de que las notas de Benedikt dieran la salida de la gran carrera hasta el embarcadero, cuando casi trescientos hombres se han lanzado al mar entre gritos, con sesenta botes, y ahora las barcas suben y bajan, en silencio, mientras los patrones rezan. Las voces se elevan al cielo con su mensaje, con un ruego muy sencillo: ¡ayúdanos!

El mar es frío y, en ocasiones, oscuro. Es una bestia enorme que nunca descansa y aquí nadie sabe nadar, excepto Jónas, que trabaja durante los veranos en una estación ballenera noruega y allí le enseñaron a nadar, tiene los apodos de Bacalao y Pez

Lobo, este último más apropiado si pensamos en su aspecto. La mayoría de nosotros nos hemos criado por aquí, junto al mar, y apenas hemos vivido un día sin oír hablar de él, y los hombres se dedican a la pesca desde los trece años de edad, así es desde hace mil años, y sin embargo nadie sabe nadar, excepto Jónas, porque él va a tomar el aire con los noruegos. Pero los demás sabemos hacer otras cosas, sabemos rezar, sabemos persignarnos, nos persignamos nada más despertar, también al vestirnos, hacemos la señal de la cruz sobre los aparejos, sobre la carnada, hacemos la señal de la cruz a cada una de nuestras acciones, sobre la bancada en que nos sentamos porque confiamos en Ti, Señor, protégenos con Tu bondad, acelera los vientos, calma las olas, que pueden ser tan terribles. Depositamos toda nuestra confianza en Ti, Señor, que eres principio y fin de todas las cosas, porque los que caen al mar se hunden como piedras y se ahogan, incluso en calma chicha, y tan cerca de la orilla que quienes están a pie enjuto sobre la bendita tierra ven la expresión de sus rostros antes de que el mar se lleve la vida, o el cuerpo, ese pesado fardo. Confiamos en Ti, Señor, que nos creaste a Tu imagen y semejanza, creaste las aves con alas para que puedan volar por el aire y recordarnos la libertad, creaste los peces con aletas y cola para que puedan nadar en las profundidades que tememos. Claro que todos podríamos aprender a nadar, igual que Jónas, pero Señor, ¿no estaríamos demostrando entonces falta de confianza en Ti, casi como si nos creyéramos capaces de corregir algo de Tu creación? Además, el mar es muy frío, nadie puede nadar durante mucho tiempo, qué va, no confiamos en nadie más que en Ti, Señor, y en Tu hijo Jesucristo, que sabía nadar tan poco como nosotros y tampoco lo precisaba, pues era capaz de caminar sobre las aguas. Imagínate si nuestra fe fuese tan pura que pudiéramos caminar sobre el mar, pasear sin más entre las aguas, correr hasta allí y volver, quizá de dos en dos, cargando con unas angarillas. Amén, dice Pétur, y todos vuelven a colocarse el sueste, guardan los gorros de lana, la noche es suave, es estupenda, es suficiente con el sueste, su ala llega hasta los hombros, y ahora reman en el nombre del Señor, ¡allá vamos, al demonio! No, al demonio no, ese negro nombre se nos ha escapado sin darnos cuenta, no queríamos referirnos a él, hacemos la señal de la cruz sobre nuestra lengua, por si acaso. Los remos casi se comban por el esfuerzo, doce brazos experimentados, músculos tensos, todos juntos producen una enorme energía, pero allí se abre el fiordo y comienza el Mar Glacial, frente al cual no somos nada, nada tenemos excepto la fe en la misericordia del Señor, y quizá un pellizco de ingenio, de valor, de ansia de vida. La barca avanza lentamente. Los ojos de Einar brillan, la ira se ha transformado en pura fuerza que llena todo su cuerpo, cada célula, y sale por el remo, Gvendur tiene que hacer grandes esfuerzos para mantener su ritmo. Durante un buen rato, nadie piensa en nada y nadie mira nada, toda la fuerza, toda la existencia se concentran en la boga, en alejarse de la costa, en adentrarse en el mar.

Se alejan.

Andrea sigue en el mismo sitio, viéndolos empequeñecer. Los gestos de sus rostros se difuminan, sigue mirando hasta que se han convertido en un solo cuerpo que dirige el bote hacia el mar, hacia la noche, en dirección a los peces que nadan en las profundidades, felices por existir. Andrea los observa, ruega a Dios que los proteja, que no los olvide. Espera para subir a la casa hasta que la multitud de barcas del poblado pasa por delante del acantilado. Es agradable estar allí sola de noche, justo sobre la playa, y ver sesenta barcas aparecer en el silencio, ver a todos aquellos hombres dar lo mejor de sí mismos para llegar los primeros a alta mar y poder elegir el mejor sitio, verlos concentrar sus enormes fuerzas, que no son nada, sin embargo, en comparación con el mar, la violencia del viento, la furia de los cielos, confiamos en Ti, Señor, y en Tu hijo Jesucristo. Se santigua, se da la vuelta y ve entonces a su cuñado Guðmundur. Los dos hermanos quizá ya no se hablen, pero no se pierden de vista. No estaba sola, no era más que una ilusión de la mente. Así de complicada es la realidad, porque Andrea estaba completamente sola en su mente y en su percepción y en su existencia toda, pero unos metros por encima de ella estaba Guðmundur mirando lo mismo que ella. De repente se siente furiosa, pero la ira se apaga con la misma rapidez, para qué enfadarse, piensa, atónita por su reacción, y se marcha hacia la casa, allí la esperan sus tareas y un héroe danés de la mar, ojalá no sea un simple charlatán, otro de esos políticos, ¿sabías que poquísimas personas son capaces de tener poder sin corromperse? Andrea se entretiene acercándose a Guðmundur más de lo que recomienda la situación, lo mira a los ojos, saluda, dice algo sobre el tiempo. Guðmundur es un hombre muy serio, estricto y, naturalmente, la vida no es para reírse, en eso tiene bastante razón, y además la vida nunca está tan lejos de la risa como inmediatamente después de despertar. Andrea lo sabe y por eso le resulta divertido acercarse a él más de lo necesario, mostrarse más alegre de lo necesario, casi como si esta noche la vida estuviera pletórica de ingenua alegría. Guðmundur la mira a su vez, rígido, casi enfadado, y Andrea reprime su sonrisa. Son muchos los enigmas del mundo. ¿Cómo puede tener un hombre tan serio y estricto una hija tan luminosa y alegre? Hay muchas cosas que no consigo entender, piensa Andrea, y decide que, cuando Guðmundur y sus hombres se hayan ido, probablemente dentro de dos horas, y ella esté dedicándose a lo suyo, se acercará a su casa y le dejará a la chica la conferencia de Bríet sobre la emancipación de la mujer, que le regalaron Bárður y el muchacho hace poco, este mismo invierno, ese librito no le sentará nada bien a Guðmundur, y las cosas no mejorarán aunque el librito vaya acompañado del *Manual de carpintería* de Jón Bernharðsson; Guðmundur es muy aficionado a la carpintería. Andrea deja escapar unas risitas al llegar a su casa, empieza a silbar el fragmento de melodía que Benedikt ha tocado para anunciar la partida, pero en la puerta recuerda el calor y el olor que brotaban del cuello de Bárður. Cierra la puerta a la noche y su mente vaga hasta muy lejos.

Guðmundur no la mira, pero oye cerrarse la puerta. Escruta el mar, el mar colmado de sombras, y ventea el aire, inseguro por el estado del tiempo, ¿no hay un olor a viento del nordeste detrás de las montañas, fuerte, incluso asesino? No se mueve, las barcas se alejan, han empezado a desaparecer en la noche azul oscuro, a difuminarse sobre las profundidades que se abren entre las playas, entre las montañas que se alzan vertiginosas, inmemoriales. Guðmundur tiene una gran barba, casi le cubre toda la parte inferior del rostro, nunca les hemos visto el mentón a estos hombres, si alguno se afeitara por un descuido, sería como un accidente espantoso, quedaría despojado de una parte de su personalidad, convertido apenas en medio hombre. Permanece largo rato inmóvil. Transcurren muchos minutos. Es sano para un ser humano estar de pie, solo, en la noche, se une al silencio y siente una especie de alianza, que, sin embargo, puede transformarse repentinamente en dolorosa soledad. Aún reina la oscuridad, pero un atisbo de claridad se dibuja al este, tan débil que resulta casi un espejismo. Pero esa luz, imaginada o no, acaba con la inseguridad de Guðmundur, que consigue leer en las nubes que cubren la blanca playa al otro lado del fiordo, difíciles de distinguir en la oscuridad, lo que la nariz y los oídos no han podido decirle: que se acerca tormenta del nordeste, probablemente fuerte, aunque lo más seguro es que no llegue antes de mediodía. Si se ponen en marcha en el transcurso de una hora, podrían estar de regreso antes de que el mar cause daño alguno, antes de que el oleaje empiece a pensar en matar a alguien. De inmediato se vuelve y se dirige hacia su casa a grandes zancadas. Son unos movimientos tan súbitos e inesperados en el silencio que ha cubierto la noche tras el ajeteo de los botes al partir, que parece que la agitación hubiera llegado hasta el aire que rodea las casas, como si temblara un poco, y Andrea levanta la vista mientras limpia el suelo de la buhardilla. Guðmundur abre de golpe la puerta de su cabaña y grita: ¡Arriba! ¡Nos vamos! Tiene una voz potente y resonante, y sus hombres despiertan todos a la vez. Se levantan en un abrir y cerrar de ojos, algunos casi dormidos todavía cuando sus pies tocan el suelo. Sólo Guðrún sigue en la cama y cuenta hasta cien, la vida es más agradable bajo el edredón que en el suelo entre esos hombretones, del rumor de la tela basta, bostezando para quitarse el sueño y los sueños, excitados ya por la proximidad de la partida al mar, al encuentro de la libertad y el pescado.

Los hombres de Guðmundur salen con rapidez. Ponen boca arriba la barca, que es casi un metro más larga que la de Pétur, la cargan, no olvidan hacer la señal de la cruz a cada uno de sus movimientos. Llevan veinte años remando juntos, empezaron jóvenes en la pesca del tiburón, en los años en que no existían leyes que regularan su actividad y podían salir al mar cuando les convenía, muchas veces en la negrura de los días más cortos del invierno, cuando la oscuridad es tan densa que con un cuchillo puedes grabar tus iniciales en ella y la noche conserva tu nombre hasta la mañana. A veces pasaban horas esperando al tiburón, con un frío gélido, en alta mar, y era como

si la noche no fuera a acabar nunca y el este estuviera preñado de oscuridad. El tiburón siempre está hambriento y se traga cualquier cosa, en una ocasión los hombres de Guðmundur encontraron un perro en el estómago del escualo, se lo había tragado el día anterior en un fiordo a cincuenta kilómetros de distancia, el perro iba nadando al encuentro de la barca de su amo, feliz, con la lengua fuera, y de pronto aulló y desapareció; sí, éstos son los riesgos de saber nadar.

Andrea limpia el suelo de la buhardilla, piensa en los seis hombres que navegan en su cáscara de nuez, lejos en el mar, piensa en el momento que compartió ayer con Pétur en el rincón, y de pronto siente tal tristeza que se levanta, bebe un sorbito de café, va de puntillas hasta la cama de los muchachos, suspira y acaricia sin querer el grueso libro que Bárður estaba leyendo. Lee el título en voz alta, lo abre y ve la carta que Bárður guarda en el interior del libro, quizá para marcar la página. Es para Sigríður, tres páginas escritas con letra apretada. Andrea lee las primeras líneas, ardientes de pasión, pero se avergüenza un poco, lo suficiente para dejar de leer. Cierra el libro, mira a un lado y ve el chaquetón de Bárður. Y es como si algo frío la tocara.

Llevan mucho rato remando y ha empezado a clarear. Han dejado atrás la noche y entrado en la frágil mañana. Se han quitado los suestes. Poco a poco han perdido de vista a los otros botes, que se han dispersado por la vastedad del Djúp, el mar tiene oleaje y llegan más lejos que los demás en dirección a alguna zona pesquera que conoce Pétur, aunque no la ha visitado en años, los otros confían en él, sabe más que todos ellos juntos cuando se trata de bacalao, él piensa como un bacalao, dijo Bárður en una ocasión, y no era fácil saber si lo decía como una crítica o como un elogio; puede ser difícil saber lo que quiere decir Bárður, pero Pétur decidió considerarlo un elogio. Se inclinan sobre los remos y se alejan de la costa. Puede ser duro alejarse de la costa, es como si uno bogara hacia la soledad. El muchacho mira las montañas disminuir, parecen hundirse en el mar. Las montañas nos llenan de miedo cuando estamos en tierra, congregan las tormentas, matan a los hombres arrojándoles piedras, arrasan granjas con aludes de nieve y avalanchas de barro, pero las montañas también merecen elogios, nos dan cobijo y abrazan las barcas que entran en el fiordo, pero nada protege a los marinos que reman muy lejos, excepto la oración y la razón. Han empezado a sentir el cansancio, aunque la alegría sigue viva en Einar y sus ojos aún centellean. Bárður jadea al lado del muchacho. Tú y yo no hemos nacido para el mar, dijo ayer, en la Panadería Alemana, mientras tomaban una taza de café y un pan de viena.

El café de la panadería es, por algún motivo, más puro, no tiene restos de grano. Es bueno acostumbrarse a la diferencia, le dijo a Bárður el muchacho, pero entonces el panadero y su mujer empezaron a discutir en alemán, en la trastienda. Los desacuerdos no tardaron en escalar, y al poco los dos estaban gritándose, pero de pronto se hizo un silencio absoluto, sepulcral, hasta que se oyeron risitas sofocadas y luego sonidos de besos apasionados. Las dos dependientas siguieron a lo suyo, aparentando no oír nada, pero Bárður miró sonriente al muchacho y se sintieron felices de estar vivos. Allí estaban, sentados a una mesa de la panadería, celebrando el futuro, Bárður había conseguido trabajo para ambos durante el verano en la tienda de Leó, su padre tenía buenas relaciones con el encargado, que se llama Jón y nunca puede estar quieto, se balancea sobre las piernas mientras habla, también mientras escucha, siempre se moja los labios con la punta de la lengua. Jón no sería nada sin su mujer, Tove, le explicó Bárður, que es danesa, algunos la llaman la Fragata, comprenderías el mote si la vieras acercarse navegando por la calle. El mundo es bastante más fácil si la tienes a tu lado, lo único que hay que hacer es atender al trabajo, y entonces todo marcha bien. Además, es un trabajo de ensueño, nada de bregar todo el día para acabar exhausto, y ni una mancha en la ropa, ¡ni siquiera hace falta lavarse las manos!

El mar es vasto y profundo, y el muchacho nunca ha remado hasta tan lejos.

No es necesario ir tan lejos.

Sólo una delgada tabla de madera los separa de ahogarse, nunca se acostumbrará a eso, y ahora el viento sopla más fuerte. Las olas aumentan, el mar se hace más pesado. Pero no es una tormenta, y siguen bogando. Se esfuerzan, los músculos se resienten, espéranos, bacalao, ya llegamos. Mira la espalda de Pétur, no hay ningún parecido entre él y su sobrina Guðrún, estás loco, eso es como comparar una noche de verano con una ventisca. Lo peor es que resulta difícilísimo hablar con ella, en realidad imposible, porque él pierde la lengua y el valor cuando ella lo mira, y Guðmundur ordenaría a sus hombres que lo trocearan y lo usasen de carnada si intentase cualquier cosa que fuera más allá de mirarla y admirarla. La costa sigue hundiéndose en la oscuridad y en el mar, pero pronto llegará la luz por el este. Ven algunas estrellas, hay nubes de distintos colores, azules, casi negras, claras y grises, y el cielo cambia continuamente, como el corazón. Bárður resopla y murmura algo con voz entrecortada por el esfuerzo... se pone el gorro... sombrío por alguna razón. El corazón se les sale a todos por la boca. El corazón es el músculo que bombea la sangre, el hogar del sufrimiento, de la soledad, de la alegría, el único músculo capaz de quitarnos el sueño. El hogar de la incertidumbre: si despertaremos vivos, si lloverá en cuanto terminemos de segar el heno, si picarán los peces, si ella me quiere, si él cruzará el páramo para decir esas palabras; la incertidumbre sobre Dios, sobre el sentido de la vida y, también, de la muerte. Reman y sus corazones bombean sangre e incertidumbre sobre el pescado y la vida, pero no sobre Dios, no, porque entonces nunca se atreverían a meterse en aquel cascarón, un ataúd abierto en medio del mar, que es azul en la superficie y negro como la pez por debajo. Para ellos, Dios es absoluto. Él y Pétur son probablemente los únicos seres a los que Einar respeta en este mundo, a veces a Jesús también, pero ese respeto no es igual de incondicional, un hombre que ofrece la otra mejilla no duraría mucho en nuestras montañas. Árni rema y su esfuerzo y él se confunden, no piensa en nada durante largo rato, pero luego Sesselja reaparece en su memoria, y los niños, tres hijos vivos y uno muerto, Árni rema y piensa en los edificios, los animales, el municipio, tiene intención de ser candidato a concejal dentro de tres años, uno ha de tener un objetivo en la vida, de otro modo no llegas a ningún sitio y te pudres. La energía habita en los doce experimentados brazos, pero el bote apenas parece moverse, las olas se alzan a su alrededor, no violentas pero sí altas, y ocultan el horizonte, hay mar abierto en esas olas y la barca no es más que una tabla, los hombres van sentados sobre una tabla y confían en Dios. Pero Bárður y el muchacho no están tan seguros como los demás. Ellos son jóvenes y han leído más de lo que tenían que leer, sus corazones bombean más incertidumbre que los demás, y no sólo sobre Dios, porque el muchacho está también inseguro sobre la vida, pero especialmente sobre él mismo en la vida, y sobre su sentido. Piensa en Guðrún y eso no reduce la inseguridad. Guðrún tiene ojos luminosos, tan luminosos que a su lado nunca existe la noche, piensa entre una y otra bogada, y esa frase lo satisface, la repite y se la guarda en la memoria para decírsela más tarde a Bárður, cuando tengan tierra firme bajo los pies y entre las personas haya

más distancia que aquí, en la barca. Mira la espalda de Pétur, oye a Gvendur respirar despacio, como un trol, detrás de él. Ojos tan luminosos que a su lado no existe la noche, repite para sí, y los versos que esa noche Bárður leyó en voz alta de *El paraíso perdido* vuelven a su mente en la barca: para mí tú eres todo cuanto existe bajo el Cielo. El muchacho murmura las dos frases, ojos tan luminosos que a su lado no existe la noche, para mí tú eres todo cuanto existe bajo el Cielo, y piensa en sus pechos. Hace lo posible por no pensar en ellos sino en la noche, en la incertidumbre, pero no es él quien lo decide, su cabeza se llena de imágenes y palabras; y tiene una durísima erección. Al principio es ciertamente agradable, pero luego deja de serlo y se muere de vergüenza. Ahora nunca podrá mirar a la cara a Guðrún, se acabó, acaba de perderla, debería saltar por la borda, ahora mismo, para mí tú eres todo cuanto existe bajo el Cielo, gruñe Bárður, como para regañarlo. Cita el libro que le prestó el ciego capitán. Habían pasado por la casa de comidas de Geirprúður antes de salir de Lugar; ahora iremos por casa de Geirprúður, dijo Bárður, y apuró su taza de café en la panadería, los ruiditos de besos habían cesado pero el panadero se había puesto a canturrear en alemán, una melodía fastidiosa, con voz aguda y débil.

Había bastante gente por las calles de Lugar, deambulando entre las altas casas.

El muchacho se sintió de pronto insignificante frente al bullicio de la vida, ante las casas y ante el nombre de Geirprúður. Pasaron primero por la tienda de Tryggvi y luego por el local de Magnús el zapatero, donde Bárður atendió a los ruegos de sus pies y encargó unas botas hasta la rodilla para la primavera y el verano que pasaría en Lugar. No tengas miedo de Geirprúður, dijo Bárður cuando se acercaron al establecimiento, no te va a comer, o si acaso sólo un brazo. Y Bárður tenía toda la razón, no se comió al muchacho, principalmente porque no estaba en el local, o al menos no apareció por el comedor, donde permanecieron media hora. Fueron unos minutos larguísimos para el muchacho, apurado ante Helga, la mano derecha de Geirprúður, ante sus inquisitivos ojos grises, temeroso del capitán y de su áspera voz, de sus palabras cortantes y aquellos ojos muertos bajo una frente alta, arrugada, que guarda muchos pensamientos o tiene que guardarlos, ha de ser así porque posee por lo menos cuatrocientos libros, le había asegurado Bárður. Bárður, que se encontraba allí como en su propia casa, se lo estaba pasando muy bien y presentó al muchacho, éste es mi amigo, demasiado inteligente para la pesca, y la palabra «amigo» sonó tan cálida que el muchacho se sintió un poco aliviado. Las bromas de tres marineros que estaban sentados ante sendas botellas de cerveza no lo afectaban, conocía sus maneras de hablar, después de casi tres años saliendo a las zonas pesqueras de invierno. El cartero rural, Jens, estaba también allí. Alto, bebedor, recién llegado de su viaje mensual a Reikiavik, un viaje de entre seis y ocho días. Bárður y el muchacho habían visto las sacas y las bolsas delante de la puerta del comedor. Naturalmente, Jens debería haber ido directamente a llevar el correo a casa de Sigurður, el médico, donde lo clasifican y se lo entregan a los carteros locales para distribuirlo por el campo y los fiordos de los alrededores, pero a Jens le dan igual las

normas, además está un poco a malas con Sigurður, así que es mejor sentarse un rato en el local de Geirþrúður y beber toda la cerveza que tiene que beber un hombre, y pagarla después, y Sigurður tampoco es tan importante para no poder ir él mismo a recoger el correo. Jens miró un momento al muchacho, pero el resto del tiempo no les prestó la menor atención ni a él ni a Bárður, enfrascado como estaba en su conversación con Skúli, redactor jefe de *La Voluntad del Pueblo*. El muchacho había visto a Skúli en una ocasión anterior, pero de lejos, y se quedó mirando fijamente a aquel hombre larguirucho y bien vestido. Ha de ser maravilloso trabajar escribiendo para un periódico, mil veces mejor que pescar. Skúli tenía unos papeles en los que escribía algo que le estaba contando el cartero. Así que el próximo periódico saldrá rebosante de noticias frescas, porque Jens ha hecho a pie y a caballo todo el camino desde Reikiavik, trayendo noticias de la capital y los países extranjeros, así como todas las crónicas de poca monta que ha ido conociendo durante el largo viaje. Jens se detiene en muchas granjas, hay muchas bocas ansiosas por contar algo, chismes, historias de fantasmas, reflexiones sobre la distancia entre dos estrellas, entre vida y muerte, somos lo que decimos pero también lo que callamos. El capitán ciego, Kolbeinn, calla muchas cosas; y no mostraba interés alguno por el muchacho, hablaba solamente con Bárður, toma este libro sobre Juul para Andrea, dijo, y éste es para ti. Kolbeinn puso una mano sobre el grueso libro que tenía delante, *El paraíso perdido*, impreso en 1828, ya ves que me fío de ti, le dijo a Bárður casi con dureza, y calló un instante, como si la palabra «ves» le hubiera dado que pensar, luego siguió hablando del libro, te cambiará la vida, y eso no te vendrá nada mal.

Para mí tú eres todo cuanto existe bajo el Cielo.

Igual que el capitán, Milton era ciego: un poeta inglés que perdió la vista en la edad adulta. Componía en la oscuridad y su hija escribía los poemas que él le dictaba. Por eso bendecimos las manos de esa hija, pero ojalá hayan tenido vida también lejos de los poemas, ojalá hayan podido sujetar algo más cálido y suave que la fina pluma. Algunas palabras, quizá, pueden cambiar el mundo, pueden consolarnos y secar las lágrimas. Algunas palabras son balas de fusil, otras son notas de violín. Algunas pueden fundir el hielo del corazón e incluso es posible enviar palabras como brigadas de salvamento cuando los días son difíciles y nosotros quizá no estamos ni vivos ni muertos. Pero las palabras no bastan y nos perdemos por los páramos de la vida si no tenemos nada más que un palillero al que sujetarnos. Se acerca el atardecer, y el crepúsculo gris había vestido todas las cosas con librea sobria. Versos compuestos en una oscuridad que nunca abandonaba los ojos, escritos por una mano femenina, vertidos al islandés por un cura con una vista magnífica y que en ocasiones llegaba a tal grado de miseria que no tenía ni papel para escribir y se veía obligado a usar como papel el cielo de Hörgárdalur.

¡Ya!, exclama Pétur con voz potente.

¡Ya!

La primera palabra que se oye en el bote después de casi cuatro horas.

Y todos dejan de remar al mismo tiempo.

Respiran tan hondo como el mar que se extiende bajo ellos.

Casi todas las montañas están totalmente hundidas, pero aún asoman dos cimas y es con ellas como localiza Pétur el lugar, la barca está encima del banco de peces, donde la profundidad no es tan grande y el mar no es tan horriblemente negro.

¡Ya! Árni y Pétur han metido los remos en la barca.

Una palabra que apenas es una palabra, y que en general no es muy útil: no decimos ¡ya! cuando soñamos con una meta, cuando deseamos unos labios, un roce, no suspiramos ¡ya! cuando gozamos del amor, no decimos ¡ya! cuando alguien nos abandona y el corazón se transforma en dura piedra. Pero Pétur no necesita decir más. Los hombres no necesitan palabras en mar abierto. El bacalao no tiene interés alguno por ellas, ni siquiera por adjetivos como «magnífico». El bacalao no tiene interés alguno en las palabras, y sin embargo lleva nadando por los mares, casi sin cambio alguno, ciento veinte millones de años. ¿Nos dice eso algo sobre el lenguaje? Quizá no necesitemos las palabras para sobrevivir, pero sí para vivir.

Pétur dice ¡ya!, lanza la boya y empieza a largar la primera línea, ayudado por Árni.

Los otros cuatro reman para extender la línea, ese largo cordel con un enorme número de anzuelos en los que estuvieron ensartando la carnada la tarde anterior. Seis líneas, una para cada hombre, la primera en bajar es la de Pétur. Árni y él bendicen cada línea antes de bajarla, para que no salga nada malo de las profundidades, pero ¿qué podría salir de allí? Las profundidades del mar son inocentes de toda maldad, allí sólo hay vida y muerte; pero seguramente no habría que bendecir las líneas una sola vez, sino al menos diez mil veces, si las arrojáramos a las profundidades del alma humana. Poco a poco, la brisa de levante se va haciendo más fuerte y rolando al nordeste. Empieza a hacer frío, poco a poco. Aún están calientes después de la bogada, un calor que no se les va a los cuatro que reman para tender la línea, pero los otros dos tienen frío, hacen como que no lo sienten y así demuestran su fuerza, que quizá no es fuerza sino miedo a la mirada de los otros. El ser humano es ridículo a veces. Las líneas se hunden una tras otra en el frío mar azul, se quedan allí en el silencio y la oscuridad de la profundidad, esperando a que piquen los peces, mejor si son bacalaos.

Los seis hombres esperan en el bote el pescado que lleva ciento veinte millones de años nadando por el mar. Las especies han venido y se han ido, pero el bacalao sigue nadando, el hombre no es más que un breve episodio en su existencia. El bacalao nada toda la vida con las fauces abiertas, tan voraz que supera a todos, excepto al hombre, claro, se come todo lo que encuentra y nunca se sacia, el muchacho contó una vez ciento cincuenta capelanes adultos dentro de un bacalao de tamaño mediano, y le echaron una buena bronca por perder el tiempo en eso. El

bacalao es amarillo y le gusta nadar, siempre en busca de nuevas presas, en su vida no suceden demasiadas cosas interesantes y un cordel que se mueve en lo hondo con carnada en un anzuelo se considera una novedad espléndida, un auténtico acontecimiento. ¿Qué es eso?, dicen unos bacalaos a otros, por fin algo nuevo, dice uno, y muerde sin dudarlo, y los demás se apresuran a picar también, porque nadie quiere quedarse fuera, qué estupendo colgar de aquí, dice el primero por la comisura de la boca, y todos se muestran de acuerdo. Pasan horas, hasta que un movimiento los alcanza a todos, son arrastrados, una gran fuerza los lleva hacia arriba, más y más arriba, hacia el cielo que enseguida se abre, y entonces los acoge otro mundo, lleno de peces extraños.

Han largado todas las líneas y comienza la espera.

La larga espera hasta que el pez pique. Dos horas encima de nada. Dos horas en un ataúd abierto en medio del Mar Glacial. En el gélido frío, con viento creciente. Sólo Gvendur y Einar tienen algo que hacer ahora. Ellos no sueltan el remo, no tendrán reposo hasta que hayan vuelto a tierra y hayan dejado a sus espaldas la libertad del mar, a menos que haya viento favorable para izar la vela, entonces descansarán mientras la barca navega, Pétur lleva el timón y la barca de seis remos se convierte en un espléndido velero. Ah, sí, éstos son buenos momentos, incluso hermosos, un ataúd convertido en barco que brinca sobre las olas, los hombres se adormecen y su conciencia se llena de sueños.

Gvendur y Einar proejan alrededor de la boya. El oscuro color de la noche va cediendo lentamente ante la luz del día, muy despacio, aún reina la penumbra sobre sus cabezas, algunas estrellas en un hueco entre las nubes, pero el cielo se va llenando poco a poco de espesas nubes en movimiento. Pétur se inclina sobre el barril de suero de leche, quita el tapón, da un buen trago, se lo pasa a Árni y así van bebiendo todos, se llenan la boca de suero y así recuperan fuerzas. Refresca. La espera está resultando fría, pero qué importa, han vigilado las líneas con más frío que ahora, y esperado con viento más fuerte, tan fuerte que hacían falta cuatro para proejar. Han llegado a esperar en una oscuridad tal que Pétur tenía que aferrar el cable sujeto a la boya para que el bote no se alejara, para que no se alejara y se perdiera, sujetaba el cable aunque en su fuero interno temía que el demonio estuviera acechando y agarrara el otro extremo. Pero ni se le ocurría pensar en soltarlo, porque lo peor que puede haber en este mundo es sin duda alguna perder las líneas, que desaparezcan, tener que abandonarlas, tener que huir a tierra a toda prisa antes de que la tormenta se abata sobre ellos, antes de que las olas crezcan y rompan sobre ellos, exactamente con el mismo peso que la muerte. Pero el mundo es muy diverso, existen borrascas y existen calmas, y hubo una calma estupenda la última vez que salieron, dos semanas atrás. El mundo dormía, el mar era un espejo que subía y bajaba. Podían ver cada grieta y cada barranco de las montañas a muchos kilómetros del bote, y el cielo se curvaba sobre

ellos como la bóveda de una iglesia, la bóveda que nos protege. Los seis hombres permanecían silenciosos, humildes y agradecidos por su existencia. Pero no es propio del ser humano perseverar en el sentimiento de la humildad y el agradecimiento, así que algunos se pusieron a pensar en el tabaco y olvidaron la eternidad. Bárður y el muchacho se inclinaron hacia atrás para mirar el cielo estrellado que nos hace humildes y poderosos a un tiempo, y que a veces parece hablarnos. Y lo que nos dice acaricia suavemente las viejas heridas.

Pero ahora no hay estrellas, no en esta espera. Ya no. Todas han desaparecido tras las nubes que anuncian mal tiempo. El día se acerca, el viento arrecia, igual que el frío, nacido de un hielo que llena el mundo más allá del horizonte, no debemos remar en esa dirección, el infierno es el frío. Se cubren con los chaquetones encerados pues, aunque los jerséis son muy gruesos, el viento polar se cuela fácilmente por ellos, y estar cubiertos de sudor no ayuda demasiado. Todos cogen sus chaquetones, todos menos Bárður, su mano no encuentra nada, su mano se crispa en el aire y maldice en voz alta. ¿Qué pasa?, pregunta el muchacho. Maldito chaquetón, me lo he olvidado, y Bárður maldice con más fuerza, maldice haberse concentrado más de lo debido en grabarse en la memoria los versos de *El paraíso perdido*, tan concentrado que se ha olvidado el chaquetón. Andrea ya lo habrá descubierto, seguramente, y estará preocupada por él, que está temblando de frío, desprotegido ante el viento polar. Hasta eso puede hacernos la poesía. Qué pedazo de idiota, dice Einar con una sonrisa de burla, pero Pétur no responde e incluso parece que evita mirar a Bárður, que multiplica las maldiciones que la vida le ha permitido aprender, que son muchas. Las maldiciones son pedacitos de carbón que permiten calentarse un poco, pero las palabras, por desgracia, apenas sirven de protección contra el viento polar, que penetra hasta la carne, un cuero encerado es muchas veces mejor y más importante que todos los volúmenes de poesía del mundo. El muchacho y Bárður se sientan a horcajadas en la bancada, uno frente al otro, y empiezan a golpearse las manos abiertas, al principio despacio, luego todo lo rápido que pueden, y siguen hasta que Bárður ha conseguido calentarse lo suficiente y el muchacho está sudoroso y cansado. Pero el calor escapa enseguida de Bárður, que intenta golpearse él solo para entrar en calor, me voy a poner malo, piensa irritado, naturalmente me perderé las próximas salidas, perderé el crédito en la tienda, perderé mi parte del pescado, maldita sea, masculla, es malo perder el pescado. El pescado no es sólo una especie de vertebrado de sangre fría, que vive en el agua y respira por branquias, el pescado es mucho más que eso. La mayor parte de los pueblos islandeses se construyeron sobre huesos de bacalao, que son los pilares de la bóveda de los sueños. Pétur sueña con enriquecerse, con derribar la vieja granja y construir edificios de madera con ventanas, eso alegraría a Andrea, lo que no estaría mal, pues todo parece indicar que ha sucedido algo malo entre ellos. Pero Pétur no sabe qué puede ser, a decir verdad está perplejo, él no ha cambiado, sigue trabajando siempre sin descanso, no se acobarda ante nada pero, por algún motivo, a veces tiene la sensación de que la está perdiendo, ¿estará

traicionándolo la vida? Sin embargo, no puede señalar ningún suceso, no hay nada que apoye su sospecha, excepto la sensación de que algo en la atmósfera actúa contra él y levanta un muro entre los dos, algo que los distancia. Esa vaga sensación se convierte a veces en puro malestar, la tristeza lo alcanza y le arrebató la fuerza de los brazos, lo aturde, pero casi nunca aquí en el mar, aquí es feliz, aquí puede superarlo todo, y a su lado está Árne, el mejor marinero que ha habido nunca. Árne sueña también con una casa de madera, sueña con sanear su prado, con allanar los matorrales de hierba, con comprar suave tela roja en la tienda de Tryggvi, y también juguetes para los niños. Quien no tiene sueños corre peligro. Gvendur sueña con unas botas americanas y no hace más que mirar las de Árne. Einar tiene intención de comprarse una chaqueta americana y una gorra en cuanto acabe la temporada de pesca. Y el muchacho sueña con libros, con otra vida y en ocasiones con Guðrún, quizá podrían comprarse los dos un terrenito, no, demonios, él no es campesino, no tiene el menor interés en convertirse en campesino, ni siquiera junto a la mujer que posiblemente lo haría todo bueno y luminoso y lo transformaría todo en un cuento de hadas, no, él empezará como dependiente en la tienda de Leó, entonces podrá leer por las noches, así llegará a algo y las posibilidades se multiplicarán.

El viento sopla más fuerte.

Bárður se golpea con fuerza. Se maldice a sí mismo en voz alta y en voz baja. Sueña con independizarse de su padre, sueña con marcharse, con vivir con Sigríður, sueña con su risa y con sus observaciones, que tantas veces ponen patas arriba algo de la existencia, sueña con aprender más, sueña con Copenhague, allí hay torres e infinidad de calles por las que perderse, sueña con hacer algo grande, pues ¿para qué demonios vivimos, si no? Buena pregunta. Pero aquí hay otra, aún más urgente: ¿cómo va a ahuyentar el frío? Pétur le da tabaco, que Bárður mastica aunque no tenga el hábito, hace muecas por el acre sabor, pero el tabaco no calienta durante mucho rato, vuelven a golpearse las manos abiertas, el muchacho y él, deprisa, fuerte, el viento arrecia aún más, también el frío, y las nubes se oscurecen. La tierra ha desaparecido, el horizonte se está llenando de nubes que anuncian nieve, llegará hasta ellos en una hora si el tiempo no deja de transcurrir: ahora avanza a paso de tortuga, tan despacio que casi parece estar quieto. Árne y Pétur se remueven, tienen frío aunque lleven puestos los chaquetones. Pétur empieza a tararear en voz baja e inconexa, así desentumece sus cuerdas vocales, y cuando se han calentado lo suficiente y ya están bien flexibles, se atreve con una balada y los demás lo escuchan. Primero son romances de caballos, romances del mar, de heroísmo y valor en el mar. Pero el heroísmo y los caballos no bastan contra el frío, cambia, empieza a entonar estrofas con doble sentido que al poco se vuelven realmente indecentes. Pétur conoce muchas de esas melodías, decenas, quizá centenares. Ha pasado sobre una bancada y ahora está sentado cerca de la proa con su ropa de cuero, gruesas manoplas de lana, un gorro de punto debajo del sueste, el gorro casi le cubre los ojos, sólo se ven los ojos, la nariz, parte de las mejillas y la boca, la barba oculta lo demás, oculta el

semblante y quizá por eso parece invencible mientras se mece adelante y atrás y mastica tabaco. Las estrofas brotan de él en tropel, como si así quisiera acallar incluso el frío polar. Son cada vez más crudas, más violentas, y Pétur se transforma. Ya no es un patrón silencioso, serio, trabajador incansable: algo arcaico y oscuro despierta en su interior y ya no es poesía lo que brota de él, la poesía es sólo para perezosos y maestros de escuela, esto es una fuerza primigenia, una lengua cuyas raíces se hunden en la oscuridad del inconsciente, surgida de una vida desdichada y de la permanente vecindad con la muerte. Pétur se inflama y se mece rítmicamente sobre la bancada, se golpea los muslos con las manos cuando las palabras se vuelven tan pesadas que un cuerpo humano apenas es capaz de soportarlas, porque el cuerpo humano es frágil, no aguanta tener encima una gran roca, no aguanta una avalancha ni el viento gélido, no aguanta la soledad, no aguanta baladas pesadamente cargadas de arcanos, traspasadas por la lujuria, por eso se golpea Pétur los muslos, para quitarse de encima las palabras, y los cinco hombres se sobrecogen, todos subyugados por la fuerza primigenia que mana de su patrón. Los ojos de Einar resplandecen de negra felicidad, Gvendur respira con la boca abierta, Árni no aparta los ojos de Pétur, Bárður tiene los ojos entornados, no escucha las palabras sino solamente su sonido, el sonido de la voz, y piensa: ¡demonios, de dónde sacará este hombretón semejante fuerza! El muchacho se debate entre la admiración y la repugnancia, tiene los ojos clavados en aquel hombre de más de cincuenta años de edad que escupe una tras otra estrofas obscenas. ¿Qué es Pétur sino un viejo, y qué son esas baladas sino puras vulgaridades? Pero, un momento después, Pétur vuelve a transformarse en algo ancestral y el sonido de sus palabras desgarró al muchacho. Se maldice a sí mismo, maldice a Pétur, está en una cáscara de nuez junto con cinco hombres en el Mar Glacial, rodeado de hielo por todas partes, y se debate entre la admiración y la repugnancia. Pétur se ha quitado el suéter, está sudando, se quita una manopla, su manaza parece agarrar algunas palabras, mira con concentración el infinito e intenta no pensar en Andrea, espera un poco más ahí dentro, le pide ella a veces en el rincón, encima del montón de pescado salado que va creciendo, pronto será tan alto que él no podrá ponerse en pie mientras lo hacen, más espacio, dice ella, así, y abre más las piernas para gozar mejor de él, para sentirlo mejor, pero también para que no le haga daño, pero el calor de sus palabras y sus piernas que se separan más son demasiado, de pronto, todo estalla en el interior de Pétur, da un respingo y aprieta los dientes, pero Andrea mira sin querer a un lado, como para ocultar la decepción, incluso la tristeza, que asoma en el gesto de su rostro, luego se hace el silencio en el rincón y Andrea evita mirar a su marido. La energía, la magia, la concupiscencia, desaparecen, escapan de él y desaparecen cuando el miedo a perderla lo acosa y llena todas sus células. Perderla dónde, no lo sabe, jamás lo ha pensado, pero ¿qué posee, qué es la vida? Bueno, sí, este bote, la tierra con las casas y las bestias, y Andrea. Treinta años con ella. No conoce otra vida. Si ella desaparece, él perderá el equilibrio, ahora se da cuenta, de forma totalmente inesperada encuentra

esa conclusión delante de sus ojos, la melodía muere en sus labios y Pétur parece desmoronarse.

Einar maldice en voz baja. Conoce la serie de estrofas que se ha interrumpido y estaba esperando, emocionado, la llegada de las últimas. Un silencio inesperado vuelve a ellos con el mundo. Trae consigo frío, viento, olas crecientes y copos de nieve, porque la ventisca está ya más cerca. Bárður se frota los brazos con fuerza, el muchacho se vuelve para frotar al mismo tiempo el pecho y la espalda de su amigo, Einar y Gvendur proejan, Árni se esfuerza por mirar a Pétur, que está distinto de como suele ser, sentado, al parecer esperando que alguien lo arroje por la borda como un trasto inútil. El bote sube y baja. El mal de mar, que apenas ha molestado al muchacho durante la navegación, lo que lo ha llevado a bendecir muchas veces en silencio el elixir chino de la vida, vuelve ahora, aunque aún débilmente, una náusea de la que podrá librarse cuando empiecen a sacar las líneas, si es que empiezan, si el tiempo no los ha abandonado, si no los ha abandonado en el Mar Glacial. Pétur sacude el cuerpo, se sacude como los animales, se arranca de la muerte, de la rendición, del miedo, y dice: rememos hacia la boya.

Árni, Bárður y el muchacho se preparan mientras Einar y Gvendur hacen virar la barca y reman fuerte el trecho que los separa de la boya, pues ahora jalarán el pescado, ahora sacarán de la profundidad lo que nos mantiene con vida, mejora nuestros hogares y da fuerza a nuestros sueños. Bárður sujeta el cabo al molinete, su labor principal es recoger las líneas, para eso hacen falta fuerza y aguante y a Bárður le sobran ambas cosas. Pétur se inclina un poco hacia delante, mira el mar, espera con el bichero en la mano derecha, empiezan con su línea, la del patrón. La impaciencia palpita en ellos. Bárður jala la línea, se produce un movimiento allá abajo, en las profundidades, el bacalao llega a la superficie, donde encuentra una recepción poco amable. Pétur lanza el pescado a la barca con el bichero, al momento lo desangra con un violento movimiento y nunca podrá volver a nadar por las oscuras, azuladas profundidades con las fauces abiertas ni tragarse todo lo que sea más pequeño que él, sus horas de placer han quedado atrás y la muerte se lo lleva, no sabemos adónde, ¿existirá un mar eterno en algún lugar más allá del tiempo, lleno de peces difuntos, algunos incluso extintos en este mundo? El pescado tiene sangre fría y quizá no sea especialmente sensible a la vida y la muerte, piensa el muchacho, que va recogiendo la línea al tiempo que Bárður la saca, bien cargada de pescado, la va dejando en el fondo de la barca, con cuidado, procurando que no se enrede, corta la carnada que queda aún en los anzuelos, no siempre es fácil y tiene que trabajar con rapidez, en ocasiones la única forma posible es usar los dientes, arrancar la carnada y escupir luego el trozo helado y cubierto de sal. Hay un montón de pescado. Bárður ha empezado a recoger la línea de Árni, Pétur blande el bichero, sonrío, es un hermoso momento. Einar y Gvendur proejan, sonrío también, Gvendur recuerda a un

gigantesco perro manso, y la mañana ha llegado. Pero cuando Bárður lleva avanzada ya la cuarta línea, la del muchacho, es como si volviera a oscurecer, es como si la noche regresara hacia ellos, perdonadme, pero he olvidado algo. Aunque no se trata del crepúsculo que vuelve a por su librea, porque Pétur levanta la vista y mira alrededor; el mundo ha desaparecido y hay una espesa rumazón donde tendría que estar el horizonte.

Hay tempestad a la vista, y los alcanzará dentro de poco.

Árni, dice Pétur, y no dice nada más porque Árni ve hacia dónde está mirando el patrón, deja el cuchillo y empieza a ayudar a Bárður a tirar, el mar se ha vuelto intranquilo, su paciencia con este bote, con estos hombres, se está acabando. Las olas aumentan, son más altas, el viento cobra fuerza, los movimientos de Bárður son ahora más lentos, el frío se está adueñando de él, la alegría por la buena pesca calienta un poco pero no mucho, y ciertamente no lo suficiente. Alegría, felicidad y amor apasionado son la trinidad que nos convierte en seres humanos, que justifica la vida y la hace más grande que la muerte, y sin embargo no proporciona más amparo que esta última ante el viento polar. Mi amor por un chaquetón encerado, mi alegría y mi felicidad por otro jersey. Sopla el viento del Mar Glacial, se refuerza a cada minuto y escupe copos de nieve. Gvendur y Einar tienen que emplearse con todas sus fuerzas para mantener el bote más o menos estable, las olas se elevan a su alrededor, la tierra ha desaparecido hace mucho, el horizonte ha desaparecido, no hay nada en el mundo excepto seis hombres en una cáscara de nuez, jalando pescado y sueños desde las frías profundidades. Pétur se mantiene firme, metiendo el pescado a bordo con el bichero, mira a Bárður y luego la amenazante borrasca, Árni y Bárður han empezado a jalar la quinta línea, la de Gvendur, que sujeta fuerte su remo, gigantesco al lado de Einar pero pequeño y asustado por dentro, pues ahogarse debe de ser horrible, y el Mar Glacial no tiene ya el menor interés por esta barca, por esta tabla con seis hombres, amenazados ahora por la tempestad. La nevada se hace más espesa. Aunque apenas se puede llamar nevada a esto. El viento arroja los copos sobre el rostro de los hombres, que tienen que entornar los ojos, mejor incluso si apartan la cara. Las olas rompen alrededor de la barca, la espuma cubre a los hombres, no son olas demasiado grandes pero no hace falta mucho para empapar hasta los huesos a un hombre que ha olvidado en casa su chaquetón encerado, Bárður boquea, apenas puede respirar. Y casi al mismo tiempo, Árni mira a Pétur, que asiente con la cabeza y tira el bichero sobre el montón de peces, quizá unos doscientos, Árni agarra el cuchillo y corta la línea de Gvendur que casi habían acabado de recoger, medio inclinado sobre su tarea, ni de pie ni sentado, ya era hora, gruñe el muchacho, que ha vomitado dos veces, ha vomitado la cuajada, ha vomitado el pan de centeno de anoche, parte cayó en el bote, parte en el mar, el resto se lo llevó el viento. La nevada se espesa aún más y empequeñece el mundo, apenas pueden ver a unos metros de distancia y lo único que distinguen entonces son los altos tumbos, los profundos valles de las olas. El bote se eleva, el bote se precipita hacia abajo, el jersey de Bárður se ha convertido en una

coraza de hielo, se sienta en la bancada, más bien se deja caer, y se golpea a sí mismo con violencia. El muchacho intenta huir del mareo que empeora a pesar del elixir chino de la vida, un producto mundialmente conocido y de la máxima confianza científica, está colgado más que sentado sobre la bancada y frota a su amigo sin desfallecer, se ofrece incluso a prestarle su propio chaquetón, pero Bárður niega con la cabeza, la prenda del muchacho es demasiado pequeña y en nada mejoraría la situación que los dos se calaran hasta los huesos. Demonios demonios demonios, farfulla Bárður. ¿Qué pasa con mi línea?!, brama Einar, mirando furioso a Pétur y Árni, no podemos seguir esperando, le responde Pétur a gritos, sólo tres metros los separan pero si uno quiere hacerse oír allí, en el Mar Glacial, tiene que gritar, chillar, y aun así no está claro que sea suficiente. Y Einar aúlla, echa la cabeza a uno y otro lado, como si lo estuvieran torturando, como para aplacar la violencia que amenaza con partirle la cabeza, aprieta los dientes con todas sus fuerzas y apenas consigue retener las palabras que silban en su interior. Pétur es el patrón, sus palabras son ley, quien no esté de acuerdo puede marcharse, pero no por eso deja de suscitar la cólera de Einar de tal modo que incluso sus ojos sólo ven sangre cuando todas las líneas menos la suya están ya a bordo, cargadas de pescado, ésa es la peor injusticia, el más profundo infierno. Tres horas remando con todas tus fuerzas, otro tanto proejando ¿y qué sacas de todo eso?, nada, el pescado devuelto otra vez al mar, colgando de los anzuelos. Einar mira con ojos asesinos a Bárður, que intenta quitarse el frío a golpes, y al muchacho, pálido como un cadáver, que masajea a su amigo, no es la tormenta lo que le ha robado el pescado a Einar, sino Bárður. ¡Vela!, brama Pétur contra el viento y la incesante nevada, una sola palabra y Einar y Gvendur meten los remos, Bárður y el muchacho se incorporan, los hombres se mueven deprisa pero con precaución, un movimiento descuidado, sin pensar, y el bote puede perder el equilibrio que separa vida y muerte. Los dos mástiles se elevan, la vela amarrada entre ellos, Pétur ha colocado el timón, tiene que agacharse para hacerlo y todo parece indicar que el viento va a atacar la vela, que se va a arrojar violentamente contra ella, por fin hay resistencia, por fin algo que no sea aire vacío, el bote se escora y casi se tumba sobre una banda. Miran de frente al aullante mar. Hace rato que el cielo ha desaparecido sobre ellos, ya no hay cielo, no hay horizonte. El bote recupera la estabilidad, el manejo es hábil y Pétur es buen timonel. Ha empezado a salir humo del mar, chorros y espuma se precipitan sobre ellos, todos boquean en busca de aire menos Bárður, que está silencioso e intenta achicar el agua aunque le resulta difícil sujetar el achicador por el frío que se cuela por su coraza de hielo, el viento los empuja, navegan con el viento polar en popa, la nevada los persigue, descarga sobre la barca y la vela, y en ella se hace hielo. Los hombres intentan quitar la nieve, su principal misión es vivir y todos se esfuerzan en la tarea menos Pétur, que pilota encogido de frío, el rostro entumecido, no hay nada por delante excepto el mar encrespado y la nevada, pero Pétur no necesita ver nada, los puntos cardinales habitan en su interior y él busca mantener el bote en el rumbo correcto, hasta donde se lo permite el viento.

Luchan. Quitar a golpes la nieve y el hielo. Intentan alejar la muerte a base de golpes, tienen que unir todas sus fuerzas, y no está claro que sean suficientes, el estado de Bárður reduce las oportunidades de todos, pero sería la condena a muerte para todos que alguno le prestara su chaquetón, aunque fuera sólo por un momento, entonces serían dos los incapaces de trabajar, no uno. Un hombre sin chaquetón se queda empapado en un tiempo brevísimo, el frío lo sujeta con sus garras y aquí, en mar abierto, ya nunca lo suelta. ¡Golpéate a ti mismo!, grita el muchacho a Bárður, que golpea sin fuerzas el hielo y la nieve de la vela, por encima de él, pero abandona enseguida y mira a su amigo. Casi parece que Bárður sonríe, se mueve hacia él, está tan cerca que apenas unos centímetros los separan, uno de ellos pálido y sin fuerzas por el mareo, el otro azulado de frío. Bárður acerca su cabeza a la del muchacho, sus ojos castaños llenos de algo que éste no comprende, la boca de Bárður se abre un poco, lucha para formar palabras, para superar el frío, y lo consigue, las palabras llegan, ciertamente distorsionadas pero comprensibles para quienes sepan de dónde proceden, y el muchacho lo sabe: Dulce aliento es el del alba, y dulce el despertar con el encanto de las madrugadoras aves. El muchacho intenta sonreír a través del mareo y el frío, a través del miedo. Bárður se acerca aún más, las alas de los suestes se doblan y sus frentes se tocan, para mí tú eres todo cuanto existe bajo el Cielo, murmura Bárður, el verso escrito en la carta que Bárður terminó anoche, dirigida a Sigríður, que ahora estará quizá junto al mantequero, en el campo, en algún sitio lejos de la tempestad, si es que existe algo fuera de esta tempestad, de este cascarón y de esta nevada que el viento dispersa para golpear los rostros. El muchacho sigue quitando a golpes el hielo de la vela y del bote, la respiración se le hace más fácil. La seguridad de que Bárður no se dejará doblegar por el frío le acrecienta las fuerzas, dulce aliento es el del alba, y por un rato se olvida de todo excepto del esfuerzo de golpear la vela para quitar el hielo y la nieve, de todo menos de la lucha por la vida, pero la siguiente vez que mira a su lado, ve que Bárður se ha tumbado de espaldas bajo la última bancada. El muchacho titubea, se inclina y empuja a Einar hacia un lado para llegar hasta Bárður, Einar le grita al oído ¿quieres que nos matemos todos, maldito mocoso del demonio?, porque quien desatiende su tarea empuja a todos a la perdición, y qué, Bárður está ahí, tumbado, con las piernas encogidas y las rodillas contra el pecho, los brazos en torno a las piernas. El muchacho se acerca a él y lo llama. ¡Bárður!, grita el nombre que le importa más que todos los nombres de este mundo juntos, más que una barca con doscientos peces, y se acerca tanto que el aire de su respiración toca los ojos castaños. Bárður le devuelve la mirada sin expresión alguna, pues el frío le ha entumecido los músculos del rostro, mas, pese a todo, lo mira. El muchacho siente que lo agarran por el cuello. Einar le da un violento tirón, el muchacho pasa la vista por el bote, Pétur y Árni les gritan algo pero él no oye nada, lo único que se oye es el bramido del viento. El muchacho mira a Einar y le asesta un golpe con gélida violencia, le impacta en el pómulo. Einar se encoge ante el golpe, pero también por la violencia que hace irreconocible al muchacho, que vuelve a

ponerse de rodillas, se separa de la bancada, intenta sin éxito cubrir a Bárður, masajea el rostro de Bárður, le golpea los hombros y le echa el aliento sobre los ojos, pues en ellos está la vida, lo llama a gritos, lo golpea con más fuerza y lo frota más deprisa, pero no sirve de nada, Bárður ha dejado de ver, sus ojos carecen ya de toda expresión. El muchacho se ha quitado las manoplas y restriega el rostro helado de su amigo, mira fijamente sus ojos, les echa el aliento, susurra, dice algo, le acaricia las mejillas, las golpea y grita y espera y susurra pero sin resultado alguno, los lazos entre ellos se han roto, el frío se ha adueñado de Bárður. El muchacho mira hacia atrás, a los cuatro hombres que están luchando por sus vidas, que están luchando al unísono, mira de nuevo a Bárður, que está solo, nadie llega ya hasta él, excepto el frío. Para mí tú eres todo cuanto existe bajo el Cielo.

Es increíble lo grato que resulta sentir tierra firme bajo los pies. Significa que uno no se ha ahogado y podrá tomar algo de comida tras doce horas en el Mar Glacial, en medio de la tempestad y la densa nevada. Podrá comer muchas rebanadas de pan de centeno con montañas de mantequilla y paté y beber café negro como el carbón con azúcar cande. Pocas cosas hay mejores. El hambre ha empezado a carcomer a los hombres por dentro, el cansancio palpita en los músculos, y en un momento así, el café y el pan de centeno son el cielo mismo. Y luego, después de descargar la captura, un plato de pescado fresco cocido, con manteca de cordero. La felicidad consiste en poder comer, en haber escapado de la tormenta, en atravesar las rompientes que penetran un buen trecho en la costa, en acertar el momento justo para cruzarlas ya que, de otro modo, las olas volcarán el bote o lo llenarán de agua, y entonces habrá en el mar seis hombres que no saben nadar y doscientos peces muertos, una pesca tan inútil como la muerte de esos hombres, pero Pétur es hábil, conoce el momento justo, atraviesan la ola y están salvados.

Gvendur y Einar saltan del bote, caen sobre la nieve que les llega hasta las rodillas, Guðmundur y uno de su tripulación se acercan chapoteando en la nieve. No han salido a la mar, Guðmundur ha desistido en el último momento, en el ultimísimo momento, dos estaban ya en la barca con sus prendas de cuero, los otros habían empezado a empujarla y entonces Guðmundur ha desistido, algún matiz de color en el horizonte que no le ha gustado. Y los que están en tierra no se quedan con los brazos cruzados mirando las barcas, sino que van a ayudar, es una ley muy superior a las leyes del país, porque es cuestión de vida o muerte, y casi todos prefieren la primera. Además, la vida tiene sobre la muerte la ventaja de que uno sabe más o menos de qué trata, y en cambio la muerte es una gran incertidumbre, y pocas cosas sientan tan mal a un ser humano como la incertidumbre, es lo peor que puede haber.

Cuatro de la tripulación de Guðmundur ayudan a Gvendur y Einar a arrastrar el bote por la playa de guijarros, los demás empujan, más allá se arremolina el espumoso oleaje, más lejos aún brama la tempestad. El tiempo está mejor aquí, sólo un murmullo en la montaña por encima de las cabañas, aunque el viento sí es fuerte, tanto que Andrea ha de abrir bien las piernas para mantenerse en pie, y de vez en cuando tiene que inclinarse contra la ventisca. El café está preparado en la cabaña y ella está allí de pie, se inclina contra el viento, no comprende lo que hace, debería haber bajado donde el bote, ayudar a empujar los últimos metros, elegir dos pescados para cocerlos, acompañar luego a los demás hasta la cabaña, donde se sentarán contentos con el aroma del café y el viejo pan de sus fiambreras, la felicidad no siempre tiene que ser un festejo alocado. Son buenos ratos los que pasa sentada entre los hombres, preguntando por la faena, sintiendo cómo el olor a mar abierto llena la buhardilla, y sin embargo está allí, de pie, sin moverse un centímetro. Aguza la vista, intenta defender sus ojos de la nieve que le viene de todas partes. Algo pasa. Lo nota.

Y la inquietud de esta mañana, cuando ha descubierto el chaquetón de Bárður, aumenta dentro de ella. Es como si no se atreviera a moverse, como si el menor movimiento fuera a confirmar sus peores sospechas.

Un cuerpo vivo es una maravilla. Pero en cuanto el corazón deja de latir, deja de bombear sangre, y recuerdos y pensamientos dejan de chisporrotear dentro del cráneo, entonces deja de ser una maravilla y se transforma en algo que preferimos no tener que designar con una palabra. Mejor dejárselo a la ciencia. Y luego a la tierra. Andrea entorna los ojos, vuelve la cabeza contra el ataque de los copos de nieve. Gvendur y Einar están en el molinete, Pétur en la proa de la barca, también Árni está allí, y el muchacho. Ella nota que sus movimientos son pesados, no por el cansancio sino por otra cosa, y a Bárður no lo ve por ninguna parte. ¿Dónde está Bárður?, dice sin querer, pregunta al viento, pregunta a los copos de nieve, pero nadie contesta, no tienen por qué hacerlo, el viento se limita a soplar, viene y al momento se ha ido, y los copos de nieve son cosa del cielo, por eso son blancos y parecen alas de ángel. Tampoco el cielo tiene por qué explicar nada, se abomba por encima de nuestras cabezas, por encima de nuestras vidas, y está siempre igual de lejano, no llegamos a alcanzarlo aunque estemos en el tejado de una casa o encima de una montaña, intentamos llegar hasta él con palabras o con algún medio de transporte. Andrea se impulsa como si se dispusiera a dar el primer paso, luego el segundo, ponerse en movimiento, a toda prisa, bajar corriendo hasta el bote, bajar a donde están los hombres que acaban de llevar la barca a la playa, el tiempo no es tan malo como para tener que amarrar mejor el bote, todavía no, porque la tempestad propiamente dicha está en mar abierto, dos monstruos primigenios que se beben a los hombres que osan aventurarse en ellos. Ahora tendrían que encaminarse hacia la cabaña, buscar la felicidad en el café, en el gozo del pan de centeno, el paté, la mantequilla, el deleite de un breve reposo, y Guðmundur tendría que irse a su cabaña, a sus ocupaciones, para no tener que seguir allí más tiempo del imprescindible bajo el mismo cielo que su hermano, maldita sea, alguien por lo menos debería estar moviéndose, algo que no fuera el viento incansable, la nieve del cielo. Los hombres del molinete se inclinan para mirar dentro del bote. Los que lo han empujado o arrastrado están inmóviles, desmanotados, con los brazos caídos, se quedan así largo rato, seguramente muchos minutos o una hora incluso, eso le parece a Andrea, aunque difícilmente sean más de unos segundos. Las horas son muchas y el reloj rara vez mide lo que sucede dentro de nosotros, el tiempo auténtico de la vida, por eso pueden concentrarse muchos días en unas pocas horas y a la inversa, el número de años es una medida inexacta del tiempo de vida del hombre, quien muere a los cuarenta quizá habrá vivido en realidad mucho más que quien muere a los noventa. Unos pocos segundos u horas; el muchacho ya se ha puesto en pie en el bote. Está en la sentina de proa, se inclina hacia el fondo y luego se levanta despacio, con algo grande en los brazos, algo más grande que un bacalao, incluso más grande que un bacalao enorme, pues no se trata de un bacalao sino de un hombre, el muchacho grita algo y finalmente el cuerpo se le resbala de los

brazos. Árni ha subido a bordo de un salto, Gvendur y Einar lo siguen, cogen a Bárður y se dirigen hacia la cabaña. Es casi como si la tierra se arqueara bajo su peso, aunque esté dura de hielo, roca y millones de años, pero un hombre muerto es un peso mucho mayor que uno vivo, la chispa de luz de los recuerdos se ha convertido en oscuridad, en pesado metal. Nadie dice nada. Guðmundur y sus hombres están inmóviles. Se han quitado los gorros de lana. Guðrún aparece en la puerta, mira y es como si alguien le asestara un violento puñetazo. Andrea ha entrado en la cabaña, corre en busca del aguardiente, friega la mesa de la carnada, ellos entran, dejan a Bárður sobre la mesa y la montaña silba sobre las casas. Tumbado con los ojos abiertos, los ojos fijos al frente, helado, pero no quiere aguardiente, no quiere nada porque ya no es nada. Excepto la incertidumbre. El frío había llegado hasta el corazón, había entrado en él y entonces desapareció todo lo que hacía que fuera quien era. El cuerpo, que era fuerte, suave y vehemente en su juventud, está ahora helado y, para ser sinceros, anuncia dificultades. Ahora habrá que sacarlo de allí, llevarlo a su hogar, si es que los muertos, o sus cuerpos, poseen algún hogar. La muerte lo cambia todo. El egoísmo era algo que nadie podía asociar con Bárður mientras vivía, con sus ojos tan castaños, pero ahora su cuerpo está sobre la mesa de la carnada y exige atenciones, que lo lleven de aquí para allá, y encima es probable que reproche a su antiguo patrón y a Andrea que sigan vivos.

Comen en silencio. Casi deprisa. Como si estuvieran cometiendo un delito y comieran menos de lo que les reclama el estómago.

El muchacho no toca su fiambarrera, no mira el café, está sentado en la cama, en la cama que compartía con Bárður, una cama estrecha que se ha vuelto insoportablemente ancha, demasiado grande, está sentado allí con el chaquetón y el libro. Luego, Andrea se sienta a su lado. Sólo se sienta y mira al frente. Los otros cuatro se acaban el pan, se acaban el café, incluso Einar intenta sorber con el menor ruido posible y no se queja aunque tiene el pómulo muy dolorido por el golpe. A Gvendur le apetece poco su pan, se fuerza a comer la mitad, después lo aparta como si estuviera sucio. Pétur se pone en pie, los otros tres lo imitan de inmediato y bajan, Einar coge el trozo de pan de Gvendur antes de desaparecer piso abajo. Pétur se detiene un instante, mira al muchacho y quiere decir algo, algo sobre Bárður, algo bueno sobre Bárður, y pedir al muchacho que baje, pedir, no ordenar, porque es preciso preparar el pescado, cortar cabezas, abrir, quitar tripas, quitar la piel, salar, y ahí tiene tarea el muchacho, corta cabezas y quita tripas, separa el hígado y lo mete en toneles, el trabajo es bueno, cura todos los males. Pero Pétur no consigue decir eso del trabajo, que ayuda, que no somos nada sin él, porque Andrea lo mira y sus ojos dicen déjalo en paz y baja tú. Y Pétur baja, con un nudo desconocido en la garganta. La estoy perdiendo, piensa, no, no lo piensa, lo siente, lo percibe, pues entre una persona y otra existen hilos invisibles y notamos cuándo se rompen. Los hombres salen para ocuparse del pescado. El pescado de todos excepto el de Einar, su línea ha quedado en el mar, allí cuelgan sus peces de los anzuelos a varios metros por debajo

de la tormenta, y no recuerdan una vida distinta. Einar está molesto, es injusto que él no tenga su parte mientras los demás tienen cada uno la suya, incluso Bárður, que no la necesita ya, peces muertos para un hombre muerto. Salen, pasan por delante de la mesa de la carnada y del cuerpo que respondía al nombre de Bárður.

Entre los que se dirigen al encuentro de su deber, del trabajo, de su pan, y los que están arriba en la buhardilla hay un hombre muerto, congelado hasta los tuétanos, los ojos están abiertos pero han perdido su color y no miran nada. Un cuerpo muerto es inservible, podríamos tirarlo sin más. El muchacho aparta la mirada, la trampilla está levantada, está abierta a la muerte de allí abajo. El infierno es una persona muerta. Mueve la mano derecha hacia un lado, acaricia el libro causante de que Bárður olvidara su chaquetón. Leer poemas es un peligro mortal. El libro fue impreso en Copenhague en el año 1828, el largo poema que tradujo, que reescribió el padre Jón, quince años de su vida se fueron en ello, el volumen compuesto en Inglaterra por un poeta ciego, compuesto para acercarse a Dios, que, como el cielo, el arco iris y la esencia, se aleja en cuanto lo buscamos.

El paraíso perdido.

¿Acaso la muerte es la pérdida del paraíso?

Andrea piensa en el olor del cuerpo de Bárður. En esa combinación obsesiva de calor y aroma. Se lleva una mano a la espalda, la mueve con cuidado, y su palma acaricia el lugar donde reposó anoche la cabeza de Bárður. El muchacho está sentado, anonadado. Una vez hubo una mujer que escribía cartas sobre la luna, una vez hubo una niña que estaba orgullosa de tener un hermano mayor, una vez hubo un hombre a quien se le podía decir todo y siempre respondía a todo, y ahora todos han muerto, excepto la luna, que no es más que un pedazo de roca en el universo celestial, un trozo de roca muerta y de restos de asteroides que han destrozado su superficie.

¿Es posible que los sentimientos de las mujeres estén más arriba y más a flor de piel que los de los hombres? ¿Que, como la mujer puede dar la vida, ella sea también más sensible a ésta y al sufrimiento, que solamente puede aplacarse con lágrimas, arrepentimiento y dolor?

Andrea aparta la mano del lugar donde reposó la cabeza de Bárður y la pone sobre el hombro derecho del muchacho. Lo hace sin pensar. Es un movimiento que surge de dentro, compasión y dolor reunidos en la palma de una mano, y poco después el muchacho llora. Las lágrimas brotan cuando las palabras son piedras inútiles. Está encogido como una concha, en parte sobre la cama, en parte sobre el regazo de la mujer que enseguida queda empapado de lágrimas. Las lágrimas alivian y son buenas, pero no bastan ellas solas. No es posible engarzar las lágrimas y luego dejarlas hundirse como un cordel destellante en la oscura profundidad y jalar después a los que murieron pero tenían que vivir.

El muchacho no tarda mucho en recoger lo que quiere llevarse. Andrea lo ayuda, lo

obliga a comer algo, le prepara un trozo de cecina, el último, lo tenía reservado para la sopa del próximo domingo, sobrevivirán sin él, piensa, y enseguida siente un ardiente odio hacia esos hombres que están allí fuera y han empezado a preparar el pescado, casi siente odio porque ellos están con vida, los cuatro. Su delantal se ha oscurecido por las lágrimas, quizá la mancha nunca desaparecerá, ojalá no, piensa ella. Envuelven en varias capas *El paraíso perdido*, el libro irá también, y bastante torta de pan y paté, un puñado de terrones de azúcar. Pero, primero, el muchacho abre el libro y su rostro se crispa al ver la carta para Sigríður. Para mí tú eres todo cuanto existe bajo el Cielo. Palabras para la que respira detrás de montañas y páramos y no sabe aún que las posibilidades de su vida se han reducido drásticamente, ella, que se alarma cada vez que ve a alguien dirigiéndose hacia la granja, y confía en que sea el cartero de los campamentos pesqueros que le lleva una carta, palabras que puedan enlazar las distancias, palabras que alivien la añoranza, al tiempo que la aumentan y la alimentan. La próxima carta que reciba será gruesa, cálidas palabras de un hombre muerto. El muchacho le da la carta a Andrea y le dice encárgate de que vaya con él, y Andrea dice pobre chica, y eso decimos nosotros también, pues el frío y el poema se han llevado lo que para ella era más querido.

Y el muchacho está listo para el viaje.

Claro que sí, te marchas, había dicho Andrea, pues él no puede ni pensar en volver a dormir en la cama y que Bárður no esté allí, sentarse en la bancada y que Bárður no esté allí. Bárður ha desaparecido y lo único que queda es un cuerpo helado. Sería una traición, había dicho el muchacho, no podría soportarlo.

Dos explicaciones, dos excusas, todo tiene al menos dos caras.

Se dan prisa porque Pétur no se lo tomará bien, un hombre no abandona su tripulación, eso es inaceptable, yo me encargo de Pétur, dice Andrea, tú vete, ésta no es tu casa, y el muchacho se marcha hacia donde quería irse con Bárður en primavera, a Lugar, al ombligo, al centro del mundo.

Ten cuidado con ese maldito Infranqueable, ahora las olas llegarán hasta allí, dice Andrea, y el muchacho dice sí, tendré cuidado, pero no dice que su intención es seguir otro camino, por el valle que se abre entre las montañas, piensa subir al páramo y luego seguir por la meseta, quiere alejarse del mar tanto como sea posible, al menos por una noche o dos; es un largo camino, y peligroso con un tiempo como éste, en esta época del año, pero qué más da, si casi todos están muertos, qué importa si yo vivo o muero, piensa el muchacho pero no dice nada, promete tener cuidado con las rompientes, Andrea nunca lo dejaría marcharse si supiera qué camino pretende seguir. ¿Y después qué harás?, pregunta Andrea. Devolveré el libro, dice el muchacho. Ella le pasa las manos por la cara, lo besa en la frente, lo besa en los ojos, no te olvides de mí, muchacho, le ruega, jamás, dice él, y desaparece entre la nevada.

Quienes viven en este valle ven solamente un fragmento del cielo. Su horizonte son montañas y sueños.

El muchacho conoce este valle, y sabe que quien lo atraviesa y luego sigue determinado camino entre montañas rotas por gargantas y cruza dos mesetas descenderá al valle que Bárður llamaba su tierra, y a una granja de ese valle, su hogar. Pero el muchacho no se dirige al suyo, ¿cómo sería posible dirigirse hacia un lugar que no existe, ni siquiera en nuestra cabeza? Él no llama al valle su tierra, aunque haya dormido y despertado allí buena parte de su infancia, y no considera ninguna granja su hogar. Algunos precisan vivir mucho tiempo para hacerse con el lugar que libera a esta espléndida palabra, «hogar», del yugo del lenguaje, y muchos más aún mueren sin haber llegado a encontrarlo. Él no tiene intención de volver jamás a la tierra que guarda la mayor parte de su infancia, de sus sueños frustrados y de la añoranza de una vida que no pudo vivir, que guarda aún en su seno a las personas con las que vivió desde que su padre se ahogó, consiguiendo así su propio hogar en el mar, las personas con las que creció, a las que olvidaba al dormirse y volvía a encontrar cuando despertaba; no eran malas personas, no, pero nunca consiguió desprenderse de la sensación de que aquella granja y aquel valle eran poco más que un lugar donde pasar la noche. En algún sitio hay que dejarse caer, permanecer un tiempo mientras el cuerpo crece y la mente se hace lo suficientemente grande para enfrentarse al mundo por su cuenta. Pero esta comarca es bella, más herbosa de lo habitual, muy extensa, a considerable distancia del mar en algunas granjas, desde el pajar de algunas ni siquiera se ve el mar, lo que aquí no es nada corriente. ¿Cómo es posible vivir sin tener el mar ante los ojos? El mar es la madre de la vida, en él reside el ritmo de la muerte, y ahora el muchacho se está alejando de él todo lo que puede, aunque no sea más que por una noche o dos, sólo quiere llegar tan lejos que no sienta siquiera la existencia del mar.

Entra en el valle caminando penosamente, y Bárður está muerto.

Leyó un poema y eso lo congeló hasta los tuétanos.

Algunos poemas viajan con nosotros hasta donde no llega palabra ni pensamiento alguno, viajan contigo hasta la esencia misma, la vida se detiene un instante y se vuelve hermosa, se vuelve diáfana de añoranza y felicidad. Algunos poemas transforman tu día, tu noche, tu vida. Algunos poemas te hacen olvidar, olvidas tu tristeza, tu desesperanza, tu chaquetón de marino, y entonces el frío llega hasta ti: ¡pillado!, dice, y estás muerto. El que muere se transforma al instante en pasado. Da igual lo importante que fuera la persona, cuán grandes fueran su bondad y su voluntad, que la vida fuera inimaginable sin ella: ¡pillado!, dice la muerte, y la vida desaparece en una fracción de segundo y la persona se transforma en pasado. Todo lo relacionado con ella se convierte en recuerdos que te esfuerzas en conservar, pues olvidar es traición. Olvidar cómo bebía café. Cómo reía. Cómo levantaba los ojos. Y

sin embargo, olvidas. La vida lo exige. Olvidas despacio, sin prisa, y puede llegar a doler tanto que desgarrar el corazón.

Vadear por la nieve representa un enorme esfuerzo.

El muchacho se dirige en línea recta, al menos eso cree.

Camina y camina y camina, la nevada es copiosa y constante, la visibilidad es de pocos metros, se detiene una vez para comer, luego continúa y empieza a oscurecer, ve y percibe cómo la luz del día se va apagando entre los copos de nieve, cómo el viento se oscurece. Lo único prudente sería buscar una granja y pedir albergue, pero sigue andando, indiferente a cualquier asomo de prudencia, ni siquiera le importa si podrá o no sobrevivir a la noche. Y sin embargo. Lleva ese libro a la espalda, *El paraíso perdido*, y los libros hay que devolverlos. Probablemente por eso le dijo Andrea que se llevara el libro, ella lo conoce y también su peculiar amor por los libros. El muchacho siente de pronto un calor interior al pensar en Andrea, pero ese ardor se apaga pronto porque Bárður se congeló hasta los huesos, y al lado mismo de él. Y ya reina la oscuridad, la espesa nieve y la cellisca.

Ciertamente, la visibilidad no disminuye demasiado con el ocaso, pero la oscuridad es siempre oscuridad y el ocaso es siempre ocaso. El ocaso abre la noche que se derrama sobre los ojos, que se filtra por las pupilas, inunda el nervio óptico; lentamente y sin cesar, este muchacho que camina se va llenando de noche. Desearía tumbarse allí mismo, sobre el suelo que pisa, quitarse la carga de encima, acostarse de espaldas con los ojos abiertos, el mundo es oscuro excepto los copos de nieve a su lado, ellos son blancos, similares a alas de ángel. La nieve caería sobre él, moriría envuelto por el color blanco. Es muy tentador, se dice a sí mismo, en voz alta o en voz baja, hace mucho que ha dejado de distinguir entre las dos, quien camina largo rato y en soledad en medio de una incesante nevada va adquiriendo poco a poco la sensación de que ha salido del mundo, de que ha entrado en tierra de nadie, la responsabilidad de vivir desaparece para él. Más tarde clareará. Ahora resulta increíble, pero siempre acaba por clarear y entonces quizá resulte que está en la explanada de una granja, delante del pajar, la tormenta y la noche habrán roto de modo absoluto todos los lazos entre las personas. Muy tentador, se dice el muchacho, detener esta agotadora marcha, tumbarse y morir. Claro que es bueno morir, basta de complicaciones, el dolor estará derrotado, la añoranza estará vencida. Además, hay una diferencia tan pequeña entre vida y muerte, en realidad sólo una tabla, una bancada.

Primero hay vida, luego hay muerte.

Yo vivo, tú vives, nosotros vivimos, ellos mueren.

Pero si muero aquí se estropeará el libro que debo devolver, y eso sería una decepción para el viejo capitán, quien no me importa lo más mínimo, pero también para Andrea y para Bárður. Ciertamente, Bárður está muerto, pero no su presencia, ésta nunca ha sido más fuerte. Sí, primero devolveré el libro, luego podré irme tranquilamente a algún sitio apartado y que me cubra la nieve, piensa, pero sabe que

entonces tendrá que elegir bien el lugar. Es fácil dejar que te cubra la nieve, es fácil morir, pero no olvidemos que la noche y la nevada confunden los sentidos: el muchacho puede creer que se tumba lejos de cualquier lugar habitado, en un puro despoblado, pero quizá esté bajo la escarpa de roca que protege a alguna casucha, al cabo de unos días o unas semanas cesa de nevar, aparece muerto allí abajo y una niña o un niño pasan delante del cadáver, maltratado por la tormenta y las alimañas, el cuervo le ha arrancado los ojos, agujeros, oscuras simas, y esas criaturas jamás podrán recuperarse de tal experiencia. Morir es cuestión de responsabilidad. Maldita sea, tendré que seguir, piensa decepcionado, o lo dice en voz alta, y avanza con paso inseguro sobre la nieve, percibe con los pies si la tierra sube o baja, se aleja de la ladera e intenta seguir como sea por el centro del valle. Pero la noche se espesa y la nieve se hace cada vez más intransitable, piensa entonces que no tiene ni idea de si sube o si baja, aunque sigue caminando hacia el sur, lo nota en el viento que sopla contra su espalda, pero en algún momento tendrá que cambiar el rumbo hacia el este para subir al páramo y luego a la meseta. Pero es tan difícil... Las piernas han empezado a temblarle de agotamiento, lo mejor será descansar. Tantea delante de él, busca una roca o una piedra grande, suficientemente grande para resguardarlo del viento del norte, que es fuerte y no tardaría en convertirlo en un trozo de hielo. Encuentra el abrigo, empieza a amontonar nieve alrededor, continúa hasta que ha construido una especie de pared y un pedazo de techo, desde luego no es más que un agujero en la nieve y no una casa, pero ya no está a merced del viento y la nieve, y se siente muy cansado. El cansancio es opresivo. Colma cada célula, cada pensamiento. Claro, hace ya veinticuatro horas que lo despertó la voz de Pétur, en aquel hogar donde Bárður aún estaba vivo, cuántos años hace ya de eso, piensa, y el viento sopla. Tiene el rostro entumecido de frío y empapado, el hielo sobre su grueso jersey empieza a fundirse y lo cala hasta los huesos, es difícil saber si llora dormido o despierto, no siempre hay refugio en los sueños, a veces no hay refugio alguno. Pero ten cuidado, muchacho, no duermas mucho ni muy profundo, pues quien duerme profundo con una nevada como ésta no despertará ya en esta vida. Luego llegará la primavera y una niña estará recogiendo flores cerca de su granja y te encontrará y tú no serás una flor, serás sólo un cuerpo en descomposición y el origen de sus pesadillas.

El infierno es no saber si estamos vivos o muertos

El infierno es no saber si estamos vivos o muertos.

Yo vivo, tú vives, nosotros vivimos, ellos mueren.

Esta cruel conjugación nos golpea la cabeza como una maza, pues el relato del muchacho, del mar y los poblados de pescadores casi nos ha hecho olvidar nuestra propia muerte. Nosotros ya no vivimos: lo innumerable nos separa de ti. El territorio que nadie ha atravesado si no es perdiendo su propia vida, aunque probablemente la pérdida no es muy grande. Pero existen, como bien sabes, incontables historias en las que los muertos han atravesado lo inconmensurable para presentarse entre los vivos, aunque parece que nunca han traído mensajes importantes, no han contado nada sobre la eternidad. ¿Cómo es posible?

Morir es el blanquísimo movimiento, se dice en un poema.

Hay que reconocer que temimos la muerte hasta el último momento de nuestra vida y que combatimos contra ella tanto tiempo como nos fue posible, hasta que algo entró y apagó todas las luces, pero mezclada con el miedo estaba la curiosidad, la pregunta titubeante, temerosa, pues ahora todas nuestras preguntas serían contestadas. Luego morimos y no sucedió nada. Los ojos se cerraron y volvimos a abrirlos exactamente en el mismo lugar, lo veíamos todo pero nadie nos veía a nosotros, estábamos en un cuerpo pero no teníamos cuerpo, teníamos voz pero carecíamos de voz. Pasaron semanas, meses, pasaron años y quienes seguían viviendo se fueron alejando de nosotros y luego murieron, no sabemos adónde fueron. Diez años, veinte años, treinta años, cuarenta, cincuenta, sesenta, setenta, ¿cuánto más hemos de contar, hasta dónde se puede llegar? Aquí estamos, en la superficie, inquietos, atemorizados y amargados, pero nuestros huesos, claro, yacen tranquilos bajo tierra, con el nombre en la cruz de encima. La falta de nuevas puede ser total, incluso absoluta, y hace mucho que habríamos perdido la razón si hubiéramos podido. Lo único que podemos hacer, además de acompañaros, a ti y a otros vivos, es preguntar sin cesar: ¿por qué estamos aquí?, ¿adónde fueron los otros?, ¿qué puede aliviar este anhelo?, ¿dónde está Dios? Preguntamos y preguntamos pero no parecen existir respuestas, probablemente sólo los sacerdotes, los políticos y los publicistas las poseen.

A veces reina aquí tal silencio que los latidos de nuestro corazón son lo único que se oye, y es para echarse a llorar, morimos, cerramos los ojos y desaparecemos de todo lo que importa, abrimos los ojos otra vez y el corazón sigue latiendo, el único órgano que continúa su tarea. ¿Nuestra meta es ese azul que jamás tocamos? Erramos por aquí y hay algo invisible entre nosotros y vosotros los vivos, atravesamos las paredes, sean de armazón metálico o viejas paredes de madera, vagamos por los salones y vemos la televisión con vosotros, miramos por encima de tu hombro mientras lees el periódico, mientras lees un libro. Pasamos noches enteras en el cementerio con la espalda apoyada en la lápida, las piernas encogidas contra

el pecho y los brazos rodeando las rodillas, igual que Bárður cuando sintió que el frío se acercaba a su corazón. En ocasiones nos llega un sonido en el silencio de la noche, notas sencillas, medio quebradas, que parecen provenir de muy lejos. Es Dios, decimos entonces, esperanzados, ése es el sonido que se oye cuando viene Dios a recoger a los que han esperado suficiente sin dudar jamás. Así hablamos, y somos optimistas, aún no estamos resignados del todo. Pero quizá eso no sea Dios, quizá sea simplemente alguien en la tierra con una cajita de música a la que da cuerda cuando se aburre.

El infierno es estar muerto y darse cuenta de que no prestaste atención a la vida mientras podías hacerlo. El ser humano es una estructura espléndida, tanto vivo como muerto. Cuando se encuentra ante grandes desventuras, cuando su existencia está deshecha, sin querer empieza a recordar su vida, rebusca en los recuerdos como un animalito que busca cobijo en su madriguera. Y así sucede con nosotros. Alivia algo contemplar tu vida, un consuelo que se vuelve amargo cuando malgastas la vida, cuando haces algo que te torturará en la eternidad, pero es sobre todo en nuestros propios recuerdos donde nos sumergimos, en ellos está el hilo que nos ata a la vida. Los recuerdos de esas ideas en que vivíamos de verdad, cuando nevaba y llovía sobre nosotros y las horas eran cálidas al sol, oscuras por la noche.

Pero ¿para qué contarte estas historias?

¿Qué colosales fuerzas, aparte de la desesperanza, nos empujan a narrar historias de vidas apagadas?

Nuestras palabras son brigadas de salvamento desorientadas, con mapas inservibles y cantos de aves en vez de brújulas. Desorientadas y perdidas sin remedio, y sin embargo tienen que salvar al mundo, salvar vidas apagadas, salvarte a ti y ojalá también a nosotros. Pero dejémonos por ahora de reflexiones y preguntas difíciles, pues hemos de penetrar de nuevo en la noche y la tormenta, encontrar al muchacho e intentar salvarlo a tiempo del sueño y de la muerte.

El muchacho, Lugar y la trinidad profana

1

El muchacho no se quedó dormido en aquel hoyo en la nieve. Sin embargo, el sueño se ofreció a acogerlo en sus mullidos brazos, a aliviar el cansancio, tan profundo que cada párpado pesaba al menos medio kilo, el sueño era ciertamente una invitación que no podía rechazar, pero la rechazó, intentó mantenerse despierto pensando en Bárður, y es que la pena ha arrebatado el sueño a mucha gente. Pensó también en Andrea, que le permitió marcharse hacia esa nevada, o adentrarse en ella, más exactamente. Si se dormía en aquel agujero, si se rendía a la relajante voz del sueño, no volvería a despertar, al menos en esta vida.

Fue la conciencia lo que mantuvo al sueño y la muerte alejados del muchacho. Tenía que devolver el libro, no podía traicionar a Andrea, no podía traicionar a Bárður, a su memoria, no podía traicionar a su propia madre y a su propia hermana, que jamás se hizo mayor y murió antes de que su infantil admiración hacia los hermanos del otro lado de las montañas empezara a debilitarse. Dormirse allí sería traicionarlos a todos, y por eso se arrancó del agujero.

Se puso en pie de un salto y se halló de nuevo en medio de la espesa nevada, de la noche y de un mundo congelado.

Apenas podía respirar a causa de la tormenta, pero se puso en marcha.

Abandona el valle. Sube al páramo y a la meseta que lo sigue, estéril y casi llana, aplanada hace un tiempo incalculable por el glaciar llegado de las montañas. El muchacho tiene el viento polar, del norte, a la espalda, y la noche por todos lados, en el interior de la nevada, en el interior de los blancos copos. Nunca ha subido tan alto, nunca ha llegado tan cerca del cielo, pero, al mismo tiempo, nunca ha estado tan lejos de él. Avanza con enorme dificultad, abandonado por todos menos por Dios, pero Dios no existe. Hace mucho frío. Tiene la cabeza helada y el cerebro se ha transformado en una inmensa tundra, tierra congelada hasta donde alcanza la vista, carente de toda vida en la superficie, aunque debajo se ocultan débiles brasas, recuerdos, rostros, frases, para mí tú eres todo cuanto existe bajo el Cielo. Esas brasas quizá podrían derretir el hielo, llamar a las aves, despertar el aroma de las flores. Pero arriba en la meseta no hay aromas, sólo hay hielo y sólo hay noche, el muchacho continúa, el tiempo pasa, después llega la mañana. Y la mañana pasa también. Ningún pensamiento lo acompaña ya, las piernas continúan adelante como una máquina, muy bien, pero deberá tener cuidado porque todo termina, incluso las mesetas, y en algunos lugares terminan bruscamente, dejan de existir de repente y comienza una caída vertiginosa.

Realmente es asombroso que no haya perdido pie, precipitándose hacia la muerte. Tan aletargado, aturdido por el frío, el cansancio, entumecido por la pena. Pero quizá nota un mínimo cambio en el espacio que lo rodea, algunos perciben cuándo termina

la tierra y empieza el aire. Vacila, camina con cuidado, tantea delante, transcurre un tiempo, luego encuentra por fin un lugar adecuado por donde descender. Seguramente no es el mejor, se araña con una roca, cae, se hace daño pero está vivo, y rara vez puede pedirse mucho más. Ha descendido al valle, a Tungudalur. Allí acudimos en verano cuando el sol calienta en el cielo, la hierba es verde y hay flores y demás, incluso vamos en grandes grupos con la merienda, una sonrisa, felicidad, lo llamamos excursión al bosque porque en Tungudalur hay grandes extensiones de árboles, agrupaciones de abedules retorcidos. Las ramas más fuertes pueden soportar fácilmente a las aves, pero no a un ser humano, el muchacho se apoya un instante contra uno de los árboles, ha dejado la meseta a su espalda, ha dejado atrás el día y la noche, el sueño y la muerte. Y entonces baja al valle y se dirige hacia nosotros, se dirige hacia Lugar, y es el primer día del mes de abril.

Las palabras son muy diversas.

Algunas son luminosas, otras oscuras, «abril», por ejemplo, es una palabra luminosa. Los días se alargan, su luz penetra en la oscuridad como una lanza. Una mañana despertamos y ha llegado el chorlito, el sol se ha acercado, la hierba asoma bajo la nieve y se vuelve verde, los barcos con cubierta se llevan al agua después de haber dormido el largo invierno en el varadero, soñando con el mar. La palabra «abril» está compuesta de luz, cantos de aves y felices expectativas. Abril es el mes más prometedor.

Pero, válgame Dios, qué horriblemente lejano nos parece el color verde cuando el muchacho desciende por Tungudalur, sus viandas se han terminado hace tiempo y dentro de su cabeza lleva una tundra pantanosa, los miembros rígidos y un peso insoportable a la espalda, un libro que mató a su mejor... no, a su único amigo. Hace tan poco tiempo que salieron de Lugar, codo con codo. El muchacho camina entre sollozos, aunque apenas le quedan fuerzas ni siquiera para eso, ha llegado la tarde y ya no nieva. Recorre la playa cuando es transitable, si no, va por los brezales entre la montaña y la playa, unas decenas de metros de ancho, como mucho. Se detiene junto a un arroyo y contempla la tubería que hizo instalar Friðrik, un factor de la tienda de Tryggvi, la tienda más grande de Lugar; es un tubo largo sobre un gran caballete medio enterrado, de uno de sus extremos fluye agua pura y limpia que nunca se congela. Los hombres de Friðrik atraviesan diariamente a remo Pollurinn, el fondo del fiordo, con el fin de recoger agua para la tienda y para los pesqueros que se disponen a zarpar. En Lugar hay un pozo, pero el agua que brota de él no es especialmente buena, mezclada con agua de mar y a veces con inmundicia, algunos se entretienen en echar allí la basura e incluso orinan dentro, algunas personas son tan raras que parece que el demonio les hubiera mordido el culo. El muchacho bebe con avidez el agua helada. Contempla el fondo del fiordo y los viejos edificios comerciales daneses de la Barra, la lengua de tierra que se adentra en el mar. Son los edificios más antiguos de Lugar, de la primera mitad del siglo XVIII. Dos tinglados, que sirven de almacenes, y un depósito para la tienda de Tryggvi, y la Casa del

Factor, que en los últimos años se utiliza como residencia del cajero jefe de la tienda. Hay mucho espacio en esa casa, el cajero y su mujer son los únicos que han vivido allí más de un año, algunos dicen que porque carecen de imaginación para percibir las apariciones fantasmales. El muchacho aguza la vista para observar mejor los edificios, son oscuros, seguramente por la suciedad del aire; aunque hay bastante luz le resulta difícil distinguir los detalles desde lejos. Luego continúa su camino. El agua le ha sentado bien, le ha dado fuerzas para mover las piernas, y es agradable no verse obligado a caminar sobre nieve espesa, la playa está desierta y se puede recorrer sin dificultad, no hay piedras grandes ni desechos arrastrados por el mar, como en el poblado de pescadores, donde la ha llenado a rebosar el mal humor de mar abierto. Pero entonces lo asalta el recuerdo de que hace sólo cuarenta y ocho horas estaban sentados en la cama, leyendo y esperando a Árni. El impacto es tan fuerte que trepa por la ladera de la montaña, se sienta entre unas grandes rocas y mira al frente con ojos vacíos, mientras alrededor la tarde se espesa y se convierte en noche.

¿Para qué continuar?

¿Y qué está haciendo aquí?

¿No habría sido mejor seguir en el poblado, ocuparse del cuerpo muerto y llevarlo después a su casa, para qué sirven los amigos, la amistad no debe llegar más allá de la tumba y la muerte? Solloza porque lo ha traicionado. Pasa largo rato allí sentado, y empieza a nevar otra vez. ¿Estará nevando en el valle donde hay tantos que piensan en Bárður, o hay luna en el cielo, deslizándose entre nubes, y la amada de Bárður ha salido a contemplarla? Bárður salía siempre a las ocho para contemplar la luna, y en ese mismo momento salía ella a la puerta de la granja y la contemplaba también, estaban separados por montes y distancias pero sus ojos se encontraban en la luna, como han hecho siempre los ojos de los amantes, desde el origen de los tiempos, y ése es el motivo por el que la luna fue puesta en el cielo.

El muchacho ha vuelto a moverse. Va siguiendo la playa hasta la iglesia, entonces se desvía y tiene que atravesar otra vez una parte con nieve. Se apoya un momento en la tapia del cementerio y mira la nevada que oculta el lugar, apenas se distinguen las casas más próximas a la iglesia, débiles luces en alguna que otra ventana, claro, muchos se habrán ido a dormir, pero no duermen tan profundamente como la gente que ha dejado él tras de sí. Se aprecia aún el pasillo en la nieve que abrió el pastor, el reverendo Þorvaldur, desde la iglesia hacia su calle, más abajo. El muchacho lo enfila, no facilita mucho las cosas pero un poco sí. La calle en que se encuentra la casa de comidas está ahogada por la nieve, el pasillo de Þorvaldur se difumina allí y desaparece. El muchacho está en medio de la calle, la nieve cae sobre él, la pierna izquierda pesa cien kilos, la derecha trescientos, y hay demasiada nieve entre él y la casa de comidas. Podría quedarse donde está hasta la mañana con la esperanza de que Lúlli y Oddur suban por allí después de abrir un pasillo con sus palas, pero no lo hace, ni siquiera sabe de la existencia de Lúlli y Oddur, y menos aún de que trabajen durante el invierno quitando la nieve de las calles de Lugar, tan felices por tener un

trabajo fijo desde septiembre hasta mayo, malditos perros, ¿por qué la buena suerte acompaña siempre a unos y no a otros? Ocho casas se alzan en la calle, todas bastante grandes. El muchacho se abre paso entre la nieve y se acerca a la casa y la fonda de Geirprúður. La vida que ha vivido hasta ahora ha pasado, el futuro es totalmente incierto y lo único seguro es que devolverá el libro e informará de la muerte de Bárður, informará que lo único que importaba en su vida ha desaparecido y jamás volverá. Y entonces, para qué seguir viviendo, para qué, dice en un murmullo a los copos de nieve, que no contestan, sólo son blancos y caen silenciosos. Ahora entro y devuelvo el libro, gracias por prestárselo, es un poema espléndido, para mí tú eres todo cuanto existe bajo el Cielo, mató a mi mejor amigo, a lo único bueno que se puede encontrar en esta maldita vida, lo dicho, muchas gracias, y luego se despedirá, o no, se marchará sin más, dará media vuelta y saldrá, irá al hotel, el hotel Heimsendir, el hotel del fin del mundo, pedirá una habitación en el sótano, pagará más tarde, mejor dicho, no pagará nunca, pues tiene intención de matarse por la mañana o por la tarde. Todo esto pasa de repente ante sus ojos, la solución viene hacia él, así sin más. Matarse y dejar atrás toda incertidumbre. Está a punto de dar gracias a Dios, pero no lo hace. Bárður le había hablado del Acantilado de los Suicidas, irá allí, es sencillísimo tirarse desde allí, el mar se ocupará de todo, sabe cómo ahogar a la gente, es todo un experto, el muchacho iría ahora mismo si no estuviera tan horriblemente cansado y tan terriblemente hambriento, y además tiene que devolver el libro. Atraviesa los últimos metros de nieve, despacio y con grandes esfuerzos.

No se ve a nadie en Lugar, excepto a este muchacho, demasiado cansado y hambriento para morir.

¿Cuántos años caben en un día, en veinticuatro horas? Es un hombre de mediana edad y no un muchacho de veinte años quien abre la puerta de la casa de comidas de Geirprúður, aproximadamente cuarenta y ocho horas después de haber entrado por esa misma puerta, por primera vez, con su amigo Bárður. El muchacho lo echa tanto de menos que necesita apoyar la frente un buen rato en la pared del vestíbulo, o como queramos llamar a ese pequeño espacio donde Jens, el cartero rural, acostumbra guardar la saca de correos y las bolsas hasta que va a buscarlas Sigurður, el médico, o hasta que manda a alguien por ellas mientras Jens olvida sus penas bebiendo cerveza. Mira largamente la pared, luego baja la vista y la fija en varios pares de zapatos de piel de pez lobo. Este lugar está destinado a que los clientes se quiten las botas sucias de porquería y barro y se pongan estos zapatos. A muchos les parece una ridiculez, una auténtica exageración, y algunos se resisten, pero acaban por ceder si quieren que les sirvan, y claro, ¿quién se resiste a descalzarse a cambio de cerveza? Yo no me quito nada, musita el muchacho, antes de abrir la otra puerta por la que se accede a la casa de comidas propiamente dicha, impidiendo así que el frío exterior entre sin obstáculo a mezclarse con los clientes, la vida es una lucha por mantener alejado el frío. Treinta años, murmura el muchacho, treinta años hace que estuve aquí con Bárður. Mira la puerta, que no parece más que eso, y esto es un picaporte, qué interesante, piensa, pero entonces todo se vuelve difuso, aparecen lágrimas en las comisuras de sus ojos y le nublan la visión. El muchacho no llora demasiado, sólo unas cuantas lágrimas, unas cuantas barquitas que descienden por sus mejillas con su cargamento de dolor.

Respira hondo, abre la puerta y da un respingo al oír sonar la campanilla de la misma.

Enseguida ve a tres hombres en el rincón más lejano, claro que los ve, no hay nadie más allí dentro, ellos tres, y ocho o diez mesas vacías. Los hombres levantan la vista, todos lo miran y entonces sucede eso tan insoportable, eso que lo hace desprenderse a sí mismo: la timidez barre la pena y el dolor, se impone a cualquier pensamiento, y el muchacho se convierte en un puro manojo de nervios, sólo queda la incertidumbre, no tiene ni idea de qué hacer. Lo único que se le ocurre es sentarse, y lo hace, se sienta a una mesa tan lejos de los hombres como es posible, se vuelve de lado hacia ellos y se sienta con la espalda bien tiesa, blanco de nieve. Hay bastante luz allí dentro, dos lámparas de petróleo lucen en las paredes y una vela sobre la mesa de los tres hombres, una imponente araña de luces en el centro de la estancia. La primera vez que estuvo allí se quedó pasmado mirándola, pero ahora mira sólo al frente y la nieve que lo cubre empieza a derretirse. Se queda mirando por la ventana, como si caminar durante dos días y una noche en medio de la tormenta y la oscuridad hubiera tenido como único objetivo sentarse a mirar por una ventana. En ese caso no le faltará ocupación durante las próximas horas, pues el comedor tiene seis ventanas,

aunque todas opacas por la luz del local, en realidad parecen oscuros espejos. El muchacho ve muy poco de la noche que llena el mundo exterior, pero a cambio ve perfectamente al tonto que permanece sentado solo a una mesa, con la nieve deritiéndose en su ropa. Soy un personaje tan insignificante que, naturalmente, me fundiré con la nieve, me transformaré en un charco que se secará, me transformaré en una mancha oscura que acabará por desaparecer. Se mira en la ventana con repulsión, se castiga mirándose, pero al fin mira el tablero de la mesa, de modo que es así, uno puede pasar el tiempo mirando el tablero de una mesa, pero si mueve los ojos ve a los tres hombres, reconoce a Kolbeinn y sus ojos ciegos, tiene tan mal genio como un pez lobo, dijo Bárður con sonrisa burlona, y sin embargo se llevaba estupendamente con él. El muchacho cree improbable que algún día pueda llevarse bien con Kolbeinn. En primer lugar es un mal bicho, en segundo lugar es una fiera del demonio, y en tercer lugar yo estaré muerto mañana. Pero tiene muchos libros, y libros bien serios, nada de baladas y cosas por el estilo, sino poesía, libros eruditos, por qué tendrá tantos libros un hombre tan malo, los libros tienen que pertenecer a hombres buenos, piensa el muchacho.

Todavía es tan joven...

Los hombres se han puesto a conversar, seguramente para burlarse de él, pero el muchacho no comprende, por desgracia, lo que están diciendo, sólo emiten sonidos incomprensibles. Al principio escucha intrigado, pero llega a la conclusión de que tiene que ser alguna lengua de bacalaos, de lo más extraña, que hasta entonces no había oído. Levanta un poco la cabeza y mira disimuladamente a un lado, ya no necesita mover los ojos como si estuvieran estrangulándolo. Nunca ha visto a los otros, ambos corpulentos, seguramente marinos de algún barco con cubierta, piensa, de lo contrario estarían en el poblado de pescadores, espero que el demonio los agarre esta noche y les meta una barra de hierro al rojo por el culo, hasta el fondo. Es reconfortante pensar eso, es reconfortante ser malo, pues mientras lo es no se siente tímido, ya no es un pobre desgraciado que se derrite con la nieve. Ahora no está mirando nada en particular y todo y todos le resultan indiferentes. Ese dialecto, ¿no se llamará bacalés? Pero entonces se da cuenta de que la nieve se funde muy deprisa y que ya hay un charco en el suelo. Maldita sea. Tendría que haberme sacudido la nieve antes de entrar. Maldita sea, demonios. La Helga esta no soporta que la gente meta suciedad y humedad. ¡No me gustaría nada tener que vérmelas con ella!, había dicho Bárður, vaya hombre, hasta me daría miedo.

Si Bárður habría sentido miedo ante esa mujer, yo me moriré de terror, piensa el muchacho en su silla mojada.

Los hombres ríen como bacalaos, naturalmente se ríen de él. Debe de ser estupendo para un marino saber la lengua bacalesa, le bastará con meter la cabeza en el agua y gritar algo, y al punto tendrá la barca llena. ¿Cómo será «muerte» en bacalés? Pues *omaúnu*, y con mayúscula: *Omaúnu*. Es malo para los ojos mirar tan fijamente hacia un lado. Los otros dos quizá sean viejos compañeros de tripulación de

Kolbeinn, retirados igual que él, uno tiene la cara ancha, es calvo y de cejas gruesas, el otro tiene un largo cabello gris y una impresionante nariz de patata, ocuparía la palma de la mano de un hombre mediano, los dos con barba, barba enmarañada que les llega hasta el pecho y les hace parecer aún mayores. Quizá debería dejarme barba también, piensa el muchacho, tardaría menos de un mes en cubrirme las mejillas, pero entonces recuerda que ha decidido morir mañana, así que abandona la idea de dejarse barba. De pronto está de pie. Sucede casi sin que se dé cuenta. Está entre las mesas, sin saber qué hacer. Los otros dejan de hablar y lo miran, excepto Kolbeinn, el ciego, que levanta la barbilla y vuelve hacia él el oído izquierdo, como un ojo deforme. Botellas de cerveza Carlsberg en la mesa, delante de ellos, una casi llena. El muchacho avanza tres pasos, estira el brazo para coger la cerveza, se la bebe y de pronto repara en que Helga está al lado del mostrador, mirándolo fijamente. Vaya, ahora sí que se ha convertido, de pronto, en alguien importante. Se da media vuelta, coge su mochila, saca el libro, lo desenvuelve y lo blande en el aire, lo sujeta como si fuera una declaración o un símbolo, y le dice a Kolbeinn: Bárður me pidió que te diera las gracias por prestarle el libro.

El viejo pez lobo no reacciona. Tampoco los otros tres. Sólo miran, parecen esperar algo más de él.

Pero sobre la cabeza del muchacho hay una especie de velo que le impide saber con certeza cuándo está pensando y cuándo hablando. Quizá no ha dicho nada, se ha limitado a enseñar el libro sin decir nada. Así que carraspea con vigor, respira hondo y reúne todas sus fuerzas para proclamar su mensaje:

BÁRÐUR ME PIDIÓ QUE TE DIERA LAS GRACIAS POR PRESTARLE EL LIBRO.

LE HABRÍA ENCANTADO LEER MÁS Y APRENDERSE MÁS VERSOS DE MEMORIA, PERO POR DESGRACIA NO PUEDE SER, RESULTA QUE SE OLVIDÓ SU CHAQUETÓN MARINERO Y SE CONGELÓ, LO COLOCAMOS SOBRE LA MESA DE LA CARNADA Y ALLÍ ESTABA LA ÚLTIMA VEZ QUE LO VI.

MUCHAS GRACIAS.

Concluye abruptamente su discurso, deja el libro con cuidado sobre la mesa más cercana a la que ocupan los tres hombres, se inclina para coger sus manoplas, se las pone, por qué tengo que dar las gracias, piensa, siempre tan idiota, se echa la mochila a la espalda y llega hasta la puerta, pero no más allá: algo pesado le cae sobre el hombro izquierdo, una mano o el cielo, cae de rodillas, las piernas ceden, es así, sencillamente, ya no pueden mantenerlo erguido, cae al suelo y allí se queda tumbado como un montón de ropa. El desmayo llega y se lo lleva.

Aquí, en Lugar, viven unas ochocientas almas.

En ochocientas almas caben muchas cosas.

Muchos mundos, muchos sueños. Una enorme multitud de fenómenos, heroísmos y cobardías, traiciones y confianzas, buenos y malos ratos.

Algunos viven de una forma que hace que se perciba su existencia, y su presencia altera de alguna manera la atmósfera que los rodea, otros se aferran a la vida durante muchos años pero no alteran nada, el tiempo pasa a través de ellos y luego están muertos, enterrados, olvidados. Viven ochenta años pero no viven, por lo que puede hablarse entonces de traición a la vida, pues además hay otros que nacen y mueren antes de llegar a decir la primera palabra, les da algo en el estómago o un mal resfriado, y Jón el ebanista tiene que construir un pequeño ataúd, una cajita para una vida que nunca llegó a ser, excepto algunas noches de vela, unos ojos irresistibles, pies con dedos tan pequeños que parecen un milagro. Duran muy poco, igual que el rocío. Desaparecido cuando despertamos, lo único que podemos hacer es esperar en lo más profundo de nosotros mismos, donde late el corazón y viven los sueños, que ninguna vida sea en vano, que no carezca de sentido.

Los números no tienen imaginación y no puedes concederles demasiada importancia. Según los mapas, las montañas de por aquí se elevan novecientos metros hacia el cielo, lo que es totalmente correcto, ésa es su altura algunos días; pero una mañana, cuando despertamos de nuestros sueños y miramos lo que nos rodea, las montañas han crecido mucho y tienen al menos tres mil metros, rozan el cielo y nuestro corazón se encoge. Esos días resulta difícil pasarse el tiempo encorvado trabajando en la salazón. Las montañas no son parte del paisaje, son el paisaje.

La lengua de tierra sobre la que se levanta Lugar se extiende como un brazo doblado sobre el estrecho fiordo, y casi llega hasta la orilla opuesta. El mar que encierra está bien protegido y se hiela, se transforma en una lámina de hielo, silbamos a la luna y salimos de las casas con patines. Las calmas no son raras, porque estas montañas detienen los vientos, pero no vayas a creer que el tiempo es siempre apacible aquí, que las plumas que pierden los ángeles en su vuelo descienden hasta nosotros; eso sucede, desde luego, pero espera, ¡puede desatarse la tormenta! Las montañas hacen más honda la calma pero no someten a los vientos, que pueden entrar sin freno por el fiordo, vientos polares llenos de ansias asesinas, y todo lo que no está amarrado es arrastrado y desaparece. Tablas, palas, carros, planchas de tejado, tejados enteros, botas del pie derecho, ideales, declaraciones de amor algo tibias. El viento aúlla entre las montañas, desgarrar el mar, el agua salada cae sobre los edificios e inunda los sótanos. Cuando llega la calma y podemos salir sin riesgo de morir, las calles están cubiertas de algas, como si el mar hubiera estornudado sobre nosotros.

Pero la calma siempre vuelve, las plumas de ángel descienden lentamente, estamos en la playa escuchando las suaves olas romper con un leve chapoteo, la intranquilidad se apacigua, la sangre se refrena, el mar se transforma en un lugar atractivo donde deseamos descansar, seguros de que el mar nos mecerá en nuestro sueño, el éider se eleva para caer en picado graznando sin cesar, y entonces no es tan doloroso pensar en aquellos que el mar se llevó.

El muchacho duerme profundamente, inconsciente de sí mismo.

Sueña con la vida y sueña con la muerte.

Algunos muertos viven en un sueño y puede ser muy doloroso despertar. Se remueve en la oscuridad y tarda en orientarse, en distinguir realidad y sueño, vida y muerte, está acostado en una cama y gimotea como un animal herido, vuelve a dormirse, se hunde como una piedra en el mar de los sueños.

A veces, dormir es una bendición, estás protegido, el mundo no te alcanza. Sueñas con terrones de azúcar cande y con días soleados.

Geirprúður no es de aquí. Y al parecer nadie sabe exactamente de dónde llegó, dónde se crió. Apareció aquí un día con el viejo Guðjón, Guðjón el rico. Treinta años más joven que él, incluso treinta y cinco, con su pelo negro azabache, alta, ojos oscuros como pedazos de carbón, unas cuantas pecas apenas visibles en la nariz le daban un aspecto de inocencia, y claro, por eso, al decir de algunos, se enamoró de ella el viejo, cansado de la vida como estaba; nunca debes fiarte de las pecas. En cambio, a Guðjón lo conocemos bien, o lo conocíamos, nacido y criado aquí, de familia de terratenientes, se hizo armador de pesqueros con cubierta, compró acciones en una empresa ballenera noruega del fiordo más cercano y llegó a tener tan buena posición que los grandes comerciantes, Leó y Tryggvi, no podían considerarse mejores que él, aunque son ellos quienes deciden todo lo que interesa decidir, qué casas se edifican, qué caminos se construyen, quiénes pasarán a cargo de la administración local en razón de su pobreza, quiénes van al infierno y quiénes al cielo. Naturalmente, la opulencia de Guðjón no era tan majestuosa como la de esos dos, ellos eran Alemania e Inglaterra, él quizá Suecia, pero los demás apenas llegamos a ser un pueblo de Islandia. Guðjón se casó bastante joven. Eso es muy habitual por aquí. Nos casamos jóvenes para poder acostarnos muy juntitos cuando en el mundo reinan la oscuridad y el frío. Su mujer procedía de una buena familia burguesa, flaca como un palo, cabello color ceniza, risueña, y él con ese corpachón, mediana estatura pero fornido, enseguida empezó a engordar, con un temperamento un tanto rígido, aplastará a la pobre chica, decíamos, pero no la aplastó, Guðjón anduvo con cuidado, tuvieron tres hijos, vivieron juntos casi treinta años y entonces un día ella murió. En la casa había un piano, muebles macizos, alfombras, una foto de Jón Sigurðsson, el héroe de la independencia, y Sigurður, el médico, no vivía lejos, pero ella murió. Guðjón nunca se recuperó de su muerte, los cimientos de su vida se quebraron, empezó a beber sin medida, el cura y él hacían mil calaveradas cuando las noches se alargaban, pero sus muchachos se marcharon a estudiar a la Escuela Erudita, uno de ellos llegó incluso a Copenhague, se metió en no sé qué *business*, el otro es funcionario en Reikiavik, en algo que tiene que ver con el gobernador general, nunca vienen por aquí. La hija, naturalmente, aprendió a tocar el piano, a coser, a hacer reverencias y pronunciar discursos en las fiestas, así como tres idiomas. La animaron a leer largas novelas y tocaba Chopin, hasta que el capitán de un ballenero noruego la oyó por la ventana abierta, la chica se fue con él a Noruega y no hemos vuelto a verla desde entonces. El viejo Guðjón se quedó solo. Intranquilo, desdichado, hinchado por las noches de insomnio y borrachera, compró una pistola a un capitán de barco inglés, se la puso tres veces en la sien en otros tantos años pero no tuvo valor para apretar el gatillo y meterse de golpe en el país de la muerte.

Y entonces conoció a Geirprúður.

Desde hacía unos años había adquirido la costumbre de hacer largos viajes, por

regla general al extranjero, ya que en Islandia no hay nada que ver, sólo montañas, cascadas, terrenos agrestes cubiertos de hierbajos, y esa luz que puede atravesarte y convertirte en poeta. Guðjón contempló el mundo, ciudades, cuadros, castillos, incluso huyó de sí mismo, huyó de la soledad, huyó de la pistola que tenía en el cajón del escritorio, una vez huyó incluso hasta Egipto y allí dejó inconscientes a tres ladrones con sus puños y su furia. Su amigo Jóhann se encargaba de la contabilidad y mientras tanto intentaba llevar la empresa. Uf, puf, exclamaba Jóhann, preocupadísimo, un hombre que valía su peso en oro y murió mucho, pero que mucho después, y debe de haberse ido al cielo por el camino más corto. Pero cuando Guðjón vuelve a casa de uno de sus viajes, uno de los más largos, cinco meses en los que ha recorrido Inglaterra, Alemania, Italia, vio al papa y escuchó a Charles Dickens leer sus obras en Londres, lo acompaña Geirþrúður.

Tiene la frente alta y en su gesto hay algo que no conseguimos descifrar del todo. Dureza o frialdad, arrogancia o distancia, burla o recelo, quizá sea algo de todo ello y, por si fuera poco, las pecas nos desconciertan aún más. Trabajaba en el hotel Reikiavik, dijo Guðjón a sus conocidos. Estaba solo y le pregunté si quería ver el mundo, ¿hay algo que ver?, me preguntó ella, el papa de Roma, le contesté, ése no es más que un viejo inútil, dijo ella, codicioso y apegado a los cuentos de viejas. Eso es una blasfemia, dijo el reverendo Þorvaldur, muy enfadado. Guðjón se encogió de hombros. Pero al final se fue contigo, ¿no?, preguntó Lárus, el gobernador comarcal. Era por la tarde, en el aire de la estancia flotaba una espesa humareda de puros, apenas llegaban a verse, hasta que a alguno de ellos se le ocurrió que podían abrir la puerta al otoño, y el cielo tosió al salir el humo. Guðjón miró la brasa de los cigarros, le pregunté, dijo, qué quería hacer en esta vida, tenía que tratarse de alguna experiencia factible. Desayunar en un viejo pueblo de montaña alemán, respondió ella entonces. Y se cumplió. Por eso fuimos por Alemania, desayunamos en un pueblo de montaña, nos casamos una tarde en una iglesia de montaña de trescientos años de antigüedad. Ella sólo quiere tus bienes, viejo amigo, dijo Lárus, triste y enfadado, te estás rebajando tú solo, añadió Þorvaldur, apretando los puños sin darse cuenta, pero Guðjón rió burlón: lo que pasa es que me tenéis envidia porque me llevo a la cama a una mujer joven, muy joven, guapa y de piel muy blanca, además es más inteligente que yo y dice cosas que me hacen ver con una luz nueva todo lo que me rodea. Podrías haberte acostado con ella sin necesidad de casarte ni de traerla aquí, ¿no sabes que la gente se ríe de ti, no sabes que esa mujer sólo está aguardando el momento de librarse de ti, para apropiarse de todo y largarse? Guðjón miró de frente a Lárus con esos ojos azules que podían ser asombrosamente tristes, como de perro viejo, pero también penetrantes y amenazadores. Lárus apartó la mirada, a punto de excusarse, cuando Guðjón carraspeó, escupió en la escupidera y dijo: la vida de los dos carecía de sentido, por eso no había nada más apropiado que casarnos, la diferencia de edad tiene muy poco que ver con el asunto.

El primer año vivieron en la vieja casa de él, que está en la Calle del Medio. Una

bonita casa en el mejor sitio, pero Guðjón dijo que ya no le apetecía seguir allí, y unas semanas después de la conversación con sus amigos, llegó desde Noruega un gran velero con madera cortada para el edificio que alberga ahora la casa de comidas, donde está ahora el muchacho, durmiendo un sueño pesadísimo. Dos espaciosas plantas y una alta buhardilla: el regalo de bodas de Guðjón a Geirþrúður. Hicieron construir la casa al lado de la residencia del cura, en la calle más alta de Lugar, donde construyen única y exclusivamente los que tienen propiedades, el gobernador, el médico, los capitanes de barco con patrimonio.

El reverendo Þorvaldur estaba entusiasmado de tener a Guðjón por vecino. Su amistad se remonta a mucho tiempo atrás, y había una estrecha relación entre las dos casas cuando vivía la primera mujer de Guðjón, ella y Guðrún, la esposa del pastor, se llevaban muy bien. El pastor y su mujer fueron los primeros que construyeron en esta calle, se trasladaron desde la vieja residencia de la iglesia, una granja de estilo antiguo, construida con turba, que ya dejaba bastante que desear, estaba torcida por algunos sitios y había empezado a vencerse. Se hallaba justo por debajo de la iglesia del pueblo, que sobresale entre los demás edificios, algo así como si estuviéramos hablándole a la montaña con la casa de Dios. Hay una cruz blanca deslumbrante en la torre pero, cuando clarea, a veces hay dos cuervos posados en el travesaño de la cruz, emitiendo unos sonidos ásperos y oscuros, como para recordarnos la noche eterna. Þorvaldur sube todas las mañanas a la iglesia a pedir perdón a Dios y a pasar un rato a solas antes de que se le venga encima el día con todas sus exigencias, con todas sus tentaciones y perversiones. Þorvaldur bebía, en tiempos, tanto como la tripulación entera de un barco con cubierta, tuvo tres hijos ilegítimos, pues engañaba a su esposa, pero ahora es abstemio. Se levanta por la mañana temprano, sube a la iglesia, mira con mala cara a los cuervos, que le responden con una mirada de odio, se arrodilla ante el altar y pide a Dios que mantenga el alcohol lejos de él, pues con el alcohol vienen el pecado y el desenfreno. Suplica a Dios que le perdone los pecados cometidos y luego se va a casa a desayunar con su mujer y los hijos que no se han marchado de casa, ni han muerto, ni se han casado ni se han ido a estudiar. Guðrún le dijo una vez: si Dios puede perdonarte, yo lo intentaré también, y aún está intentándolo. Tuvieron siete hijos, uno murió en la infancia, los dos más jóvenes viven aún en casa pero se irán pronto y sólo quedarán la pareja y la criada. Þorvaldur se queja y añora los días en que despertaba con las voces de los niños. Pero no siempre es fácil evocar el pasado sin sentir pesar en el corazón, sin sentir añoranza y dolor por no haber sabido disfrutar de todo lo suficientemente bien, por no haber escuchado lo suficiente, siempre con prisas, tenía que redactar sermones, tenía que cobrar un dinero, había tareas sociales, pues perteneció durante mucho tiempo a la corporación municipal, estaba implicado en la sociedad teatral y bebía; aquello le llevaba todo el tiempo y quedaban pocas horas libres para los hijos, para esas preguntas infantiles que pueden aproximarnos a lo esencial. Papá, ¿por qué no se cae el sol, por qué no vemos el viento, por qué no pueden hablar las flores, adónde se va

la oscuridad en verano, adónde la luz en invierno, por qué muere la gente, por qué tenemos que comer animales, no les da pena a ellos morir, cuándo morirá el mundo?

La casa de Geirþrúður, el regalo de bodas, es uno de los edificios más majestuosos de Lugar, y bastante más grande que la residencia del pastor. Hay alfombras en los suelos, una enorme araña en el salón, un piano que Guðjón maltrataba en ocasiones, en sus accesos de furia, y lo llamaba tocar el piano. Þorvaldur estaba muy contento de tener a su amigo en la casa de al lado, es realmente estupendo tener un amigo en este mundo, así no estás tan indefenso, puedes hablar con alguien y escuchar sin tener que protegerte el corazón al mismo tiempo. Además, las noches de invierno son largas aquí, tienden la oscuridad entre las cumbres de las montañas, los niños se duermen y la calma es ensordecedora, tenemos tiempo para leer, para pensar. Pero cuando los niños se duermen desaparece la inocencia y a veces recordamos la muerte, la soledad, y entonces es una auténtica dicha tener un amigo en la casa de al lado, una maravilla sin límites fumar un puro en la oficina o en el despacho de Guðjón, ver el brillo de la brasa encendida, ver cómo va devorando el cigarro. Así podían pasarse horas enteras Þorvaldur y Guðjón. Hablando de la soberanía, de los daneses, de la pesca, de si se debería o no prohibir el uso de moluscos como carnada, de si el ayuntamiento debería comprar un barco de vapor, o sea, de los asuntos del pueblo. A Guðjón le apetecía más charlar de asuntos del mundo exterior, donde las líneas son claras y las palabras no alteran el corazón, no remueven la herida que tenemos en nuestro interior. Estupendas veladas para ambos, estupendo entretenimiento y pasos alegres desde la vivienda del cura hasta la casa noruega de Guðjón, pasos alegres, aunque Þorvaldur seguía siempre igual de inseguro respecto a Geirþrúður. Ésta era amable, no cabe duda, llevaba cosas para tomar, sonreía, hacía preguntas fáciles de responder, pero él siempre tenía la sensación de que había gato encerrado, quizá ironía perversa, desprecio, o simple indiferencia, y lo desagradaba el nulo agradecimiento que ella, una antigua camarera de un hotel de Reikiavik, mostraba por haber podido ascender de un modo tan inesperado hasta la clase de los mejores ciudadanos. Por ejemplo, enseguida la invitaron, como esposa que era de Guðjón el rico, a formar parte del club de costura de Eva; entre veinte y treinta mujeres que se reúnen con regularidad y hablan de la vida y la existencia, de la escasez y el adulterio. Organizan fiestas infantiles en Navidad, reúnen dinero cuando las mujeres jóvenes pierden a sus maridos en el mar y se quedan solas con un montón de niños, en ocasiones invitan a eruditos a dar conferencias. Geirþrúður asistió dos veces. Lo siento, no me apetece pasarme una tarde entera comiendo dulces y oyendo a mujeres hablar de cosas obvias, explicó a Guðrún cuando la esposa del pastor fue de visita y le preguntó por qué había dejado de asistir. Quizá te crees superior a nosotras, sugirió Guðrún con fría amabilidad.

¿Y por qué iba a creer eso?

Guðrún miró largo rato en silencio a Geirþrúður, que le devolvió una mirada

interrogante, incluso inocente. Te hemos invitado con la mejor intención, yo he venido a verte con la mejor intención, y la buena intención no es una perra chica que puedas encontrarte en la calle.

No me va mucho la vida social, la interrumpió la joven.

¿Estás diciéndome que me vaya?

No, pero no me va demasiado la vida social.

No eres especialmente amigable, déjame que te lo diga.

Mi intención no es ser poco amigable, sólo intento ser sincera.

Estaban sentadas en un elegante salón que más tarde se convertiría en casa de comidas, una gruesa alfombra apagaba los sonidos y un viejo reloj de pie respiraba en un rincón, aparte de eso reinaba el silencio. Guðrún miró el fondo de la taza de porcelana blanca y azul, medio llena de té, Geirþrúður bebía café en un tazón. Helga le llevó más café, la anfitriona lo bebía como si fuera agua. Guðrún esperó a que Helga se marchara de nuevo, esa silenciosa criada que Geirþrúður hizo venir de Reikiavik, tan antipática y poco sociable como la señora de la casa. ¿No estás agradecida?, preguntó Guðrún cuando la puerta se cerró al salir Helga y se quedaron solas otra vez con el tiempo, en el gran salón. ¿Por qué?, preguntó la otra, al parecer extrañada.

¿Tendré que explicártelo?

Sí, me temo que sí, lo siento.

Pues estupendo, dijo Guðrún, y se sentó con la espalda muy recta y miró a la joven sin pestañear, conocemos esa mirada, es capaz de ver a través de la pared, Þorvaldur la teme más que a cualquier otra cosa. ¿Tú crees, dijo muy lentamente, que es normal que un hombre como Guðjón, que dista mucho de ser un hombre vulgar y corriente y que además goza de muy buena situación económica, te tome en sus brazos, convierta en su igual a una chica cualquiera, a una criada, casándose con ella? ¿Y crees que es sencillamente una cosa natural que nosotras te demos la bienvenida a nuestro grupo, sin dudarlo siquiera, y que incluso te mostremos cariño y paciencia maternas?

Desgraciadamente no soy cualquiera, y por desgracia tampoco soy una chica.

Oh, sí, claro que eres una chica, dijo Guðrún con sequedad, no soporta que la gente ponga en duda lo que es de todo punto evidente, eres una chica, cualquiera o no, eso vamos a dejarlo, que se convierte de pronto en esposa de un hombre rico pero que sigue llevando en sus maneras, naturalmente, las huellas de su baja extracción social. No lo digo por molestarte, todos somos lo que somos, pero con fuerza de voluntad y el carácter adecuado se puede aprender mucho, y tú deberías hacer tuyas costumbres y modos de conducirte que quizá no formen parte de tu naturaleza, pero para eso necesitarás también tratar con las personas adecuadas. Una mujer de tu clase no bebe café en un tazón como si fuera la esposa de un simple marinero; como un marinero, me atrevería a decir. Una mujer de tu clase se sienta erguida y no como una niña malcriada.

Geirþrúður bajó la mirada, como para estudiarse a sí misma, estaba cruzada sobre un sillón verde, mullido y amplio, con una pierna sobre uno de los brazos, sujetando entre las manos su taza de café como si tuviera frío. Pareció reflexionar y luego dijo, sin mirar directamente a Guðrún: accedí a casarme con Guðjón porque es un buen hombre, porque nos sentimos bien juntos y porque lo considero mi igual.

Guðrún se llevó la taza a los labios con calma, bebió y luego la dejó. Tú no eres la igual de Guðjón y nunca lo serás, dijo levantándose, e inclinó la cabeza para mirar a Geirþrúður, me imagino que no volverás a las reuniones en casa de Eva.

Lo siento, no me gustan los dulces.

Ni la compañía, completó la esposa del pastor.

Geirþrúður sonrió entonces por primera vez y dijo: quizá casi podríamos llevarnos bien. Sí, respondió Guðrún, casi.

Ha seducido a un hombre mayor aprovechando que estaba solo, decían muchos, le arrebatará el sosiego en el ocaso de su vida, y resulta que un día Guðjón se llevó la mano al corazón, en plena calle y bajo el sol, miró extrañado a su alrededor y murió. Geirþrúður heredó la mitad, lo que no era poca cosa, y no derramó ni una lágrima en el entierro. Pero no ahorró nada en el convite de funeral, eso no se puede negar, fue todo un banquete en el que reinó la alegría, como si hubiera sido organizado por el maligno en persona. Þorvaldur se emborrachó de modo imperdonable y acabó en cama ajena, con una criada amante de la vida, Gunnhildur, a quien le resultó divertido y emocionante acostarse con el pastor, le pidió que no se quitara la sotana mientras lo hacía y el rato fue de lo más divertido, pero dejó de serlo cuando a él se le pasó la borrachera, entonces nadie le veía la gracia, y dos días después Þorvaldur se unió a la sociedad de abstemios El Amanecer. A Geirþrúður, en cambio, no se la vio por el convite, seguro que estará arriba contando el dinero, dijo uno, me pareció verla ir por la parte alta del pueblo, dijo otro, sí, seguramente a reunirse con el demonio, su señor, dijo un tercero, aparte de que muchos despertaron con unas resacas espantosas, Guðjón estaba bajo tierra esperando el juicio final. No mucho después, Geirþrúður abrió la casa de comidas en el lugar que ocupaba el elegante salón de la casa, y la llamó simplemente Casa de Comidas, aunque a veces utilizábamos nombres como el Tugurio, el Refugio, la Antesala del Infierno.

El muchacho sigue profundamente dormido, inconsciente de sí mismo. Los sueños nos liberan a veces de la vida. Son la luz del sol detrás del mundo. Nos acostamos a dormir en el regazo de la noche de enero, el viento del norte azota la casa, los delgados cristales tiemblan, cerramos los ojos y entonces el sol brilla sobre nosotros. Quienes viven bajo montañas de laderas cortadas a pico y tan cercanas al fin del mundo son especialistas en sueños. El muchacho duerme. Luego despierta, poco a poco sube a la superficie.

Aún está oscuro cuando despierta.

Pero siente que la noche ha quedado atrás y que el sol saldrá pronto de las profundidades donde descansa.

Abre los ojos despacio, con cautela, con dolor, y los sueños que habían llenado hasta el borde su existencia se disipan y se convierten en nada, acaso en jirones de niebla que cuelgan de la memoria unos segundos para luego disiparse. Cierra los ojos de nuevo, despertando pero aún no del todo. Un estado agradable que ha intentado alargar muchas veces, justo en el centro de la existencia, sueño por un lado, vigilia por el otro, retrasa el momento de la vigilia lo máximo que puede. Se imagina que está despertando en una casa con piano, organillo, una pared cubierta de libros, habitada por gente reflexiva, que comprende muchas cosas, e incluso hay una manzana, exótica fruta, sobre la mesa. Pero la realidad nunca se aleja mucho de ti, nunca consigues huir de ella más que un momento, vivos y muertos están sometidos a ella y por eso es cuestión de salud del alma, de cielo o infierno, convertir la realidad en un lugar mejor. Las ensoñaciones se retiran, la manzana, la gente reflexiva, el piano, los libros. El muchacho intenta imaginar entonces que se halla en el campamento de pescadores, que está despertando, la boga lo espera y Bárður está vivo. Olisquea con la esperanza de sentir el olor de los pies de su amigo, pero el aire de la habitación está limpio, no es tan denso como el que se advierte al despertar en aquella buhardilla, siete hombres durmiendo, la ventana no se puede abrir, siete hombres que respiran y apestan.

Abre los ojos. Bárður está muerto y todo se vuelve frío.

Cierra los ojos.

La vida puede ser muy desconsiderada.

Lo abrumba la tristeza y le duele el corazón, pero las ganas de orinar acucian y todo lo demás queda en segundo plano ante esa necesidad. Tan acuciante que no se atreve a toser, ni siquiera a llorar, pues el más mínimo esfuerzo presionaría la repleta vejiga y algo se escaparía. Sale lentamente de la cama, está desnudo, quién me habrá desnudado, piensa preocupado mientras se pone de rodillas y tantea con la mano debajo de la cama en busca de un orinal, suspira cuando la mano da con él. Orina de

rodillas para que no se salga nada y se siente mejor, es tan bueno orinar que suspira de placer y por tercera vez en un lapso muy breve traiciona la tristeza, es un idiota. Se sienta en el borde de la cama, deja perderse la mirada, desesperanzado, y aspira el tibio olor de la orina. Silencio a su alrededor, ni siquiera se oye el mar. Sus ojos se habitúan poco a poco a la penumbra y distingue dos ventanas cubiertas por gruesas cortinas, por la calma que reina ahí fuera ya habrán salido a pescar. Probablemente Pétur aprovechó el día de ayer para buscar dos malditos pescadores que estarán ahora sentados en la bancada central, en el sitio que ocupaban Bárður y él, y Andrea estará preocupada, tengo que escribirle, sí, claro, pero ¿qué le digo? Un escalofrío recorre el delgado cuerpo, no muy fuerte pero encallecido por el trabajo duro, hace fresco en la habitación, se echa el edredón sobre los hombros y mira alrededor. Hay aún muchas cosas ocultas o apenas visibles en la penumbra, pero a decir verdad nunca ha dormido en una habitación tan grande, excepto, claro, cuando ha dormido al aire libre, cubierto sólo por el cielo. La habitación tiene techos altos, distingue una cómoda con seis, no, con siete cajones, y consigue ver cuadros en las paredes. Allí hay un sillón, debe de ser cómodo sentarse ahí. El muchacho busca sus ropas con la mirada, está muy triste pero se muere de ganas de probar el sillón. ¿Será una traición? ¿Y quién le quitó la ropa? Helga, claro. No es una idea especialmente agradable. Así que ella es la primera mujer que lo ha visto desnudo. Podría haber sido cualquier otra, por ejemplo Guðrún. Intenta pensar en ella, intenta echarla de menos, pero no siente nada, casi como si no tuviera nada que ver con él. Se pone en pie, se acerca a una ventana, corre las pesadas cortinas y la luz nublada de un día de abril lo inunda, barre la oscuridad y desvela la habitación. Sus ropas están sobre una silla azul de madera al lado de la cama. Se viste, sacude las ropas como lo haría un perro, nunca han olido tan bien, se queda largo rato ante el cómodo sillón, lo acaricia, pasa los dedos por los anchos brazos, murmura algo y luego se sienta con cuidado. Es increíblemente mullido y la sensación de sentarse en él es tan absurdamente agradable que el muchacho sonríe sin querer, pero al instante se muerde el labio.

Fuera hay luz y la noche ha desaparecido.

La noche de abril, ciertamente, no es demasiado oscura, y además está llena de agradables sonidos, se oye el agua que corre, el canto de los pájaros, las moscas, se ven lombrices en la tierra y la vida se vuelve más fácil, abril llega a nosotros con un botiquín e intenta curar las heridas del invierno.

El muchacho está sentado en el sillón más confortable del mundo y mira alrededor, por la ventana, las blanquiazules nubes de abril, intenta pensar en Dios pero renuncia enseguida y, a cambio, contempla el orinal, medio lleno de orina que se va enfriando, blanco y tan limpio como si jamás se hubiera usado. No, nunca ha visto un orinal tan fino, qué suerte que no lo mirase bien cuando orinó, seguramente no se habría atrevido a ensuciar un recipiente tan fino. Dos cuadros bastante grandes cuelgan de la pared. Entorna los ojos para distinguir el tema, en uno se ve una ciudad, el extranjero, murmura. Pensar que vivimos en un país donde no existen ciudades, ni

ferrocarril, ni palacios, y además vivimos tan lejos del mundo que muchos no saben siquiera de nuestra existencia. Pero ¿hay algo que saber? El otro cuadro es menos evidente, tendría que levantarse y acercarse para entenderlo, pero de eso ni hablar, faltaría más, mucho mejor seguir sentado y mirar lo que hay. Seguramente habré dormido un día entero, piensa, lo siente en el cuerpo, que está pesado, casi abotargado. Suena un crujido cercano y el muchacho da un respingo, durante un instante engañoso teme que Bárður esté en el rincón medio a oscuras, mirándolo. Oye pasos delante de la puerta y alguien ríe, un hombre, pero seguro que no es el viejo capitán, es una risa más joven, profunda, casi alegre, y además el viejo casi nunca ríe, si acaso se le oye como un gorgoteo. Con placer, el muchacho nota cómo su ojeriza a Kolbeinn se le extiende por el cuerpo. Viejo asqueroso, farfulla. El hombre vuelve a reír y se oye también una voz de mujer. Increíble, existe gente que ríe a una hora tan temprana. Se pone en pie, deja el sillón, corre la gruesa cortina de la otra ventana, son ventanas bastante grandes, se cierran con pestillo. Abre y aspira el frío y sereno aire de la mañana. No ha nevado desde que entró en esta casa, andando o a trompicones. Eleva los ojos hacia la montaña que se cierne sobre Lugar. La luz matutina no es del todo límpida, como si tuviera posos. ¿Llega a haber claridad completa alguna vez bajo una montaña como ésa? Retrocede un paso y cierra la ventana. La habitación se ha enfriado muy deprisa, le encantaría meterse otra vez en la cama y taparse hasta la cabeza, pues ¿qué lo espera, además de respirar, comer, ir al retrete regularmente, leer libros, responder cuando le pregunten? ¿Para qué vive uno? Intenta pronunciar estas palabras en voz alta, como si estuviera planteándole la pregunta a Dios o a lo mejor solamente a ese sillón tan elegante, pero en vista de que no es probable que respondan ni Dios ni el sillón, se pone a pensar en los libros de Kolbeinn. Son nada menos que cuatrocientos, y él nunca ha visto más de veinte libros en un mismo sitio, excepto en la Farmacia, claro, contó setenta y dos cuando estuvo allí con Bárður; cuatrocientos libros. Su mirada se torna soñadora. El hombre ríe de nuevo, aunque esta vez algo más lejos, únicamente oye el eco, hace un esfuerzo, se levanta, se dirige despacio hacia la puerta, la abre, mira con prudencia, y a sus ojos se ofrece un largo pasillo. Seguramente ha dormido mucho tiempo detrás de esas cortinas tan pesadas, pero ahora está despierto y tiene que averiguar para qué vive y si hay sitio para él en esta vida.

Titubea en la puerta. Pasea la vista por esa habitación tan grande, dice adiós, cierra con cuidado y camina despacio hasta el extremo del pasillo. Cuenta cinco puertas además de la que acaba de cerrar, y cuatro lámparas en las paredes, sólo hay dos encendidas y por eso el pasillo está medio a oscuras, examina los cuadros que hay junto a éstas. Todos del extranjero, murmura después de mirarlos con detenimiento: lagos extrañísimos, bosques, palacios, ciudades. Baja muy despacio por la escalera, las dos voces llegan desde abajo, se detiene en medio de la escalera, cierra los ojos, respira hondo y se prepara. Es fácil engañarse cuando uno está solo, uno puede incluso crearse una personalidad, ser sabio, equilibrado, tener respuesta

para todo, pero es muy distinto cuando se está entre otras personas, es toda una prueba, entonces no eres tan equilibrado, ni la mitad de sabio, a veces eres un simple idiota y dices toda clase de estupideces. Seguro que haré el ridículo, piensa el muchacho, y sigue bajando las escaleras, cuenta dieciséis escalones. Cuando llega abajo, una puerta cerrada a la derecha y un pasillo bastante largo a la izquierda, que lleva a la puerta de la calle. Está entreabierta y allí hay un hombre, sin duda el que reía, bastante alto, fuerte, de hombros anchos, vestido con una chaqueta azul llena de botones dorados, un capitán extranjero, piensa el muchacho, se ve también en su forma de estar de pie, esa combinación de firmeza y despreocupación, ese hombre no es esclavo del pescado salado y no necesita vivir bajo la oscuridad de las montañas. El capitán ve al muchacho, que sigue con la mano en la barandilla de la escalera, pues muchas veces tenemos que agarrarnos a algo para no perdernos ni caernos de cabeza, puede ser una barandilla, pero mucho mejor otra mano. Sus ojos se encuentran, el extranjero entorna los suyos, como si se pusiera en guardia o simplemente para verlo mejor. Helga irrumpe en el pasillo, estaba en la entrada al lado del capitán, mira al muchacho y dice buenos días, ¿has dormido bien? El muchacho suelta la barandilla pero vuelve a agarrarla y dice que sí y les da los buenos días con una inclinación de la cabeza. Se pueden decir muchas cosas con un pequeño movimiento de la cabeza, probablemente las palabras están sobrestimadas, quizá deberíamos tirar la mayor parte de ellas a la basura, limitarnos a asentir con la cabeza, a silbar y gruñir. Helga mira al capitán y dice algo en extranjero, habla despacio pero sin vacilar, está explicándole quién soy, piensa el muchacho, el capitán lo mira, ya no está en guardia y su semblante refleja compasión, incluso simpatía. Navega por los mares y conoce la muerte, piensa el muchacho, como para justificarse ante sí mismo por la cálida corriente que la mirada del extranjero ha liberado en su interior. Entonces, el capitán lo saluda con un gesto de cabeza, levanta un brazo, la palma abierta, y se da la vuelta, sus ojos miran por un instante hacia arriba, como si titubeara, como si esperase algo, pero ya se ha ido y la puerta se ha cerrado.

Bueno, dice Helga.

«Bueno» es sin duda la palabra más grande que existe, en sólo un instante puede unir a dos personas desconocidas.

El muchacho va hacia ella, que dice ahora tendrás que comer, y él responde sí.

Es difícil aclararse con Helga, había dicho Bárður cuando salieron de Lugar hace trece mil años, con un peligrosísimo volumen de poesía a la espalda, ni siquiera llegas a estar seguro de si simplemente te soporta, o si le gustas, si la aburre la vida o no, bueno, a veces siento ganas de arrojarme sobre ella dando gritos, sólo para romper ese equilibrio y comprobar si es posible ver a la auténtica Helga, sea como sea.

Pero Bárður no se arroja ya sobre nadie gritando. Y en realidad, mejor así, pues está muerto, congelado, y la vida se aleja más y más de él con cada minuto que pasa, dentro de treinta años será tal vez un lejano recuerdo en el mundo, pero entonces quizá habré sido yo olvidado también por completo, afortunadamente. Así piensa el muchacho, o bien estos pensamientos chisporrotean en su interior mientras sigue a Helga e intenta mantener a distancia el dolor y la timidez. ¿Por qué iba a ser tímido con ella? Helga no es más que una persona, su cuerpo es frágil y no resiste las avalanchas de piedras, no resiste el tiempo, un solo parpadeo del tiempo y ella ya es una vieja encorvada, escondida en un rincón, mascando recuerdos insípidos y nombres de los que nadie se acuerda.

Del pasillo a la cocina no hay más de diez pasos, y sin embargo todo eso consigue chisporrotear en su cabeza, evidentemente hay grandes extensiones en la mente humana, espléndidas posibilidades, desaprovechadas en su mayor parte, pues la existencia se anquilosa enseguida en el día a día y las posibilidades se reducen con cada año que pasa, grandes territorios de la mente desaparecen o se transforman en pedregales desiertos.

Helga es de estatura algo inferior a la media y de movimientos ágiles, decididos, probablemente sólo conoce de oídas la existencia del verbo «dudar». Se sujeta sus cabellos cenicientos en un apretado moño sobre la nuca, que proporciona al rostro un aspecto duro, subraya unos labios más bien finos y una nariz un poco ancha. Lleva un amplio vestido azul pálido, el muchacho no sabe cómo puede ser su cuerpo, pero tampoco tiene interés por saberlo, la mujer debe de tener al menos treinta años.

Llegan a la cocina y todas las inquietudes y reflexiones del muchacho caen como aves abatidas por un disparo, pues allí está sentado el viejo Kolbeinn. Masticando un panecillo con una gruesa capa de mantequilla y paté, sus ojos muertos atraviesan al muchacho como frías manos, y el episodio del comedor, su estúpido comportamiento de borrego, las palabras de la lengua bacalesa, *Omaúnu*, empiezan a removerse en su memoria para burlarse de él. El muchacho está despierto, le dice Helga al capitán, que responde gruñendo algo, como un carnero viejo, por las mañanas no suele estar muy contento, le explica Helga al muchacho, que no tiene la menor idea de si se espera de él que sonría o no. Kolbeinn es un hombre tan sagaz que hace mucho que comprendió que por regla general no tiene ningún sentido estar contento. El muchacho va a sentarse pero se detiene, se queda allí de pie, ansiando hacerle una

mueca al ceñudo capitán, pero no se atreve, y en cambio mira a Helga cortar pan con ágiles movimientos, luego se oye el hervor del café. Permanece con los ojos clavados, muy abiertos, en esa cocina que se alza sobre cuatro patas de hierro macizo, con un horno y cuatro placas para ollas de distintos tamaños. Nunca había visto una cocina tan grande, mira atentamente el arabesco que la adorna por fuera y en eso se concentra por un momento. Siéntate, dice Helga, sin volverse, y él se sienta. Kolbeinn, pese a todo, tiene un temperamento alegre, dice ella, e incluso ha cantado para mí por las mañanas. Vuelve a oírse un gruñido procedente del viejo capitán, que sigue masticando. Helga pone el pan y el café en la mesa delante del muchacho, que siente el cálido olor de su cuerpo y se arriesga a sonreír, aunque con prudencia, el barbudo rostro del capitán le recuerda a un oscuro banco de nubes, pero hay una extraña calma en las manos, ajadas por el trabajo, que descansan sobre la mesa como perros dormidos, grandes en comparación con el cuerpo. El muchacho sorbe el café caliente, muerde el pan y, de pronto, el hambre brota con tal fuerza que tiene que contenerse para no meterse el pan entero en la boca, se obliga a comer despacio, el ambiente exige cortesía y buenas maneras en la comida, pero deberá esforzarse, aún no tiene ese hábito. Helga le sirve gachas en un cuenco azul, él levanta la vista, da las gracias maquinalmente y con tanta ingenuidad que ella deja escapar una sonrisa que le llega hasta los ojos, y eso da al muchacho ánimos suficientes para preguntar por el hombre que se ha ido, ¿es extranjero? Sí, dice ella, se sirve café en una taza azul, se sienta a un extremo de la mesa, el capitán de un barco que está ahí en Pollurinn, zarpan ahora, es inglés, añade y toma un sorbo de café. ¿Sabes inglés?, pregunta él, con prudencia y admiración, pues quien conoce otro idioma ha de ver más lejos y saber más que cualquier persona normal. Algo, viví en América seis años, pero él no viene por aquí a visitarme a mí ni a admirar mi inglés. ¿Y para qué viene entonces?, pregunta el muchacho con ingenuidad, pero esta ingenuidad sólo dura un instante, y cuando se percata de ella, o de su estupidez, enrojece hasta la raíz del pelo. Helga aprieta los labios, por desagrado o tal vez para reprimir una sonrisa, Kolbeinn no muestra reacción alguna. El muchacho come cucharada tras cucharada de gachas sin pronunciar palabra.

Será mejor darse prisa.

Ya ha devuelto el libro, ha cumplido su misión, muchas gracias, el siguiente asunto en la agenda es la decisión de vivir o morir. Es una suerte que sólo tenga dos opciones tan radicales. Naturalmente, es bastante más fácil morir: una sola decisión y todo habrá acabado, basta con conseguir una cuerda, atarla a una piedra, saltar desde el acantilado y no volver a salir nunca más, nadie tendrá que toparse con el cuerpo devuelto por el mar.

Vivir es mucho más complicado.

Para eso no basta con encontrar una cuerda, aunque sea una cuerda estupenda, para vivir hace falta más, la vida es un viaje largo y complicado, vivir es preguntar. Por ejemplo, ¿dónde se alojará la próxima noche, las próximas noches, las próximas

diez mil noches? Y necesita encontrar trabajo, al mar no piensa ir, al diablo con el mar, y tampoco trabajará en la tienda de Leó este verano, sin Bárður no, ni hablar. Y entonces qué, tiene que comer, eso cuesta dinero. Seguramente será posible llegar a un acuerdo con la tienda de Magnús o la de Tryggvi para que le den crédito, los barcos con cubierta zarparán pronto y entonces habrá trabajo de sobra y todas las manos serán bienvenidas. Sí, sí, claro, no habrá problema para comprar las cosas de primera necesidad a crédito por unos días, no habrá problema para salir adelante, pero mucho más complicado le resultará averiguar si realmente hay algo que hacer en este mundo.

Así piensa el muchacho, ha acabado las gachas, tiene en la mano la cuchara vacía y mira al frente aunque sin ver nada, su rostro no revela lástima de sí mismo, pero quizá sí un asomo de indefensión, porque ¿cómo va a procurarse una cuerda? Uno no se la encuentra por la calle, la vida siempre nos está poniendo obstáculos, nada es nunca fácil. Nada detenía nunca a Bárður, y sin embargo murió y jamás volverá a reír con esa risa contagiosa que tenía.

El muchacho se sobresalta, Helga está diciendo algo. ¿Eh?, pregunta el muchacho, pero ella niega con la cabeza y farfulla: aquí estoy, con un sordo y un ciego. El muchacho mira un instante a Kolbeinn, pero ya no hay ningún Kolbeinn, ha desaparecido. Es que yo, intenta excusarse, y calla mientras busca más palabras pero sin encontrarlas, las ha perdido todas.

Pierdes el oído, lo recuperas y entonces te quedas sin habla, es de lo más emocionante estar contigo, dice Helga, y naturalmente él no tiene ni idea de si lo dice de broma o con desprecio, está otra vez inseguro y acobardado ante esta mujer, y por eso acepta sin una sola palabra, sólo con un movimiento de cabeza, acompañarla a la tienda de Tryggvi. Hace falta leche, cerveza, cereal, pan, me hace falta una mula de carga, aunque no oiga ni hable, eso da igual, pero espero que las fuerzas no abandonen tus brazos con tanta prisa.

El cielo que cubre el mundo ya no es gélido, la nieve ha empezado a fundirse en la calle, es abril. Y ahí va él, caminando.

Helga no dice nada, por fortuna, como si se hubiera dejado las palabras en casa, Geirprúður quiere hablar luego contigo, fue lo último que dijo, mientras se ponían los abrigos. ¿Luego?, preguntó él, como si esa palabra, «luego», le resultara totalmente incomprensible, no le gusta mucho levantarse temprano, dijo Helga, ignorando el gesto interrogante del muchacho, ¿por qué querrá hablar conmigo?, va pensando por la calle, ¿quizá me culpa de no haber salvado a Bárður de congelarse? Helga camina tan rápido que él tiene que esforzarse mucho para seguirle el paso, y el hilo de sus pensamientos no hace más que romperse. Esta calle se llama Calle de la Luna, piensa. Iremos hasta el final y entonces cogeremos por la Calle del Mar y por allí hasta la Barra, pero allí está el cementerio, ¿quizá debería silbar a los muertos e invitarlos a dar un paseo? Han abierto un buen paso entre la nieve por la calle, y aún mejor en la Calle del Mar, además la nieve está dura y no cuesta mucho caminar sobre ella. Hay bastante luz en el aire, a pesar de los espesos nubarrones, claro, ya van a dar las siete, el mar está azul y un poco rizado en el fiordo, seguramente la temperatura estará por los cero grados. El muchacho se ha ido calentando con el paseo, parece que da igual lo largos que sean sus pasos, siempre está por lo menos un paso detrás de Helga. Sale humo de las chimeneas de las casas que hay junto al almacén de pescado de Magnús, tres hombres fuman en pipa delante de la tienda, probablemente marinos extranjeros, los mástiles de dos barcos se alzan en el cielo junto al Muelle de Abajo, al lado de la Barra, los barcos propiamente dichos están en otro muelle detrás de los edificios. Uno de los barcos se llama *St. Lovisa*, viene de Inglaterra, el capitán es J. Andersen y su cuerpo está aún caliente después de noches y días con Geirprúður. El humo de las pipas de los tres hombres se eleva hacia el cielo, azul, pero enseguida se disipa y desaparece. El muchacho mira los mástiles que se alzan por encima de los edificios en el cielo matutino, debería irme a América, una lucecita se ilumina en su mente, claro que sí, ya está, a Canadá, que es un país muy grande. Allí podré alejarme muchísimo del mar, del pescado, aprenderé inglés y podré leer libros interesantes. Quiere pensar más en ello pero las ideas se disipan como el humo en el aire. El camino se bifurca ante ellos, la Calle del Mar continúa por el borde del agua mientras la Calle del Medio gira en la esquina del comercio de Magnús y se interna entre dos filas de casas apretadas. Aquí han limpiado bien, la calle está casi despejada, aunque hay montones de nieve a los lados. Hay ocho, no, nueve casas de distintas alturas a los lados de Calle del Medio, y dos pequeños pinos asoman entre la nieve delante de una de las mejores casas, tan increíblemente verdes que el muchacho se detiene. Se muere de ganas de trepar a los montones de nieve para tocar aquel color verde y sentir su aroma. Alza la mirada y ve a una mujer en la ventana que hay encima del árbol, es joven, parece estar sacando brillo a algo, un candelabro le parece, y mira al

muchacho, y le dedica una sonrisa tan hermosa que él se siente feliz de repente, y sin embargo, Bárður se congeló a su lado hace solamente dos días. Confuso, se aleja de esa ventana con sus dos ojos vivientes y su sonrisa y echa a correr detrás de Helga, que está desapareciendo por la esquina, corre y corre deprisa, tan deprisa como puede, como si quisiera escapar de sí mismo; naturalmente parece un tonto, como debe ser, porque eso es precisamente lo que es.

La Calle del Medio está en el centro de Lugar, donde la Explanada Central, que en realidad llamamos la Plaza cuando soñamos con una vida sin pescado salado, cuando soñamos con una plaza con árboles, bancos y estatuas, pero ¿estatuas de quién?, ésa es la cuestión, porque ¿quién ha sido tan fiel a la vida como para merecer una estatua?

La Explanada Central está cubierta por la nieve de abril y seguirá estándolo los próximos días, claro, esas nubes traen nieve y hoy apenas se ve el sol. No hay mucha gente por la calle, en realidad únicamente ellos dos, el muchacho cansado al lado de Helga no encontró manera de escapar. La cortina de una ventana se agita en una casa por encima de ellos, un rostro mira hacia fuera. A veces, aquí miran por mirar, y la gente corre a la ventana más próxima en cuanto percibe el menor movimiento, te entra el sueño nada más despertar y pensar en el tedioso día que te espera. Helga se dirige a la tienda de Tryggvi, un edificio grande con un gran rótulo, vitrinas alargadas repletas de mercancías en verano y otoño, pero totalmente vacías ahora. Un hombre sale con un saco de arroz bajo el brazo, mira de reojo a Helga sin saludar, ella aparenta que no lo ha visto y abre la puerta, entran en la tienda, suena la campanilla.

El muchacho entorna los ojos para acostumbrarse a la luz. Allí dentro parece reinar casi la penumbra después del resplandor de la nieve en el exterior. Hay bastantes personas, empleados y clientes, y todos callan cuando entran Helga y el muchacho, un montón de ojos que los miran, primero a ella, luego a él, ojos curiosos, interrogantes, algunos incluso hostiles, no es agradable que lo miren a uno de esa forma. Trágame, suelo, piensa el muchacho, pero no hay demasiadas esperanzas, pues el suelo nunca se ha tragado a nadie, en realidad, lo único que pueden hacer los suelos es ser lisos y dejar que caminen por encima de ellos. A él le gustaría mirar en derredor, contemplar la variedad de artículos del mayor comercio de Lugar, el mayor que se haya visto en esta parte del país, hay que bajar hasta Reikiavik para encontrar una tienda mejor provista, o incluso hasta Copenhague, al otro lado de un mar espantosamente profundo, lleno de barcos hundidos, de personas ahogadas, de esperanzas rotas. Claro que ya ha estado aquí, tres veces en dos años, pero entonces todo parecía distinto pues ciertas personas aún vivían. La luz de abril entra por las ventanas, ni dura ni especialmente fuerte. Arden algunas lámparas de petróleo, pero la tienda es grande y cuatro estanterías altas y anchas rompen el espacio, hacen sombras, dificultan el trabajo a la luz. El mostrador es largo, de varios metros de largo, y detrás de él hay estanterías con mercancías diversas, algunos sitios están vacíos porque esperamos más barcos de mercancías, los dos barcos que están en el Muelle Bajo sólo traen carbón, sal y un capitán para Geirþrúður. El muchacho acaba de contar nueve personas aquí dentro cuando en el extremo de una de las estanterías aparece la décima, un hombre de elevada estatura, fornido, estaba mirando algo pero quiere comprobar quiénes son los recién llegados, y se queda con los ojos fijos en el muchacho durante un buen rato, es Brynjólfur, capitán de un barco con cubierta propiedad de la empresa comercial de Snorri, su barba oscura está encaneciendo, el muchacho aparta la vista de esos ojos oscuros, casi negros, y mira por la puerta abierta hacia el rincón del alcohol. Allí estuvo el muchacho con Bárður hace cincuenta mil años, cuando los mamuts dominaban la tierra. Ese día, los estantes se encontraban bastante vacíos. El coñac se había acabado, el *whisky* se había terminado, quedaban cinco botellas de vino de Oporto, diez de aguardiente, dos de *Branco* sueco, nueve botellas de vino tinto, así habían disminuido las posibilidades de la vida. Pero aún quedaban filas de diversas clases de cerveza, y bastante más en el almacén, había dicho el dependiente, miraba a Bárður y el muchacho como desde lejos, se inclinaba hacia atrás para dar más énfasis a su boca y a la sonrisa bajo el bigote mejor arreglado que había visto nunca el muchacho, no carente de cierta ostentación. Bárður preguntó por el aguardiente, ¿eh, qué!, ¿vino tinto, no?, dijo el dependiente aparentando extrañeza. Bárður hizo que se lo apuntaran, no había problema, su cuenta no andaba mal, el bigote también dijo sí, estupendo, después de repasar la cuenta de Bárður, y la distancia entre ellos disminuyó un poquito, de

setecientos a doscientos kilómetros. El muchacho se sintió lleno de orgullo, enderezó bien la espalda, pero Bárður se limitó a extender su fuerte brazo, toma, y salieron, el cuello de la botella en la mano de Bárður, dieron unos tragos mientras se dirigían hacia las cabañas de pescadores, pero Bárður no bebió más alcohol en su vida. Ahora, el maldito Einar estará embobado mirando la botella, piensa el muchacho, y no la dejará tranquila, como una gaviota hambrienta.

Pensar en Einar, en su avaricia y en su falta de sentimientos ante la muerte de Bárður, pone al muchacho tan furioso que la timidez lo abandona por un momento y avanza hacia el mostrador, donde Helga espera las mercancías y habla en voz baja pero decidida, sin el menor titubeo, sin sumisión.

Ay, qué desigualdades hay en este mundo.

Algunos pueden encontrarse en esta misma situación en el mostrador de una tienda y decir sin vacilar quiero esto y eso, y los dependientes obedecen sus órdenes, pero otros tenemos que preguntar si habría algún problema en añadir esto y lo otro, y que sería estupendo si pudieran darle un puñado de uvas pasas, Dios te lo pague, ¡por no hablar de caramelos de frutas daneses!, y luego sonreímos débilmente a la persona que hay detrás del mostrador, con los nervios de punta por si echa mano al gran libro negro con marcador rojo donde se recogen nuestros adeudos, nuestras deudas con la sociedad, nombres y cifras imperturbables que garantizan que no haya nada que discutir, sólo queda inclinarse ante ellas. La mayoría estamos eternamente en deuda con los grandes comercios, y naturalmente también con la vida misma, pero ésta es una deuda que se paga con la muerte. El asunto no es tan sencillo si se trata de la tienda de Tryggvi, donde los pecados de los padres caen sobre sus descendientes, pues, aunque la muerte sea una poderosísima granuja, su poder no alcanza a los libros de la tienda; si un hombre muere, pagan su mujer, sus hijos, sus padres. Y no es cuestión de crueldad, sino de negocio, es solamente la realidad, que funciona así. Las tiendas de Tryggvi y Leó son tan fundamentales que Lugar se mantiene en pie con ellas y cae con ellas, una gestión disciplinada y exacta de las mismas lo mantiene todo en marcha, nos mantiene en pie a todos, si falta escrupulosidad en su dirección o hay indulgencia, estamos acabados, Lugar y sus habitantes se desmoronan. Lo ha dicho Friðrik un montón de veces y más vale que no le llevemos la contraria, excepto en silencio, como cuando rezamos. La mayor parte de los ediles del pueblo están bajo su protección, o quizá a su sombra, y toman pocas decisiones sin consultarle a él previamente. Pero Helga no necesita inclinarse y sonreír sin ganas. No tiene más que meter la mano en el bolsillo y pagar al contado. Los que están en la tienda, unos para comprar, otros sólo por pasar el rato, por matar el tiempo, esperan ese momento desde que ha entrado Helga. Dinero, pagar al contado, un instante dulcísimo como un sueño. Añade dos cajas de cerveza, dice Helga a la dependienta, que se vuelve hacia sus colegas, incluso hacia el del bigote, que se inclina un poquito y dice: naturalmente, no hay más que ir a buscarlas al almacén, ya nos encargaremos de que las suban hasta la casa de comidas. Primero mira a la dependienta, que se llama

Ragnheiður y es hija de Friðrik, ni más ni menos, luego a Helga, y sonríe amablemente. Entonces id a por las cajas, dice Helga casi con frialdad, ni siquiera mira al bigotes, la sonrisa desaparece del rostro de éste, dice faltaría más y lanza una rápida mirada a dos dependientes que están a un lado observando, dan un respingo y se van corriendo al almacén.

La campanilla de la puerta suena otra vez y entra una mujer alta y delgada. Tiene ojos castaños como aquel que se congeló por culpa de los versos. Hola, Þórunn, dice Helga a la mujer, y sonríe. Þórunn también le sonríe, se dirige hacia Helga y se abrazan. El muchacho está atónito de ver a Helga tan contenta, pero enseguida vuelve a inquietarse y pierde a las dos mujeres, a Helga y a la tal Þórunn, que se alejan hacia una ventana para charlar, y él se queda solo delante del mostrador. Ragnheiður y el bigotes, que se llama Gunnar, se quedan mirándolo, luego ella se da la vuelta y estira el brazo para coger un vaso de agua. Los dos miran cómo se lo lleva a los labios y bebe.

Bebe despacio. La pequeña nuez se mueve como un animalito somnoliento en medio del blanco cuello.

Un apagado campanillazo llega hasta ellos desde el rincón del alcohol. Gunnar maldice en voz baja, abre la boca y parece a punto de decirle algo a Ragnheiður, pero se detiene o desiste. Ella no aparta los ojos del muchacho, como si sintiera curiosidad, como si no pudiera dejar de mirarlo. Gunnar lo mira un instante, con semblante severo y poco amistoso, y luego se dirige hacia el rincón del alcohol, obedeciendo a la campanilla.

Ha sido el capitán Brynjólfur, quien ha aprovechado la ocasión, cuando la atención de todos estaba centrada en Þórunn y Helga, para entrar en el recinto de las bebidas alcohólicas, ha golpeado la campanilla sin querer y ahora se agita incómodo al ver el duro gesto de Gunnar. El suelo cruje bajo los pies del gigantesco capitán. Hace falta un dios para derribar a Brynjólfur, decimos a veces, pues ha soportado todas las tempestades del mar. Cuando el cielo parece a punto de desgarrarse y las olas se elevan veinte metros por encima del barco, el aire está lleno de silbidos furiosos y todo lo que no está sujeto desaparece por la borda, los hombres son arrojados aquí y allá en la cabina bajo cubierta que se llena de mar y todo queda empapado, ahí está siempre en pie Brynjólfur, firmísimo sobre sus piernas de gigante, sujeta el timón, sonríe e incluso ríe, en abierto reto al miedo, aullando de alegría, dicen algunos, gritando de felicidad. Pero en esas tormentas del fin del mundo no se escucha nada, excepto el silbido furioso de la tempestad, y más tarde el estruendo de las olas al romper sobre el barco, que tiembla de proa a popa y los marinos más avezados se rompen con las olas, lloran de miedo e indefensión en la cabina, mas Brynjólfur sigue firme en el timón y no abandona su sonrisa. Quienes han mirado desde la cabina y lo han visto un instante entre las olas que azotan el barco, aseguran que su semblante revela felicidad, un gesto de felicidad pagana, dijo una vez un viejo marino. Sin embargo, una cosa es enfrentarse sin miedo a las amenazas de la

naturaleza y otra bien distinta tener unas ganas de cerveza que casi duelen, al tiempo que se mantienen enormes deudas con la tienda y, en consecuencia, se está a merced de los caprichos del humor de Gunnar. El tal Gunnar es imprevisible. Brynjólfur decide mostrarse humilde: no estaría nada mal llevarme cuatro o cinco cervezas de estas tuyas, querido Gunnar, dice con aire amigable, incluso de buen tipo, para contrarrestar el efecto de su voz que, por su misma naturaleza, no deja mucho espacio a la modestia. ¿Y para qué quieres la cerveza?, pregunta Gunnar, cortante, mirando burlón al capitán. Brynjólfur deja escapar una risa, como si tuviera en las manos una bomba muy delicada, pues bueno, ya sabes, dice, intentando demostrar camaradería, ¡lo que hace uno con una cerveza!

Lo que hace uno con una cerveza; ojalá el mundo fuera cuestión de beber o no beber cerveza, ojalá fuera así de simple.

Ragnheiður mira al muchacho sin disimulo, desvergonzada, como si lo tocara con sus ojos, y él está perdido, no sabe qué hacer.

¿Qué puede hacer, por ejemplo, con esos brazos tan largos y tan feos que están siempre incordiándolo?

¿Qué puede hacer con esos ojos estúpidos?

¿O con esas piernas ridículas?

¿Y tú quién eres?, pregunta Ragnheiður cuando él lleva ya unos segundos atormentándose y cada segundo dura casi cien años. Quizá haya curiosidad en la voz, pero también mucha arrogancia. El muchacho tiene que hacer acopio de fuerzas para atreverse a mirarla a los ojos, y sí, lo hace y la mira a los ojos. Dos mechones de pelo color avellana le bajan por las sienes. Sus ojos son grises como los de una roca en la montaña, es difícil mirarlos pero mucho más difícil no hacerlo. Es guapa, piensa el muchacho, extrañado.

Y tiene toda la razón.

Ragnheiður lleva tres años trabajando en la tienda, antes lo hemos dicho, sí, es la chica de Friðrik, su ojito derecho, la hija del emperador, pero esas cosas enseguida se acaban, en cuanto nos percatamos de que en cierto modo ella no es hija de nadie excepto de sí misma y toma las decisiones sin pedir permiso a su padre. Algunos incluso la temen más a ella que al mismo Friðrik. Les ha negado el crédito a algunos en pleno invierno, cuando el frío atraviesa las casas y se congela todo lo que puede congelarse, líquidos y esperanzas, y la comida se acaba, pero Ragnheiður se limita a señalar el elevado monto de las deudas y lo irracional de las compras, dulces, tabaco y más tabaco, aguardiente, higos secos, y atraviesa al cliente con la mirada. Su voz puede ser afilada como un cuchillo y rajar a hombres adultos, endurecidos por el mar, desde los hombros hasta los pies. Y sin embargo no tiene más que veintiún años y la vida se estremece a veces en su interior.

El muchacho percibe sin duda algo duro y frío en ella, pero eso lo atrae de una

forma extraña, inexplicable. La reina del Mar Glacial, piensa para sus adentros, y se olvida de sí mismo mirando esos ojos, lo olvida todo menos esos ojos grises como la roca en un rostro pequeño, enmarcado por un cabello avellana. Ragnheiður se inclina un poco y dice en voz baja: ¿es que eres mudo? ¿Geirprúður quería un mudo, ahora que ya tenía un ciego? El muchacho nota cómo el rubor le tiñe las mejillas, di algo, idiota, se ordena, es una tontería aparecer como un perfecto estúpido, aunque lo seas. Aparta la vista, ya casi completamente sonrojado, y sus ojos se topan con *La Voluntad del Pueblo*, nuestro periódico, que está encima del mostrador, doblado. «El Báltico sigue helado —pone en la portada—. El *Laura* sigue bloqueado por el hielo con mercancías y paquetes para Islandia». Congelado con todas las cartas de los que estudian en Copenhague, algunas tan ardientes de añoranza y declaraciones de amor que, en realidad, bastaría con colgarlas justo delante de la proa para fundir la capa de hielo y abrir la vía de navegación. Algo se agita en el interior del muchacho. Mira de nuevo los ojos grises como rocas y dice, en voz tan baja que Ragnheiður tiene que inclinarse aún más para oírlo: No sé quién soy. No sé para qué existo. Y no estoy seguro de que vaya a tener tiempo de averiguarlo.

Por qué diablos he dicho eso, piensa desconcertado, e intenta no mirar demasiado los blancos pechos que se han mostrado fugazmente al inclinarse la joven. Ragnheiður se incorpora, su gesto delata inseguridad, pero luego asoma la punta de la lengua entre sus labios, rojos y brillantes de saliva.

La punta de una lengua que asoma de esa manera parece traer un mensaje del interior, desde las oscuridades del cuerpo.

Madre mía, piensa él.

Los ojos grises como rocas se deslizan despacio, muy despacio, por el cuerpo del muchacho. Los ojos son manos que acarician, tocan, palpan, buscan. Luego, Ragnheiður sonríe. Una sonrisa mesurada, altanera, pero parece temblar un poco, de modo casi imperceptible, cuando la joven dice: tendrías que hacerte con unas ropas decentes. Y deberías estirarte un poco, así podré hablar mejor contigo. Pero ¿ni se te ocurra saludarme por la calle!

Y luego, entre ellos no hay nada más que el mostrador.

El muchacho, sin darse cuenta, se había acercado, quería sentir el olor de ella, el perfume, somos más valientes cuando no pensamos en nada, la vacilación, la duda, las trae el pensamiento. Es como un animal y llega tan cerca de ella que la oye respirar. La punta de la lengua asoma otra vez, por un brevísimo instante, un mensaje para él desde la oscuridad, luego da un paso atrás, sus ojos se vuelven fríos y altaneros y témpanos inmensos levantan una muralla entre los dos.

Þórunn es buena persona, y una compañía muy apreciada por Geirþrúður y por mí, le dice Helga cuando salen de la tienda, ella con sólo una bolsa, él con grandes fardos, agradecido por el peso, pues quien lleva un gran peso puede olvidarse de sí mismo, reposar la mente, y la incertidumbre no lo destroza entretanto. La incertidumbre por la vida, por el futuro, por sí mismo y ahora también por Ragnheiður, esa chica con ojos de color gris roca, la punta de la lengua, los pechos, incomprensiblemente atractiva en su arrogancia y su frialdad, una frialdad polar, ¿por qué he tenido que emocionarme por un iceberg? Buena persona y compañía muy apreciada, dice Helga sobre Þórunn, y parece que va a añadir algo más, quizá a revelar algo sobre la tal Þórunn, y al muchacho lo asombra lo abierta, incluso lo habladora que se ha vuelto Helga, pero entonces oyen acercarse unos pasos poderosos, es bueno llevar algo pesado, dice una voz oscura, sonora, y Brynjólfur adelanta al muchacho al tiempo que le da un pesado golpe en el hombro. El capitán lleva tres botellas de cerveza en los bolsillos, y eso hace que la vida parezca muy agradable. Cuatro o cinco botellas la harían incluso más agradable aún, pero Gunnar estaba de un humor de mil demonios, cortante, y habría sido poco juicioso pedirle más. Saluda alegremente a Helga y va a adelantarla, pero ella detiene al gigante extendiendo la mano, lo que parece pillarlo por sorpresa, y casi sin darse cuenta saca del bolsillo una botella, la abre y bebe un trago. ¿No deberías estar en tu barco para empezar a prepararlo?, afirma más que pregunta Helga, los otros capitanes ya llevan tiempo poniendo a punto sus barcos, pero el tuyo sigue en la caleta mientras tú te dedicas a pasear por las tiendas y a beber cerveza, eso no está nada bien, no le gustará a Snorri. Brynjólfur levanta un brazo, es capaz de golpear violentísimamente con él, pero también puede levantarlo con suavidad y entonces la mano abierta es como una sonrisa de excusa. Helga refunfuña y Brynjólfur dice, un tanto vehemente, ¡empiezo hoy, cariño, empiezo hoy! Ya me gustaría a mí que mantuvieras tu palabra, dice ella, y sin más echa a andar, con el muchacho detrás. Brynjólfur guiña un ojo al muchacho, echa otro trago, al principio va detrás de ellos pero luego tuerce por otra calle. El muchacho y Helga continúan hacia casa de Geirþrúður, él, agradecido por llevar una carga tan pesada, intenta no pensar más en Ragnheiður, en los pechos que se han movido hacia él cuando la joven se ha inclinado, en la punta de la lengua brillante de saliva, en los ojos color gris roca, fríos y hostiles y al mismo tiempo tan atrayentes. Ella es un iceberg, piensa él, un iceberg lleno de osos polares que me devoran. Pero, cuando consigue por fin alejarla de sus pensamientos, lo acosan las preguntas sobre la vida, sobre si debe vivir y en ese caso para qué, y si lo merece.

Ay, la incertidumbre es un pájaro que vuela entre graznidos impacientes por encima de él.

Bueno, vamos a dejarlo en paz un ratito, quizá más. Dejémoslo en paz con su pesada carga y sigamos al capitán Brynjólfur, que camina en dirección a la tienda de

Snorri, sin darse mucha prisa.

Una persona que lleva tres cervezas en el bolsillo no tiene ninguna necesidad de apresurarse en este mundo.

Si vas a la tienda de Snorri desde la Explanada Central por el camino más corto, sin detenerte en ningún sitio, estás allí al cabo de cinco minutos. Pero, claro, ahora ése es un tiempo innecesariamente breve, porque es muy bueno beber cerveza, increíblemente bueno, y lo que un momento antes era pesado e insoportable se convierte en un juego de niños. Ahora empezaré a aprestar el barco, dice en voz alta, reconoce ante el mundo esa responsabilidad que tiene, y se golpea con fuerza el pecho, unos golpes retumbantes, lo hace tanto por el gusto de golpearse el pecho como para animarse a seguir. Primero va a casa de Snorri, ultimaré detalles con él, lo organizarán todo, aprovecharán para pasar un buen rato, quizá brindarán con algo fuerte, y luego bajará con una linterna hasta la cala para despertar al barco de su pesado sueño invernal, él tiene sus costumbres, y por la mañana reunirá a la tripulación. ¡Sí! Brynjólfur vuelve a golpearse el pecho, alegre, triunfante, el único capitán que no ha empezado aún a preparar su barco para la temporada de pesca, los otros llevan tiempo haciéndolo y zarparán pronto, pero el barco de Brynjólfur y el comerciante Snorri duerme aún en la cala, con un sueño pesado, como un pájaro incapaz de alzar el vuelo. Brynjólfur ni siquiera ha mirado en esa dirección, aunque Snorri le ha lanzado una indirecta dos veces, titubeante, como pidiendo excusas, incapaz de presionar a la gente, lo que no es nada bueno, porque su empresa está en situación precaria, las deudas pendientes de cobro superan a las propiedades. La mayoría de sus deudores son personas corrientes del barrio viejo, marinos, obreros sin tierra y un par de campesinos. Algunos tienen problemas para pagar, pero otros seguramente ni se preocupan y aprovechan, consciente o inconscientemente, los titubeos de Snorri y su bondad, que raramente intenta reprimir sin demasiado éxito, la bondad de uno puede provocar la malicia en otros. Snorri pasa sus mejores ratos con el viejo armonio, y le gusta mucho cantar en la iglesia en Nochebuena, en Pascua, en San Juan, canta entonces el elogio de la luz y el reverendo Þorvaldur dice un sermón, y los que deben dinero a Snorri, algunos desde hace muchos años, se sienten un poco avergonzados, pero es un sufrimiento que el devenir cotidiano se encarga de borrar. El comercio de Snorri confía en la pesca de su barco, Brynjólfur lo sabe perfectamente y quizá por eso se golpea el pecho por tercera vez mientras tuerce por la Calle de la Escuela, sabe que hace tiempo que debería haber preparado el barco, que se llama *Esperanza*, un nombre bonito y luminoso, tiene quince años y Snorri lo compró nuevo, fabricado en Noruega. Al principio se llamó *Jón Sigurðsson*, en memoria del héroe de la independencia, así de serio era, pero luego Snorri lo hizo varar y mandó a Bjarni, el pintor, que pintara «Esperanza» con pintura roja en las amuras. Unos días antes, la mujer de Snorri había tenido que irse a Reikiavik en el *Thyra*, tan debilitada por la enfermedad que hubo que subirla a bordo en andas. Naturalmente, Snorri fue con ella, pero tuvo que regresar en el siguiente barco para hacerse cargo de la empresa.

Y pasaron meses.

Jens, que por entonces acababa de incorporarse a su trabajo de cartero rural, traía cartas de ella, pero éstas se hicieron cada vez más breves según avanzaba el verano, y la escritura cada vez más débil e ilegible. Snorri leía con dificultad las palabras retorcidas y confusas, la imprecisa escritura daba testimonio de una fuerza vital menguante. «Ay, todo es ya tan difícil —decía en una carta de principios de agosto, las primeras palabras de queja que escribía—, a veces me despierto con unas manos frías dentro de mí. Son más frías que el hielo, y cada día llegan más cerca del corazón. Mi querido Snorri, si todo va mal, si Dios me llama a Su lado, tienes que ser fuerte. No te puedes desmoronar. Piensa en nuestros hijos. Confío en que los harás estudiar, como había sido siempre nuestra intención... pero ahora no puedo seguir escribiendo... mi querido esposo». O al menos le pareció que al final ponía «mi querido esposo», aunque desde luego no era en absoluto propio de su mujer expresarse de una forma tan abierta, mostrar su aprecio con palabras tan desnudas. Snorri se encerró en la oficina para poder llorar sin temor a que apareciese alguien. Faltaban dos semanas para que llegara el barco de cabotaje procedente del sur, y Snorri no podía esperar tanto, la vida no era tan larga, unas buenas personas le prestaron dos caballos y se marchó a toda prisa, fue hasta el fondo del fiordo, a Pollurinn, y luego subió a Tungudalur, los caballos eran voluntariosos, fuertes, y él era como un aullido desesperado a lomos de uno u otro.

Si Dios me llama a Su lado.

Snorri volvió al cabo de un mes. Era septiembre. Luchó con una tormenta invernal en los páramos y descendió al valle en un alegre día soleado en el que cantaban los pájaros, calmado y con quince grados de temperatura, devolvió los caballos, les dio las gracias abrazándolos por el cuello y éstos le correspondieron frotando sus grandes cabezas contra él, y luego se fue a su casa a ocuparse de la educación de los hijos y la gestión de la empresa. Durante bastante tiempo nadie se atrevió a hablar con él de otra cosa que lo más común, lo que el idioma maneja con facilidad, el pescado, la tienda, el tiempo. A veces, los aficionados a la música podían acercarse un poco al comerciante, pero no demasiado. Jens sabía algo, evidentemente, pero no consideraba adecuado contárselo a la gente, y todos se percataron de que podía ser peliagudo intentar sonsacarle algo sobre el asunto, pues en esos casos el semblante se le ensombrecía, apretaba sus grandes puños y la gente se apresuraba a cambiar de tema. Nosotros no conocemos los detalles, sólo sabemos que Dios la llamó a Su lado, eso es seguro. Algunos, ciertamente, tienen oídos para Su voz, mientras que nosotros, que vagamos por aquí, muertos pero vivos, escuchamos y escuchamos pero nunca oímos nada. Pero Dios le habló a ella. Y luego le puso Su mano sobre el vientre, donde el dolor era más fuerte y las manos más frías, y cuando Snorri llegó a Reikiavik, agotado y sin dormir, con sus caballos exhaustos, su mujer, Aldís, lo recibió perfectamente sana, el dolor había desaparecido y de ella brotaba un extraño resplandor. Él se sintió incluso acobardado ante ella, algo infranqueable se

había alzado entre ambos y nada volvió a ser como antes. Snorri intentó todo lo que estaba en su mano para que volviera a casa con él, pero ¿qué son las palabras de los hombres cuando Dios ha hablado? Tres semanas después volvió a casa con sus caballos mientras Aldís se embarcaba para Copenhague a fin de ocuparse de lo que Dios le había ordenado hacer.

Jens trae dos cartas de Aldís cada año. No pasan por las manos de Sigurður, el médico, porque Jens se las entrega a Snorri en persona, y esas cartas tan primorosamente escritas están llenas de luz divina que ilumina el rostro del comerciante y su barba, que ha encanecido. Pero toda luz arroja sombras, así son las cosas, y Snorri vive a la sombra de la luz de Dios, pues, en lugar de alegrarse y regocijarse, añora a Aldís y está enfadado con Dios por habérsela arrebatado. Sabe perfectamente que su ingratitud es enorme y pecaminosa, arderé en el infierno, piensa en ocasiones, aguijoneado por la culpa. Snorri toca casi todos los días el armonio, Bach, Chopin, Mozart, pero también algunos acordes disonantes llenos de culpa y añoranza. La música es diferente de todo lo demás. Es la lluvia que cae sobre el desierto, el brillo del sol que ilumina los corazones, y es la noche que consuela. La música une a las personas y, por eso, Snorri no siempre está solo cuando se sienta al armonio; cuando acaricia con el arco las cuerdas de un viejo violín, su nota más aguda es tan dulce e incisiva que puede desgarrar un corazón. A veces lo acompaña Benedikt, ¿te acuerdas de él?, el patrón que toca la señal de partida, la cantinera aguarda en la orilla y hay trescientos pescadores alrededor. Y hay otros que van a casa de Snorri por la música, hombres y mujeres, pero un ser humano puede estar con otros muchos y sin embargo estar solo; si Snorri vive, es sobre todo por los chicos. Ellos son la esperanza que lo mantiene a flote, ambos están en la Escuela Erudita, uno camino ya de terminar y con vistas a hacerse pastor de la Iglesia, el otro quiere irse más lejos, a Copenhague, a aprender veterinaria, viven con su padre durante los veranos y es entonces cuando él recupera la alegría, y por ellos sigue ocupándose de la tienda, lucha una batalla agotadora por mantenerla en pie, cuesta lo suyo educar a los muchachos, las chicas son más baratas de criar y tienen pocas posibilidades de educación, tienen pocas posibilidades de todo, y pierden la independencia por el simple hecho de casarse.

Brynjólfur hace un gesto de dolor. Pero no por las chicas y lo limitado de sus posibilidades, sino por la responsabilidad que recae sobre él, y por los remordimientos, dos pájaros posados en sus hombros con las garras profundamente hincadas en la carne. Pero ¡ahora llegará el momento, enseguida! Dentro de tres o cuatro horas estará con su linterna en el *Esperanza*, habrá empezado a hablar con el barco, habrá empezado a ponerlo todo a punto. Al día siguiente reunirá a su tripulación impaciente, ¡y entonces ya no habrá pausa! Brynjólfur se ha puesto contento, ha empezado una segunda cerveza y tantea la tercera en el bolsillo derecho,

enseguida me la beberé, piensa sonriente, y pasa por delante de la escuela que los hermanos Jón el ebanista y Nikulás el carpintero, al que llamaban Núlli, construyeron en tiempos, un edificio alto, bastante estrecho, con tres grandes ventanas en la fachada del piso superior, tan grandes que es como si el edificio estuviera siempre con los ojos muy abiertos de asombro. La escuela sólo debía tener un piso, pero no se nos da bien seguir las instrucciones y además, Núlli y Jón estaban muy felices por construir la escuela, los dos habían soñado en su infancia con poder asistir a la escuela, y se decían uno al otro constantemente: ahora construimos para los niños, ahora construimos para el futuro, el mundo de los niños tiene que ser mejor que el nuestro. Por eso añadieron una planta. Es un poco más estrecha y eso da la impresión de que el edificio no sólo tiene los ojos muy abiertos, sino también que está inspirando profundamente. Las autoridades municipales no quisieron aceptar sus planes sin más, claro, apelaron a la escasez de fondos, pero los hermanos tenían aún sin tocar el dinero que les pagaron por construir la Torre del Noruego Elías, un gran edificio que se levanta en la Explanada Central; era la primera vez que les pagaban con dinero, lo tenían guardado en su casa y no les apeteció gastarlo ni encontraron nada suficientemente importante en qué emplearlo. De modo que empezaron a edificar la escuela y por fin encontraron una tarea que valiera la pena. Además, tuvimos un golpe de suerte: un barco cargado de magnífica madera noruega embarrancó a poca distancia de aquí, camino de Akureyri. Buscó refugio de la tormenta, se arriesgó a entrar en los fiordos, esas espantosas fauces que se abren frente al Mar Glacial, y nunca salió. Dos marineros se ahogaron y no aparecieron, los cuerpos jamás fueron encontrados y se sumaron al nutrido grupo de marinos que vagan por el fondo del mar, protestando por la lentitud del tiempo, esperando la llamada del último día que alguien les prometió en tiempos remotos, rogando que Dios los jale a la superficie, que los seque con un cálido soplo, que les permita caminar con los pies secos por el reino de los cielos, donde nunca se sirve pescado en la comida, dicen los ahogados, siempre tan optimistas, mientras se entretienen mirando la quilla de los botes, se asombran de los nuevos métodos de pesca, maldicen la basura que va dejando el hombre tras de sí, pero a veces lloran por añoranza de la vida, lloran como lloran los ahogados, y por eso es salado el mar.

Naturalmente, fue horrible que se ahogaran esos hombres, pero la madera que llevaba el barco fue un tesoro que se utilizó para el segundo piso de la escuela.

Núlli murió justo cuando clavaba el último clavo, ¡pum!, se oyó cuando golpeó sobre el clavo, ¡pum!, se oyó en su corazón, pero después no volvió a oírse nada más. Núlli se inclinó hacia delante y la frente tocó el costado del edificio al lado del clavo, que estaba aún medio fuera y así sigue, en recuerdo de un buen carpintero, de un buen chico, tan alto que no podemos colgar nada de él excepto gotas de lluvia y telarañas. No hay mucho que decir de la vida de Núlli, transcurrió sin grandes acontecimientos, no existen muchas historias sobre él y no sería sencillo escribir su necrológica; sin embargo, se produjo un vacío hasta mucho tiempo después de su

tránsito. Su hermano Jón estaba deshecho, claro, los dos eran solteros, se llevaban estupendamente y vivían juntos desde la muerte de sus padres. A veces encontrábamos a Jón llorando en plena calle o con el martillo en la mano mientras trabajaba en cualquier cosa. Era conmovedor y no sabíamos qué hacer. Nos quedábamos mirándolo consumirse, se había convertido casi en un miserable por la pena, la añoranza y la soledad. No sería exagerado decir que tenía ya medio pie en la indigencia cuando Gunnhildur, la que tuvo un hijo con el reverendo Þorvaldur, ¿te acuerdas?, ni siquiera se quitó la sotana mientras lo hacían, visitó a Jón en el trastero en que se había convertido la casa de los dos hermanos.

Bueno, mi querido Jón, dijo Gunnhildur, los dos estamos solos en este mundo, yo tengo que bregar con un niño pequeño que ese canalla con sotana se niega a reconocer, no tengo nadie en quien apoyarme y nadie con quien hablar por las noches, por no mencionar otras cosas. Y tú estás aquí solo, con tu buen corazón. Eras un trabajador magnífico, y ahora da horror verte en este estado. Creo que te estás consumiendo de soledad y añoranza. No hay que avergonzarse de ello, pero es algo inútil. Mira, podríamos continuar adelante cada uno por su lado, yo me las arreglo, no demasiado bien pero me apaño y no seré motivo de vergüenza para mi hijo, aunque no me resultará nada fácil, y desde luego será poco agradable. Y tú, mi querido Jón, no te las apañarás solo por mucho más tiempo, eres así. Eres trabajador y un cielo de hombre, aunque demasiado sensible. Dios te regaló un corazón bueno y generoso pero se olvidó de endurecer un poco su corteza. Lo estás perdiendo todo, pronto perderás la casa, después tu independencia y finalmente hasta la vida. ¿Por qué vamos a dejar que suceda eso, qué sentido puede tener semejante cosa? ¿Qué te parece, mi querido Jón, si me vengo a vivir aquí...? Gunnhildur miró alrededor. Jón estaba sentado en una silla medio desvencijada sin poder apartar los ojos de su rostro, ese montón de pecas... ¿a este antro tuyo, y los dos lo transformamos en un hogar decente? De amor no se puede hablar, está claro, pues no nos conocemos prácticamente nada, pero estoy segurísima de que llegaremos a apreciarnos, lo que no es poco. Tengo la sensación de que no me será nada difícil cogerte cariño, eres un hombre estupendo, ¡y no puedo dejar de mirar el azul de tus ojos! En cambio, no soy tan buena como tú, en realidad soy una mujeruca de poco fiar, pero mala no soy, y sí trabajadora y honrada a más no poder. ¿Qué dices, mi querido Jón? Yo puedo ser la corteza dura de tu corazón. Mi hijo no está bautizado todavía, el mal bicho ese de la sotana no me mete prisas para hacerlo, qué raro, pero ahora se me ocurre que Nikulás sería un nombre estupendo para el chico, y Jónsson de patronímico, si te parece bien. Por cierto, ¿no tendrás café?, yo lo preparo, ya sabes lo bien que se piensa con una buena de taza de café en las manos, aunque en realidad no estoy acostumbrada a hablar tanto, seguramente estoy un poco nerviosa, ya veo el café, ahí.

Poco después, la casa olía a café. Jón, el ebanista, recibió permiso para darle un beso en la boca, luego ella empezó a ordenar y a continuación fue a buscar al niño a casa de una amiga. ¿No puedes dormir, preguntó Gunnhildur esa noche, se había

despertado por culpa del niño, lo atendió, lo acunó hasta que volvió a dormirse y entonces se dio cuenta de que Jón estaba despierto, tumbado con los ojos muy abiertos, sin atreverse ni a pestañear, no puedes dormir? No, no hay forma, respondió él, excusándose. ¿Es por el niño, quieres que durmamos en el salón?, ¡ahora mismo llevo las cosas! Apartó el edredón y estaba ya medio fuera de la cama cuando Jón puso su mano de ebanista, cansada por el trabajo, sobre su hombro: no, dijo con timidez, no te vayas.

Brynjólfur siente un escalofrío. Se había olvidado de todo, apoyado en una farola de la calle, contemplando la escuela y dejando vagar sus pensamientos, el aire está fresco y te quedas frío si pasas mucho rato sin moverte. Además, la farola está apagada. Bárður, el guarda nocturno, se ocupa de nuestras farolas por la noche y las apaga cuando ya no es necesaria su luz. No abundan las farolas en Lugar, y están muy alejadas entre sí, en realidad son como la vida: unos pocos instantes luminosos separados por días oscuros. Brynjólfur se estremece, carraspea, escupe y luego continúa su camino. Un niño tose en una casa vecina, una tos larga y áspera, por favor, Dios, vigila esa vida, ruega Brynjólfur, y después saluda y sonríe a las dos criadas que van hacia él cargadas con los cántaros, camino del pozo, confiadas en que Bárður, el guarda nocturno, haya cumplido su deber de quitar el hielo de la tapa del pozo. Brynjólfur se alegra de forma incomprensible al verlas, se detiene, extiende los brazos, los transforma en un abrazo suficientemente grande para abarcarlas a las dos, ¡si no estuviera casado, dice, os besaría y luego me casaría con vosotras! Ambas mujeres sonríen, por las palabras y por la botella que sobresale del bolsillo del capitán. ¿Tan hombre eres que te atreves con dos mujeres?, dice una de ellas, es Bryndís, ha perdido a dos hombres en el mar y tiene que bregar con tres niños, ah, si supierais, dice Brynjólfur, ríe y se agarra la entrepierna, sí, dice Bryndís, pero el tamaño no es lo único que cuenta, la otra suelta unas risitas y ya se han ido.

Brynjólfur se vuelve para mirarlas. Bryndís es casi una cabeza más alta, una combinación de majestad, dulzura y tensión en sus andares, la amo, piensa Brynjólfur extrañadísimo, y aprieta las manos contra el lado izquierdo del pecho, como para evitar que el corazón se le salga y se vaya detrás de Bryndís, el corazón que en otros tiempos latía solamente por Ólafía, su mujer, llevan tantos años juntos que Brynjólfur prefiere no pensar ahora en eso y contempla a Bryndís ponerse en cuclillas y mover la tapa del pozo. Es tan placentero mirar a esta mujer, tal vez lo mejor de la vida. Pero ya ha terminado de llenar los cántaros, sonríe a Brynjólfur y se ha ido, el momento ha pasado.

Brynjólfur quita el tapón de la última botella, tuerce la esquina y pasa de la Calle de la Escuela a Sendero Viejo, y ya está en el barrio viejo. Allí se yerguen muchas de las casas más antiguas de Lugar, casas de madera de diferentes tamaños, construidas en la segunda mitad del siglo XVIII. Los habitantes del barrio son en su mayoría

simples marinos u obreros, algunos tienen gallinas mal humoradas en el patio trasero, en algunos sitios las casas están tan juntas que casi se tocan. Los que han navegado a otras tierras, han visto otros mundos y han despertado bajo cielos desconocidos y en medio de otros idiomas, dicen que en sus mejores momentos el barrio viejo recuerda a ciudades extranjeras por sus numerosas callejuelas estrechas y tortuosas. La gente de mejor nivel social prefiere evitar este barrio, y fue motivo de gran asombro, e incluso de cierto escándalo, que Gísli, el director de la escuela, hermano de Friðrik el factor y del reverendo Þorvaldur, decidiera comprar allí una casita y se mudara a vivir en ella; el barrio viejo no parece adecuado para un director de escuela, no digamos para un hombre de alto rango social. Pero Gísli lee poemas franceses y algunos poetas franceses están un poco locos, tratan de toda clase de asuntos equívocos y probablemente por eso Gísli no sigue siempre las sendas trilladas. Brynjólfur y él han bebido juntos algunas veces; una vez acabaron en Bifröst, la casa de comidas de Marta y Ágúst, coloquialmente llamada Sodoma, que está en el corazón del barrio viejo, justo al borde de la playa. Es agradable venir aquí, pero terrible quedarse, farfulló Gísli cuando él y Brynjólfur habían pasado la noche en el local, la débil luz mañanera entraba por las ventanas y Marta estaba borracha hasta la inconsciencia en brazos del director de la escuela.

Brynjólfur bebe un sorbo de cerveza, tiene ganas de acabar la botella de un solo trago, pero se fuerza a esperar, es bueno disciplinarse, farfulla, y se pone a pensar en Bryndís. ¿Tal vez la amo? Semejante idea lo extraña e intimida. Es tan decidida, tan fuerte, nadie comprende cómo puede salir adelante ella sola con tres hijos. En su momento, Lárus, el gobernador local, intentó disolver la familia pero, incomprensiblemente, ella consiguió sortear la amenaza. A veces es como si hubiera algo irreal en Bryndís, algo que despierta el interés hacia ella y que ha desarmado a los hombres más resueltos.

El segundo marido de Bryndís pescaba en un bote de seis remos con el hermano y el padre de ella, Brynjólfur lo conocía bien porque eran amigos de infancia, y ahora está muerto. Su recuerdo refrena los pies de Brynjólfur, los amigos de infancia son insustituibles y por eso se ve obligado a acabarse la cerveza. Muchas veces, en las amistades de la infancia hay pureza, luz e inocencia. Brynjólfur suspira, por los recuerdos y porque la cerveza se ha terminado. Se ha apoyado contra la cerca de una casita de madera con un adosado que en realidad puede ser cualquier cosa, almacén, trastero, taller, conoce a la gente que vive allí, un marinero de uno de los pesqueros con cubierta y su mujer, tienen cinco hijos, no hacen más que pelearse y maldecirse, nadie comprende qué los mantiene juntos, pero probablemente nunca seremos capaces de comprender el lazo que puede unir a dos individuos diferentes durante toda una vida, tan poderoso que incluso el odio es incapaz de romperlo. Brynjólfur contempla la botella de cerveza, Gammel Carlsberg, tan patéticamente vacía, y ha transcurrido un tiempo tan patéticamente largo desde que fue niño. Brynjólfur baja los ojos hacia sus pies y farfulla: ea, adelante vosotros dos, y lo obedecen a desgana;

camina despacio y piensa en su amigo y piensa en la hija de éste, Bryndís, que los perdió a todos de una tacada: esposo, padre y hermano. El padre de ella era el patrón y aquel día no hacía un tiempo especialmente malo, aunque el viento soplaba fuerte a rachas, y la última vez que vieron el bote tenía la vela izada, el padre estaba largando las líneas, una ráfaga de viento fortísimo golpeó la vela y la barca volcó al instante. Un viento que sopla única y exclusivamente para ahogar a seis marinos. Están largando las líneas, cada uno con sus pensamientos y la alegre expectativa común por el pescado, el bote cabecea pacíficamente pero de pronto están en el agua y ninguno sabe nadar, los recuerdos se amontonan mientras mueven los brazos como intentando asirse a algo, pues aunque los recuerdos sean preciosos no nos mantienen a flote en mar abierto, no nos salvan de ahogarnos. Pero ¿a quién debe intentar salvar el patrón, al hijo, al yerno o a sí mismo? Vacila, y en su vacilación se ahoga.

Brynjólfur camina despacio por las angostas callejas. Piensa en presentarse por sorpresa en casa de Gísli, ha oído decir que el director de la escuela celebra una de sus noches parranderas, pero, cuando se acerca, cambia de opinión y continúa su deambular. Quiere estar solo y marcha penosamente por la nieve, es difícil moverse, Lúlli y Oddur no han empezado a limpiar allí, este barrio siempre se queda para el final, los menos poderosos siempre se quedan para el final. Una pálida claridad sobre las casas y en torno a Brynjólfur, como si el aire fuese demasiado pesado o estuviese algo sucio, y él piensa en su vida.

¿Quién entiende la existencia?

En tiempos todo era más simple, pero ahora se ha vuelto todo muy complicado, no resulta nada divertido existir. Aunque aquí los tiempos eran más difíciles antes, Ólafía y él tenían escasos medios, con tres hijos que enfermaban con frecuencia, él se pasaba noche tras noche con alguno de ellos en brazos, escuchando atormentado su respiración irregular e intentando desesperadamente alejar la muerte de los frágiles cuerpecitos infantiles. Y de una u otra forma lo consiguieron, vivieron los tres, las dos niñas y el muchacho, Jason, a quien su padre prohibió terminantemente dedicarse a la mar. La única vez que Jason se embarcó fue cuando se marchó a América, acompañado por su hermana pequeña y el novio de ésta, diez años atrás, tendríais que veniros a vivir aquí, decían casi en cada una de sus malditas cartas, aquí se vive mucho mejor y es fantástico dejar el sol brillar sobre los viejos huesos cansados. Mis huesos no están ni pizca de cansados, murmura Brynjólfur, vete tú, le dice de malos modos a Ólafía, mentalmente, ¡lo que me sentará bien es librarme de ti!, pero al instante se muerde la lengua. ¿Por qué ya no lo divierte mirarla? Antes era la vida misma, despertarse a su lado, sentir sus prietas carnes, tomar sus pesados pechos en las manos, quizá solamente para tenerlos así, y decir algo, cualquier cosa, y ella le respondía con cualquier cosa, era estupendo.

¿Qué ha sido de la alegría?

Bryndís, musita en un susurro, intenta pronunciar el nombre en voz alta, como para sentir su presencia, su sabor. Ay, qué maravilloso sería volver a amar, entonces

todo se haría luminoso. Bryndís. Es agradable decir el nombre, lo deja escapar de sus labios y el aire tiembla un poco.

No, no se puede comprender el amor a fondo. Nunca alcanzamos su verdad última. Vivimos con alguien y somos felices, hay hijos, veladas tranquilas y muchos sucesos cotidianos y deliciosos, y en ocasiones pequeñas aventuras, y pensamos: así ha de ser la vida. Entonces conocemos a otra persona, quizá no sucede nada, sólo que ella guiña un ojo y dice algo banal, pero hemos dejado de existir, sin esperanzas, el corazón se acelera, se inflama, todo desaparece menos esa persona, y unos meses o años después os habéis ido a vivir juntos, el viejo mundo se ha derrumbado y uno nuevo se está alzando; a veces es preciso que un universo perezca para que pueda nacer otro.

La sonrisa de Brynjólfur se ensombrece cuando piensa en Ólafía. A veces, ella lo mira con esos grandes ojos suyos que recuerdan a los de un caballo triste. Ella se hundiría si me fuera con Bryndís. Brynjólfur se ha puesto triste otra vez, continúa su deambular, vaga por el barrio viejo, triste por su vida, por no sentir ya placer al tocar a Ólafía, y no porque sus pesados pechos se hayan vaciado, no porque su cuerpo parezca haberse vuelto gris, no, es algo completamente distinto, pero él no sabe lo que es, y la incertidumbre es una fuerza aniquiladora. En ocasiones se enfada, lisa y llanamente, cuando esos tristes ojos de caballo lo siguen por la pequeña vivienda, por eso salió a la calle muy temprano esta mañana, se dio tanta prisa en beberse el café del desayuno que se quemó la lengua, aún lo nota, murmuró algo de que tenía asuntos que atender, debía apresurarse antes de que la ira creciera en exceso y estallase en la superficie con palabras duras e hirientes, y sí, se apresuró, pero no encontró otra cosa que hacer que matar el tiempo en la tienda de Tryggvi, charlando sobre lo divino y lo humano, mirando productos que no le interesaban y que conocía del derecho y el revés, pasar el rato leyendo *La Voluntad del Pueblo*, que Gunnar le prestó. Leyó el periódico con mucha dedicación pero lo único que se le quedó fue un anuncio de que «se ha perdido en las calles una bolsa con veinte coronas en monedas de oro, varias monedas de plata y cobre y un anillo de oro, se ruega a quien lo encuentre que deje la bolsa en la imprenta, se recompensará debidamente». Y Brynjólfur pensó: demonios, sería fantástico encontrar esa bolsa, entonces podría comprarme un montón de cerveza y *whisky* sin tener que apuntar nada en la cuenta, pero no, no soy capaz de semejante tropelía, soy un puñetero viejo inútil, además, la gente preguntaría de dónde has sacado tú ese dinero, ¿y qué podría responderles? Camina entre la nieve por las estrechas callejuelas del barrio viejo y está triste. Quizá debería poner este anuncio en el periódico:

Se han perdido en las calles del pueblo el sentido de la vida, la gracia del sueño, la alegría entre mi esposa y yo, mi sonrisa y mis deseos de futuro. Se ruega a quien los encuentre que los deje en la imprenta, se recompensará debidamente.

Y de repente se encuentra ante la tienda de Snorri.

Demonios.

No tenía que suceder tan rápido.

Aún quedaban en el barrio callejas sin recorrer, y aún tenía varias cosas en las que pensar. Debería haberme presentado en casa de Gísli, y allí estaría ahora sentadito, borracho y feliz, piensa Brynjólfur, y mira con el ceño fruncido la casa, baja y bastante larga, «Tienda de Snorri», pone en la puerta, letras amarillas sobre un tablón marrón, colores desvaídos, una vida desvaída. La casa está situada pared con pared del cercado de Hansen, y es demasiado tarde para que Brynjólfur pueda dar media vuelta, los dependientes ya lo han visto y lo saludan alegres con la mano, Björn y Bjarni, padre e hijo. Siempre nos resulta difícil distinguir quién es quién y no son pocas las veces que tenemos que adivinar a quién nos estamos dirigiendo, y el hecho de que sean exquisitamente corteses, o sumamente tímidos, no facilita las cosas, pues en lugar de corregirnos, responden al nombre con que nos dirijamos a ellos. Brynjólfur posee una memoria magnífica y, naturalmente, hace ya tiempo que tiene relación con ellos y no confunde los nombres, excepto cuando está un tanto achispado, entonces se le enmaraña la memoria, y la vida también, a decir verdad, y las tres cervezas lo tienen un poco aturdido, entra y se limita a decir hola a padre e hijo.

Aquí no hay tanto espacio entre las paredes como en el comercio de Tryggvi, no, eso es como comparar una colina y una montaña. El suelo se queja bajo el peso del capitán, que ha llegado hasta el mostrador en un par de zancadas, padre e hijo llevan chaquetas negras que Snorri les hizo cortar a la medida en los días en que el mundo era un lugar más luminoso. La tienda está vacía después del invierno y muchas cosas de las que se llevaron a crédito nunca se pagarán. La mayoría de los clientes son del barrio viejo y algunos sólo van a casa de Snorri cuando su cuenta se ha hecho ya siniestramente elevada en los comercios más grandes, aunque no señalan a nadie con el dedo si la gente se va a comprar a casa de Snorri, son conscientes de que, cuando lleguen el verano y el pescado y haya trabajo de sobra, la gente intentará primero saldar sus deudas con los mayores y dejarán a Snorri esperando. ¿Dónde está Snorri?, va a preguntar Brynjólfur, los crujidos se han interrumpido y el suelo ha dejado de quejarse, pero oye entonces el débil sonido del armonio que surge de la vivienda de Snorri en el otro extremo del edificio. Snorri está sentado al armonio, el libro de partituras abierto, un alegre Mozart que tendría que animar la mañana, elevar el optimismo o, más exactamente, hacerlo salir de las profundidades, pero el comerciante no ha conseguido pasar de la primera página, no puede seguir, hoy no, Mozart está demasiado lejos, en medio se interponen el mar abierto y media Europa. Por eso, Snorri ha cerrado los ojos y dejado que los dedos se muevan solos siguiendo las partituras de su pecho, y la oscuridad se derrama del armonio, se desliza por las paredes de madera. Pero eso no parece afectar demasiado a los hermanos, que sonrían contentos al capitán, aunque tienen que levantar la cabeza, pues apenas le llegan a la

barbilla, él les ve la coronilla. El cabello del hijo clarea ya en lo alto y la calva es patente en el padre, que lleva trabajando en la tienda desde el principio, los dos tan fieles que la inseguridad del sueldo no los altera, el hijo debe de andar casi por los treinta y sigue viviendo en casa de sus padres. Padre e hijo dan, muchas veces, un paso atrás cuando entra alguien, una muestra involuntaria de cortesía. Torfhildur, la esposa y madre, suele sentarse detrás del mostrador, ayuda si es menester, pero por regla general se entretiene con alguna labor, teje jerséis, calcetines, manoplas, para sus dos hombres pero también para Snorri. Los tres, Torfhildur, el padre y el hijo, están muy bien juntos y no necesitan hablar, son silenciosos porque la cercanía dice todo lo que hay que decir. Torfhildur llama siempre a Brynjólfur mi chavalito querido, aunque no hay mucha diferencia de edad entre los dos, y lo saluda acariciándole la mejilla con la palma de la mano, dura y cálida, tiene que ponerse de puntillas para llegar tan alto. Pero ahora no se la ve por ningún sitio y eso pone a Brynjólfur de lo más timorato, vaya, hombre, pero siente vergüenza y pregunta, probablemente para tranquilizarse a sí mismo: ¿diablillos, ¿dónde tenéis guardada a Torfhildur, no seréis tan malos como para habérosla dejado en casa?! Finge alegría, sonríe de oreja a oreja y siente un pinchazo en el corazón al darse cuenta de que el ánimo de los dos se oscurece, pero luego le sonríen, prefería no salir, responde el padre, Björn o tal vez Bjarni.

El hijo: Tenía una tos bastante molesta.

El padre: Ha dormido mal.

El hijo: O no del todo bien.

El padre: Eso. Y tenía algo de fiebre.

El hijo: Pero no mucha.

El padre: No, no, no es nada.

El hijo: Mañana estará recuperada.

El padre: Sí, no es nada.

El hijo: No, nada en absoluto, qué va.

El padre: No, nada en absoluto.

Están los dos muy juntos, con las manos abiertas encima del mostrador, cuatro manos finas y elegantes una al lado de otra, y miran a Brynjólfur con insistencia inesperada, como si intentaran convencerlo y fuera de extrema importancia que se mostrase de acuerdo con ellos. Sonríen agradecidos cuando él farfulla: no, claro que no será nada. Pero él se siente como un pérfido traidor y dice incómodo: empiezo a preparar el *Esperanza* hoy mismo. Sólo he venido a informaros, decídselo a Snorri, yo no tengo tiempo de charlar con él ahora, el barco me reclama, chicos, ¡y el capitán tiene que acudir a su llamada! Da media vuelta bruscamente para no tener que ver la alegría y el agradecimiento que iluminan el rostro de padre e hijo, camina con decisión hacia la puerta, pero el padre lo alcanza presuroso, quiere decirle algo mas Brynjólfur no se da por enterado, abre y ya está fuera del edificio, el padre le grita un saludo con expresión de agradecimiento: dardos pequeños y afilados que le aciertan

en la espalda. Brynjólfur mira por un instante a un lado para desaparecer detrás de una casa, los dependientes están en la puerta y empiezan a saludar enérgicamente con las manos al ver su rostro, el brazo derecho de Brynjólfur se mueve un poco pero no se levanta, luego hay ya una casa entre ellos y en lugar de seguir en la misma dirección y dirigirse hacia el Arenal de Abajo, donde el *Esperanza* está varado en la playa, tuerce por el siguiente callejón y va casi en dirección contraria.

Geirprúður está en la calle cuando Helga y el muchacho llegan del pueblo con su cargamento, aunque principalmente es este último quien va cargado, con la incertidumbre como un charrán graznando encima de él, picoteándole la cabeza y cubriéndolo de sangre. Dos cuervos caminan torpemente a escasa distancia de la mujer, que está echando alguna clase de alimento delante de la casa, otros dos están posados en el tejado, esperando, negros flecos de la noche. Helga se detiene en medio de la calle, probablemente para no asustar a las negras aves, el muchacho nunca ha visto al cuervo acercarse tanto a una persona, Geirprúður podría estirar un brazo y tocar al más cercano. Ha quitado la nieve, ha dejado una amplia extensión vacía y ha echado algo, el muchacho tiene la certeza de que se trata de trocitos de carne, mira de reojo a Helga, que no parece extrañada. El cuervo es originario del Averno, está escrito en algún lugar, salió volando, negro como el carbón, de las fauces del demonio mismo, que le prestó su voz y su astucia. A veces llamamos a Geirprúður Madre Cuervo. Empezó a dar de comer a los cuervos al poco tiempo de instalarse aquí, lo que hizo que se comentaran cosas no demasiado agradables sobre ella, pero Guðjón no se preocupó en absoluto por eso, como con todas las cosas que hacía su mujer, y sólo dijo el cuervo es un pájaro muy curioso cuando su amigo el reverendo Þorvaldur se quejó de que Geirprúður atrajera los cuervos a las proximidades de las casas, y añadió que no resultaría nada agradable despertarse con esos negros pajarracos cerca, ¡tienes que comprenderlo, Guðjón! Entonces Guðjón, con la mirada perdida, dijo pensativo: en algún sitio he leído que, en tiempos remotos, el cuervo tenía una voz distinta, más dulce, pero que Dios, por algún motivo, se la quitó y le dio a cambio una voz que había de recordarnos nuestros pecados, naturalmente es una sandez, pero las sandeces puedes resultar entretenidas, ¿no crees, amigo? Þorvaldur no respondió, en esa época aún bebía y hacía poco se había comportado especialmente mal, bebiendo hasta perder el sentido en Sodoma, de modo que no estaba demasiado interesado en hablar de pecados y remordimientos, así que dejó de hablar del cuervo; no mencionó que, con frecuencia, veía a dos ejemplares posados en el alero del tejado de la iglesia cuando él aparecía por allí a primera hora de la mañana, y así lo hacían desde que Geirprúður empezó a alimentarlos. Madre Cuervo. Resulta bastante adecuado. Su cabello es negro como pluma de cuervo; sus ojos, oscuros carbones que han permanecido miles de años en las profundidades de la tierra y nunca han visto la luz. Quienes más lejos llegan afirman que tiene un graznido de cuervo por corazón, pero no debes creer todo lo que se dice. Los cuervos cogen los trocitos de carne, tres de ellos se suben de un vuelo al tejado para devorarlos, un cuarto se posa en el tejado de la casa de Þorvaldur, grazna dos veces y quizá alguien allí dentro siente un escalofrío.

Geirprúður los espera sin moverse. Mira al muchacho y las piernas de éste vacilan un poco, los dos llegan tan cerca de ella que ve las apagadas pecas y se da cuenta de

que esa mujer tiene una deuda de gratitud con ellas, pues sin las pecas su rostro de ojos negros y altos pómulos resultaría frío y hostil. Le tiende la mano, él deja su carga y la fría palma de la mujer lo roza por un instante, hola, dice con una voz un poco ronca y oscura, él levanta la vista para mirar fugazmente los cuervos.

Y enseguida están en el salón.

Geirþrúður está sentada en un mullido sillón verde, él en un banco de madera con grandes cojines sobre una alfombra tan suave que, sin darse cuenta, la acaricia como si de un perro se tratara. Se queda con los ojos clavados en una cómoda de tamaño extraordinario y con innumerables cajoncitos. Geirþrúður sigue su mirada, ¿te gusta la cómoda? Sí, continúa ella, es necesario tener muchos armaritos a los que pocos tengan acceso, y mejor si sólo lo tienes tú mismo. La ronquera de su voz no impone tanto aquí dentro, suena más dulce y casi perezosa, los ojos negros reposan sobre el muchacho, Madre Cuervo, esas palabras brotan de nuevo en su mente. El ser humano es una criatura extraña. Ha domeñado las fuerzas de la naturaleza, ha triunfado sobre dificultades que parecían insuperables, es señor de la Tierra, pero sabe muy poco de su propia mente y sus profundidades, ¿qué habita en esas profundidades y de dónde procede, obedece a leyes o el hombre va por la vida con un peligroso caos interior? El muchacho intenta apartar de su mente todo lo inútil, el graznido de cuervo por corazón, las historias sobre Geirþrúður y los capitanes extranjeros. Ella lleva una camisa blanca y una falda negra larga, si es que eso se llama falda, no está seguro, el cabello negro le cae sobre los hombros y el sillón verde está gastado o estropeado, como si no tuviera dinero para arreglarlo, está sentada casi completamente cruzada en el sillón, un cojín colocado en la parte baja de la espalda, las piernas sobre un brazo del mueble, como una niña o una muchachita, aunque seguramente tiene ya los treinta y cinco. El muchacho, en cambio, está sentado con la espalda muy recta en ese banco tan elegante, avergonzado por sus manchados pantalones de tela basta. Es absurdo avergonzarse de algo así cuando un amigo acaba de morir, congelado delante de uno, cuando la vida parece carecer de todo sentido, de todo significado, cuando uno incluso va a arrojarse en brazos del mar esa misma noche, probablemente resultará ridículo hasta el último momento, piensa con tristeza. Geirþrúður se pasa el dedo anular de la mano derecha por los labios, muy despacio, y luego lo mordisquea con sus blancos dientes, el colmillo derecho parece afilado como el de una alimaña. Helga lleva café y pastas, o pastelitos, en una bandeja; al muchacho, que ha pasado la vida en una vulgar casa de campo y en una cabaña de pescadores, le resulta difícil distinguir entre pasta y pastelito. La bandeja es seguramente de plata; las tazas, blancas con dibujos de hojas y ramas. Uf, piensa, y eso es lo único que se le ocurre.

Uf.

Y entonces su cabeza se vacía completamente.

Es un espacio vacío, abandonado a toda prisa.

Su mirada se pierde y la sangre resuena en sus oídos como una resaca inmensa. Helga parece estar diciendo algo. Al menos mueve los labios y él pregunta: ¿qué?

Geirþrúður lo mira, tiene que volver la cabeza cuarenta y cinco grados para hacerlo, su cabello negro cae como un ala sobre la mitad de su rostro, a sus labios parece asomar una sonrisa. ¡Estoy dentro de una novela! En el muchacho se enciende esta idea, que acude en su ayuda, lo salva, en algún lugar ha leído sobre todo esto: un banco, sillones, unas tazas así, eso que se llaman pastelitos o pastas y dos mujeres a las que no comprende. Esto es una novela, piensa feliz, y hasta puede sonreír, estoy dentro de una novela. El rumor de la sangre remite en sus oídos, a veces se queda sordo, le está diciendo Helga a Geirþrúður, y mudo también. No sé si sabré beber de unas tazas tan finas, dice él, excusándose, y añade: sólo las he visto parecidas en las novelas, esto último lo dice para explicarse, pero por supuesto suena totalmente fuera de lugar, y ellas se miran. Helga se sienta en una silla de respaldo alto y sonríe, aunque de modo apagado, eso sí, pero él está seguro de que ese mínimo cambio en los músculos de su rostro es una sonrisa, y probablemente dirigida a él.

No deberías dejarte impresionar por unas tazas finas, dice Geirþrúður con voz suave, perezosa, aunque una sombra de ronquera acecha por debajo, el graznido de cuervo que tiene en su interior, el muchacho no domina sus pensamientos ni su conciencia. No hace falta especial habilidad para beber en tazas finas ni para comer con cubiertos finos, aunque lo contrario sea una creencia muy generalizada. El ser humano es un animal, quizá un animal inteligente en el mejor de los casos, y desde luego tiene que alimentarse, la plata y la porcelana no cambian ni un ápice esa realidad, pero la plata suele cambiar al hombre, rara vez para mejor, ¿quieres fumar?, añade ella sosteniendo una cajita plateada, hace algún truco de magia y saca un delgado cigarrito, el muchacho dice no, gracias, pero Helga acepta, se inclina mientras Geirþrúður enciende su cigarro, y las dos mujeres aspiran el humo. Geirþrúður lo retiene más tiempo en los pulmones, deja salir el aire lentamente, mira entonces al muchacho con esos ojos oscuros, el humo se disipa y desaparece y ella dice: lamento muchísimo lo que le sucedió a Bárður, él era uno de los pocos que me caían bien, has sufrido una gran pérdida. El muchacho bebe un trago de café caliente tan grande que se le saltan las lágrimas, tose dos veces y la añoranza de Bárður casi le desgarrar el pecho, pero dice, como un completo estúpido: este café está muy bueno, y naturalmente se arrepiente de haberlo dicho. Ojalá entrara ahora alguien y le pegase un tiro en la cabeza.

Geirþrúður espera a que se recupere de la tos, a que tome otro sorbo de café sin tantos aspavientos, y dice entonces: si te atreves a contarlo, nos gustaría oír cómo sucedió.

Por algún motivo, la petición no le causa angustia y no se encierra en sí mismo, sino que, por el contrario, desea contarlo, incluso le entusiasma hacerlo, como si fuera algo de especial importancia estar allí sentado con esas dos mujeres y remontarse al momento en que abrió los ojos y vio la negra cabeza de Pétur asomando por el suelo, y seguir hasta el momento en que abandonó el poblado de pescadores en dirección a la noche: contar la historia que abarcaba desde la vida hasta

la muerte. Pero no ha hecho más que decir cómo se levantó la trampilla del suelo y asomó Pétur como el demonio en persona para decir salimos hoy, cuando llaman a la puerta, probablemente en la casa de comidas, porque los golpes suenan apagados. El muchacho calla. La cerveza de Tryggvi, dice Helga, se levanta, se alisa el vestido, mira un segundo al muchacho, espera un poco antes de seguir con tu relato, y él asiente con la cabeza, obediente, escucha sus pisadas alejarse. Entretanto háblame de ti, dice Geirprúður casi sin mirarlo, él apenas percibe un instante sus ojos oscuros como la noche cuando vuelve la cabeza a un lado.

Nosotros nunca preguntamos esas cosas.

Nosotros sólo preguntamos lo que es fácil de responder y no toca a nadie de cerca. Uno pregunta por el pescado, el heno y los corderos, pero no por la vida.

Geirprúður está sentada delante de él como una chiquilla maleducada, con la noche en el fondo de los ojos, y le pregunta por lo más íntimo y él, como si nada fuera más natural, ni siquiera dice uf, de eso no hay mucho de contar, lo que tal vez habría salvado la situación y además habría mostrado, en su humildad, el respeto debido a las instancias superiores, sino que se lanza directamente: mi padre se ahogó cuando yo tenía seis años, y comienza así por el meollo mismo de la historia.

Mi padre se ahogó cuando yo tenía seis años, así que mi madre se quedó sola con nosotros tres, todos pequeños, mi hermana era apenas un bebé, al poco nos separaron y nos mandaron a cada uno a un sitio. Pienso que este mundo en que vivimos no es especialmente bueno. Sólo recuerdo vagamente a mi padre, y mis mejores recuerdos se los debo a mi madre, que me escribió muchas cartas en las que me hablaba de él. Lo describía con tanta viveza que se me quedó grabado en la memoria, y difícilmente pasa un día sin que piense en él, y a veces siento como si me estuviera mirando desde el fondo del mar.

Se interrumpe bruscamente, casi asustado, casi enfadado consigo mismo por haberse arrancado el corazón para mostrárselo a una extraña, ahí está, en la mano extendida, como un gatito que maúlla débilmente, los ojos aún cerrados. Un tintineo de copas y un rumor de voces le proporcionan tiempo para reponerse. Geirprúður ya no lo mira, ha desviado la cabeza en el momento mismo en que él empezó su relato, se ha apartado el ala de cuervo del rostro, y ahora mira hacia un lado. El muchacho, apesadumbrado y lleno de desprecio por sí mismo, clava los ojos en el suelo, en la blanda alfombra, roja y con extraños motivos florales, todo resulta ahora demasiado increíble. Geirprúður estira el brazo para coger el cigarro a medio fumar, él oye un sonido grave cuando ella chupa, la brasa revive y quema un trozo del cigarro, la vida es una brasa que calienta la tierra y la hace habitable. Sigue con tu relato, dice ella cuando el silencio ha empezado a espesarse en torno al muchacho, y a oprimirlo. Falta poco para que se pueda percibir calidez en su voz, deben de ser imaginaciones mías, piensa él, pero se siente un poco mejor, al menos lo suficiente para levantar la vista y pasearla para contemplar mejor el salón doble, más aún, se inclina a un lado para ver mejor. La ventana del salón exterior es bastante más ancha y más alta, debajo

de ella hay una mesa grande y sólida, y encima pende una enorme araña de luces, ve una esquina de un piano, o cree que se trata de un piano, si se inclina en la otra dirección ve un cuadro muy grande, no menos de dos metros por dos, que muestra la animada vida callejera de una gran ciudad, como si todo estuviera en movimiento. El muchacho se siente turbado y se endereza. Se da cuenta de que debe de haber ofrecido un espectáculo extrañísimo, inclinándose a un lado y luego al otro, mirando con los ojos abiertos como platos, como un buey estúpido, pero Geirprúður hace como si no pasara nada, fuma con gesto pensativo, él percibe movimiento con el rabillo del ojo, hay alguien en la puerta. Mira y encuentra los ojos muertos de Bárður en un rostro blanco, y oye en su cabeza la querida voz del amigo:

Y yo que creía que ibas a venir conmigo.

Su primera tarea en Lugar, aparte de servir de mulo de carga para las compras de Helga, es abrir botellas de cerveza para Brynjólfur y encargarse de que a Kolbeinn no le falte café en su gran jarra, que Geirprúður le compró durante un viaje a Londres dos años atrás. La jarra costó un chelín, pues había pertenecido a un famoso poeta, William Wordsworth, que compuso muchos poemas para el mundo, algunos de los cuales aún iluminan a esta humanidad angustiada y vanidosa.

Mencionamos esto de la jarra y su anterior propietario porque para el capitán Kolbeinn sólo hay dos cosas importantes: la poesía y el mar. La poesía es como el mar, y éste es profundo y oscuro, pero también azul y portentosamente bello, allí nadan muchos peces y allí viven criaturas de toda clase, no todas buenas. Todos somos capaces de comprender el interés de Kolbeinn por el mar, pero claro, a algunos les resulta difícil entender su interés por la poesía. Es normal leer sagas islandesas, tienen que ver con la patria y a veces son muy emocionantes y entretenidas y tratan de héroes con los que podemos compararnos, y también leer leyendas y relatos de la vida cotidiana y grandes hazañas, así como algunas baladas, mejor si son obra de poetas que hablen de la patria y que sepan mucho de la siega del heno y el cuidado de las ovejas, pero si un capitán de barco pone la poesía al mismo nivel que el pescado, ¿qué clase de capitán es? Porque, además, Kolbeinn nunca consiguió mujer, y encima perdió la vista. La luz del día lo abandonó y la oscuridad se adueñó de él. Un marino muy trabajador, sobre eso no hay duda alguna, recio como una peña y estupendo pescador, ciertamente no muy dotado para la vida social y un poco retorcido en su forma de hablar, pero nada presuntuoso y estupenda persona, aunque nunca se casó y vivió en casa de sus padres, que más tarde vivieron en la de él, cuando los años los volvieron incapaces de valerse por sí mismos. Bendita pareja. Eran buenas personas, y difícil resultaría encontrarles alguna pega. El padre murió primero, en la época en que el fanático interés de Kolbeinn por las palabras y la poesía acababa de despertar, de modo que el anciano apenas tuvo ocasión de enfadarse porque su único hijo, su carne y su sangre, malgastara un dinero muy valioso comprando libros. Pero la madre se contagió de su interés y murió mientras leía una novela alemana traducida al danés; estaba tumbada en la cama, leyendo, cuando la muerte se acercó a ella, rápida pero dulce, y el libro se quedó abierto encima del rostro de la buena mujer. Kolbeinn pensó que sólo estaba descansando a mediodía, su madre ya era mayor y el reposo es bueno para los huesos viejos, así que no hizo nada, no le dio siquiera un empujoncito hasta dos o tres horas más tarde, pero ciertamente no sirve de mucho dar empujoncitos a los muertos. Cuando Kolbeinn perdió la vista, poseía unos cuatrocientos libros. Algunos grandes y caros, llegados en barco desde Copenhague, como el que mató a Bárður. Naturalmente, comprar esos libros exigió un dinero considerable, y las mujeres que habían soñado con vivir con ese capitán tan trabajador, aunque huraño y a veces extravagante, dieron gracias a Dios por no

haberse metido en semejante berenjenal, y le dieron las gracias con mayor devoción todavía cuando Kolbeinn perdió la vista y empezó a perder también su antes próspera situación económica. No sabemos exactamente cuándo comenzó a perder visión, lo disimulaba asombrosamente bien, se las iba apañando con su luz menguante, simplificaba su modo de trabajar; la tripulación se dio cuenta, claro está, de que había cambiado su forma de comportarse, pero lo achacaban a su creciente excentricidad y a su igualmente creciente dedicación a la lectura; no obstante, mientras siguiera pescando igual de bien, aquello era asunto suyo. Y no pescaba peor. Aunque desde hacía cierto tiempo ya no era capaz de distinguir los puntos de referencia en las montañas, era como si percibiera el olor del pescado en la profundidad del mar. Cuando su vista se apagó casi por completo, se iba a acostar y aún podía leer, pegando casi la cara contra las páginas del libro, las manos se las veía relativamente bien y también distinguía la forma de las casas, pero las estrellas del cielo habían desaparecido mucho tiempo atrás, hasta que un día despertó en la oscuridad total.

Primero permaneció tumbado, tranquilo, esperando que le volviera la vista o lo que quedara de ella. Estuvo tumbado y quieto todo el tiempo que fue capaz. Entonces empezó a mover la cabeza. A mirar por un instante a los lados, parpadear, frotarse los ojos, pero todo seguía igual, estaban muertos y la oscuridad se apretó tanto contra él que le dificultó la respiración. Así que se sentó un momento para tomar aliento y luego se golpeó la cabeza, flojo al principio, después con fuerza, la golpeó una y otra vez contra la pared, cada vez con mayor intensidad, quizá con la esperanza de que volviera a encajarse alguna cosa que se hubiera salido de sitio, pero la oscuridad no se inmutó un ápice, no lo abandonó. Se había adueñado de él y jamás aflojaría su presa. Avanzó entonces a tientas hasta llegar sano y salvo al sillón de lectura, junto a la ventana, se sentó allí muy erguido, con el rostro ensangrentado, esperando a que apareciese su timonel y pensando acaso en el cuchillo que corta con facilidad las venas. Pero primero tenía que hablar con el timonel y luego intentaría garabatear algo en un papel, como fuese. Poseía la mitad del barco, más o menos, todos esos libros y la casa, así que ni hablar de matarse y abandonarlo todo sin habérselo dejado antes a alguien, pues de otro modo llegarían unos truhanes y unos canallas como Friðrik y Lárus, lo cogerían todo y tirarían lo que no quisieran. Por fin apareció el timonel a interesarse por Kolbeinn, que siempre, sin excepción, había sido el primero en llegar al barco, y ahora toda la tripulación estaba esperando y rascándose la cabeza, ¿estás enfermo, quizá?, preguntó titubeante el timonel, que sintió un frío penetrante, frío y miedo, al ver el rostro de Kolbeinn manchado de sangre seca y sus ojos horriblemente vacíos. Kolbeinn movió su terrorífica cabeza en dirección a la voz y, tranquilo y en tono de mando, dijo: hoy llevas tú el barco, estoy ciego. Vete. Hablaré contigo más tarde. Y el timonel se sobresaltó, asustado por aquellos ojos ciegos, asustado como siempre ante aquel sujeto endemoniado; se marchó y bajó al barco, apenas respondió a las preguntas y no desveló la realidad hasta que estuvieron en mar abierto, con cinco días de pesca por delante. Por su parte, Kolbeinn recorrió la casa a tientas en

busca de papel y pluma, se cayó dos veces al tropezar con los muebles, la segunda vez se dio con la estantería de los libros, se quedó sentado en el suelo largo rato acariciando los lomos de los libros, a lo mejor el infierno de un ciego es una biblioteca, refunfuñó, intentó sonreír sin demasiado éxito, y cuatro o cinco lágrimas brotaron de sus ojos, esperemos que no sean más, pensó, destrozado por no poder sobrellevar aquella desgracia sin que se le escaparan las lágrimas, esos peces de cristal.

A la hora de la verdad, el hombre resulta ser muy poca cosa, uno se rompe como una miserable tabla roída por la carcoma, le dijo a Geirþrúður, que se lo había encontrado sentado en el suelo delante de la biblioteca. ¿Estás ciego, Kolbeinn?, le preguntó, no por cortesía sino como si estuviera preguntando si le dolía un dedo. ¿Tú qué crees?, respondió él con amargura, y le pidió que le buscara pluma y papel, y así lo hizo ella, sin decir palabra, y se las dejó en el regazo. Él cogió la pluma y sacó un libro de la estantería, con intención de utilizarlo de pupitre, pero siguió sentado sin hacer nada. Pasó el tiempo y Geirþrúður, que había ido allí a devolver un libro y tomar prestado otro, se sentó a esperar hasta que él dijo: no puedo escribir.

¿Qué quieres escribir?

Eso no es asunto tuyo.

Tienes toda la razón, pero puedo escribirlo por ti.

¡Pues coge esta mierda!, exclamó él, y arrojó la pluma y el papel a la oscuridad, hacia el lugar desde donde llegaba su voz.

¿Y qué quieres que escriba?

Poseo aproximadamente la mitad del barco, estos libros y esta casa, no quiero que se los queden unos malditos truhanes.

¿Escribo eso?

Claro que no, no seas estúpida.

¿Por qué crees que esos truhanes se van a quedar tus propiedades?

Porque soy un pobre hombre y pronto estaré muerto.

Por lo que veo... hizo una breve pausa y continuó: ahora parece vivir y respirar. Y como él no respondía, añadió: vamos, por lo que veo.

Kolbeinn se revolvió un instante pero fingió que no pasaba nada y dijo: pero ¿tú crees que puedo vivir así, como un pobre ciego, un inútil para todos, un inválido que no sirve para nada?

¿De modo que piensas suicidarte?

¿Qué voy a hacer si no, ponerme a bailar?

Puedes vivir con Helga y conmigo, a ratos necesitamos compañía.

¡Me llamas compañía!

Por supuesto, tendrías una habitación en la que cabrían todos los libros, venderías la casa y yo me quedaría con la mitad del barco, y todo arreglado.

Cuando hay que elegir entre la vida y la muerte, casi todos eligen la vida.

Geirþrúður lo condujo a través de Lugar hasta llegar a la casa, lo llevó como se

lleva a un perro viejo y tullido, al que uno mataría en un acto de misericordia. Eso fue hace cuatro años. Desde entonces, Kolbeinn no ha ido más allá de la cerca del patio, se sienta en el jardín cuando hace buen tiempo y el sol calienta la atmósfera, pero donde se encuentra más a gusto, si no hace buen tiempo, es en la casa de comidas, dándole al café y escuchando a los clientes, si los hay. Helga y Geirprúður se turnan para leerle, preferentemente por la tarde o la noche, cuando la oscuridad ha suavizado el mundo y ha escapado al espacio en busca de las estrellas, entonces se sienta en el salón la extraña trinidad profana. Nosotros nunca hemos conseguido entender por qué Geirprúður se llevó a su casa a ese pez lobo. No tenían mucha relación antes, ella tomaba prestados a veces libros del capitán, pero quizá ambos encajan muy bien: él ciego para el mundo y ella ciega para la moral.

Pero ahora esa trinidad ya no es trinidad, porque el muchacho se ha unido al grupo. Sirve café en la jarra que perteneció en tiempos al poeta aquel, diciendo se lo ruego cada vez, pero Kolbeinn finge no darse por enterado de su presencia, como si no me viera, piensa el muchacho, y la ironía le da cierto apuro.

Contó a la trinidad la historia de cómo la vida se convierte en muerte.

Helga había vuelto acompañada por Kolbeinn y el muchacho les habló de aquel día en el mar.

Que Bárður se olvidó su chaquetón, que se habían alejado de la costa más de lo habitual. Les contó cómo empeoró el tiempo, cómo empezó a hacer frío, a soplar el viento, y cómo las olas empezaron a romper sobre la barca. Bárður se quedó enseguida empapado y frío, tan empapado y tan frío que no habría servido de nada que alguien le hubiera prestado su chaquetón, seguramente sacrificando así su propia vida y tal vez las de todos. Quien se queda empapado tan lejos en mar abierto, con viento y nieve, está condenado a morir. El muchacho quizá no se había dado cuenta de ello, o no quiso hacerlo, y probablemente sólo ahora se le ocurría que la única esperanza estaba en llevar a Bárður a tierra lo antes posible, en golpear la vela y la barca para arrancar el hielo y la nieve a fin de alcanzar una buena velocidad. Y sin embargo, no cabía realmente esperanza alguna. No había esperanza.

Luego habló de cómo había atravesado el valle y la oscura noche, cargando con el libro que mató a su amigo, para mí tú eres todo cuanto existe bajo el Cielo.

Geirprúður había escuchado con los ojos entornados, blancos párpados que se hundían en la noche de los ojos. Helga miraba la alfombra roja porque los ojos tienen que estar en algún sitio, no son como las manos, que pueden quedarse dormidas, ni como las piernas, de cuya presencia nadie se da cuenta al cabo de un rato, los ojos

son muy distintos, sólo descansan detrás de los párpados, el telón de los sueños. Los ojos son unos pícaros. Siempre tenemos que estar pendientes de adónde dirigirlos y cuándo. Nuestra vida brota por los ojos, y por eso los ojos pueden ser escopetas, música, cantos de aves, gritos de guerra. Pueden delatarnos, pueden salvarnos, pueden perderte. Vi tus ojos y mi vida cambió. Los ojos de esa mujer me asustan. Los ojos de ese hombre me hipnotizan. Mírame, así todo estará bien y quizá podré dormir. Antiguas historias, probablemente tan antiguas como el hombre, hacen que ningún ser vivo soporte mirar a los ojos de Dios, pues albergan la fuente de la vida y el negro agujero de la muerte.

El muchacho describió los ojos de Bárður. Tenía que darles luz, darles vida, hacerlos brillar una vez más. Aquellos ojos castaños que un marinero extranjero desconocido había dejado en esa tierra hace muchísimos años. Geirþrúður y Helga rara vez miraban al muchacho mientras hablaba, Geirþrúður quizá lo miró una vez, la otra algo más, pero los ojos ciegos del capitán descansaban todo el rato sobre él sin pestañear, ventanas frías, inertes, sombrías, nada surgía de ellas, nada entraba en ellas. El relato se hizo más largo de lo que esperaba. Se olvidó de sí mismo. Desapareció de sí mismo. Escapó de la existencia y desapareció en el relato, allí tocó a su amigo muerto, dándole la vida. Quizá el objetivo del relato era levantar a Bárður de entre los muertos, penetrar en el reino de la muerte con las palabras como armas. Las palabras pueden tener el poder de los trols y pueden matar a los dioses, pueden salvar vidas y destruirlas. Las palabras son flechas, balas de rifle, aves mitológicas que persiguen a los dioses, las palabras son peces inmemoriales que encuentran algo espantoso en las profundidades, a veces su anchura es tal que pueden abrazar el mundo y también el cielo, mas a veces las palabras no son nada, harapos rotos traspasados por el hielo, obras inútiles que la muerte y la desdicha destruyen con facilidad.

Y las palabras son lo único que posee el muchacho. Aparte de las cartas de su madre, los pantalones de tela basta, la ropa interior de lana, tres delgados libros que se llevó de la tienda, unas botas de marino y unos zapatos horribles. Las palabras son sus amigos más leales e íntimos, y sin embargo resultan inútiles cuando se las pone a prueba: no consiguen resucitar a Bárður, y Bárður siempre lo supo. Por eso se quedó antes en la puerta y dijo: y yo que creía que ibas a venir conmigo, aunque no dijo lo que el muchacho pudo comprender más tarde: porque yo no iré contigo.

Cuando terminó el relato se produjo un silencio, un silencio que él mismo rompió con un murmullo, como distraído, tengo que escribir a Andrea para decirle que estoy vivo.

El silencio que sigue a un largo relato muestra si ha tenido interés o si se ha contado en vano, revela si el relato ha entrado y tocado algo o si sólo ha abreviado el tiempo, sin dejar nada tras de sí.

Ninguno de ellos se movió hasta que un fuerte golpe los arrancó de su ensimismamiento. Alguien golpeaba la pared de la casa desde fuera. Helga se levantó, se levantó despacio, y de pronto tenía en la mano una hoja de papel y una pluma que dio al muchacho, diciendo: tenemos que ocuparnos de los que nos importan y se preocupan por nosotros, y sin demorarnos, la vida es demasiado breve y acaba a veces de forma repentina, como tú mismo has podido comprobar dolorosamente. Luego se fue a ver qué puño era responsable de aquellos golpes.

Tenemos que ocuparnos de los que nos importan y se preocupan por nosotros.

Ésta debe de ser una de las leyes de la vida, y el demonio le da una patada en el culo a quienes la desobedecen.

El vestido de Helga produjo un frufrú cuando salió del salón, dejó tras ella un perfume y también la calidez que se posó en las mejillas del muchacho al acariciarlo fugazmente con cuatro dedos. El viejo Kolbeinn se puso en pie, farfullando algo en voz baja e incomprensible, utilizaba el bastón para desplazarse pero con apatía, pues conocía el camino, y se fue deprisa detrás de Helga, de su aroma y su frufrú, y así se quedaron solos los dos, él y aquella mujer de ojos negros como noches de enero. Miraron directamente al muchacho, que sostenía en la mano la pluma, y de ellos brotaba su vida interior, contagiada tal vez del color de los ojos. Todos conocíamos muy bien a Bárður, dijo ella, con tono lento y prudente, y lo echaremos de menos, cada uno de nosotros a su manera, también Kolbeinn, aunque él parezca sentir todo menos añoranza. Pero se pueden contar con los dedos de una mano las personas a las que Kolbeinn presta un libro, no digamos ese libro en particular.

Oyeron acercarse los pasos de Helga, rápidos y expertos, hay quienes caminan de una forma que parece que nada puede desequilibrarlos, como si ninguna pena flotara sobre ellos, pero también hay personas que son pura duda. Ya ves que la forma de andar puede decir mucho sobre las personas: camina hacia mí y sabré si te amo.

Es Brynjólfur, dijo Helga asomándose a la puerta, y el muchacho creyó ver una apagada sonrisa en el semblante de Geirþrúður, sed de cerveza, añadió. No te gusta mucho, dijo Geirþrúður, aún con la apagada sonrisa. Helga negó con la cabeza, tendría que haber empezado a preparar su pesquero, así de simple, dijo. Nada es simple, repuso Geirþrúður, y quizá sea menos malo que beba aquí en vez de en casa de Marta y Ágúst. Geirþrúður fingió no oír el bufido de Helga, se volvió hacia el muchacho y dijo de sopetón, sin preámbulos, como si antes hubiera tomado ya alguna determinación: De modo que ésa será tu primera tarea en la casa. Servir cerveza a un capitán y encargarte de que no le falte café a otro capitán, luego tendrás que comprarte ropa decente, así como hay ropa adecuada para el mar, también la hay para la tierra. Helga irá contigo más tarde y se encargará de que te compres algo decente, yo lo pagaré, porque parto de la idea de que vas a vivir aquí, añadió, quizá movida por el gesto del muchacho, el gesto de quien no sabe si se siente aliviado, si siente vergüenza por algo, o si, sencillamente, es feliz.

Sólo he venido a devolver un libro, pudo articular por fin, después de un largo

silencio soportando las miradas de ambas mujeres.

Geirþrúður se llevó brevemente un dedo largo y fino a los labios y dijo: No siempre sabemos lo que queremos, o preferimos reprimir nuestros deseos; además, ¿adónde pensabas ir? No me resulta fácil imaginar que vuelvas al mar, no eres un marino de verdad, y sería un desperdicio ponerte a trabajar con el pescado salado. Yo diría que no tienes ni idea de lo que puedes hacer, ni de quién eres, pero Helga y yo tenemos nuestras ideas al respecto y no decidimos las cosas a tontas y a locas. Así que deja que decidamos por ti esta primera vez. Naturalmente, tendrás que trabajar por el alojamiento y la comida, por la ropa, y empezarás ocupándote de los dos capitanes.

Pero ¡yo no sé hacer nada!, exclamó el muchacho sin pensarlo siquiera.

Qué raro.

Las palabras tienen la costumbre de escaparse de su boca, por eso suele decir tonterías que lo ponen en dificultades o atraen la atención de otras personas hacia él sin ninguna necesidad. A veces intenta arreglar la tontería diciendo algo inmediatamente después, pero por regla general empeora las cosas, y en esta ocasión esto es lo que añadió: En realidad ya había acordado trabajar en verano en el comercio de Leó. Bárður y yo lo acordamos con Leó, o más bien fue Bárður quien lo hizo, fue él quien organizó el trabajo, a mí me dieron el puesto gracias a él y ahora está muerto y no sé qué pasará, concluyó su breve y confusa explicación. Qué demonios estoy diciendo, pensó, y se maldijo. Geirþrúður no se dejó impresionar y dijo simplemente: El que no sabe hacer nada no tiene nada que hacer en la tienda de Leó, Tove te descuartizará para usarte como carnada después de la primera semana, y seguramente no será eso lo que quieres, ¿verdad? Pero aquí nosotros, la trinidad, y esta vez sonrió con claridad, sabemos juzgar a las personas como tú mejor que Tove. Sabes leer, y tengo entendido que escribes con buena letra, ¿no es cierto? El muchacho se limitó a asentir con la cabeza, sin atreverse a abrir la boca por temor a soltar algún despropósito. Bueno, a nosotros nos basta con lo que sabes, resulta que es muy poca la gente que sabe leer en este pueblo, porque una cosa es haber aprendido a leer y otra distinta es saber leer, existe un abismo entre ambas cosas. Tendrás para ti la habitación donde has dormido y luego puedes intentar confeccionar con Kolbeinn un catálogo de sus libros, pero espera todavía un poco para eso, déjalo acostumbrarse a ti, tendrás que leerle por las noches y así se irá ablandando poco a poco. Y una cosa más: puedes esperar que digan de ti toda clase de barbaridades si decides vivir aquí con nosotros, es culpa mía, pero tendrás que cargar con ello.

Siempre me han gustado los cuervos, dijo el muchacho, otra vez sin pensar, las palabras salieron disparadas de su boca ellas solas. ¿Quién se dedica a gobernar mis palabras allí dentro?

Para su asombro y alivio, las dos mujeres sonrieron. Vio los dientes de Geirþrúður, blanquísimos, dos afilados colmillos de alimaña, aunque los incisivos de abajo están torcidos, lo que es una ventaja, lo es que es blanco y totalmente recto

acaba por resultar aburrido. Sin pecado no hay vida.

Y aquí está él ahora. Sentado delante de dos capitanes de barco y pluma en mano. ¿Qué debe escribir, mi querida Andrea o queridísima Andrea? Kolbeinn y Brynjólfur están sentados a su mesa del rincón de la derecha, Helga le enseñó la forma de hacer las cosas, cómo servir la cerveza, el café, cómo anotarlo en la cuenta, me llamas si no te aclaras, y ella desapareció y él se quedó solo con los viejos. Brynjólfur lo mira fijamente de vez en cuando, los cabellos y la barba enmarañados, tráete una cerveza, mocoso del demonio, le grita con voz tonante, aunque la primera cerveza no está aún vacía del todo, es como un ternero con diarrea, le explica Brynjólfur a Kolbeinn. Pero al muchacho le da igual que lo llamen mocoso del demonio y ternero con diarrea, no son más que palabras, absolutamente impotentes si a uno le importan poco, se limitan a atravesarlo sin tocar nada. Además, Brynjólfur tiene un interés mucho mayor y más profundo por la cerveza que por él, y su ánimo se ablanda cuanta más cerveza bebe. Dos cervezas y el mundo ya no es tan malo ni está tan lleno de basura de toda clase como para poner a prueba el ánimo de un hombre honorable. Porque tú y yo somos hombres honorables, le dice a Kolbeinn, quien responde con su voz ronca, casi rasposa, que la honradez es un lujo para ángeles insulsos, no te comprendo, dice Brynjólfur, con esa voz tan profunda que los peces tiemblan en el mar cuando sube a cubierta y habla en voz alta. No esperaba que lo entendieses, gruñe el otro. Pues explícate y que el demonio se coma al chavalillo este, me da la sensación de que es un insulso. Pues entonces, el demonio no tendrá ningún interés en él, dice Kolbeinn, a los insulsos les dan alas de ángel. Mira que eres raro, farfulla el grandullón, por eso siempre me he llevado tan bien contigo. Después, los viejos lobos de mar se ponen a hablar de pescado y del mar, y el muchacho deja de escuchar, excepto con un oído, en todo caso, o más exactamente lo justo para enterarse cuando pidan cerveza o café, más le vale entonces reaccionar deprisa, pero en tanto Brynjólfur tenga cerveza, él puede estar a solas con sus pensamientos, el otro bebe café a sorbitos, un café tan negro como la oscuridad que lo envuelve. Tienen más o menos la misma edad, pero el rostro de Kolbeinn parece más viejo, casi centenario. Hablan del mar y de arriesgadas singladuras, hablan con pasión del pescado, el bacalao nada por sus venas, el tiburón se sumerge en las profundidades de sus hígados, hay tempestades y heladas terribles y un mar mortalmente oscuro, Brynjólfur se estremece y se agarra a la mesa para no caer por la borda, la gruesa lengua de Kolbeinn se lame el salitre de los labios. El muchacho le ha servido ya ocho cervezas a Brynjólfur, otras tantas veces ha llenado de café la jarra del poeta nacional inglés, el poeta tiene sed, dice Kolbeinn alzando la jarra, el muchacho aparece al momento con el café, al principio no sabe nada de ese Wordsworth ni que la jarra fuera suya, le extraña que Kolbeinn se llame a sí mismo poeta, y se queda de lo más intrigado, ¿de qué coño de poeta hablas?, pregunta al fin Brynjólfur, cuando Kolbeinn pide café por cuarta vez y mira alrededor como si tuviese ganas de pegar a alguien, el muchacho casi ni se atreve a

respirar. Eres idiota, gruñe Kolbeinn, el dueño de esta jarra era un poeta inglés, y sonríe irónico, el rostro se vuelve feroz y sus ojos inútiles se clavan en Brynjólfur, que de repente siente una enorme pesadumbre, la alegría de la cerveza desaparece y deja caer su tosca cabeza, por qué tienes que ser tan cruel, farfulla, pero Kolbeinn no responde, qué podría responder, y por un rato sólo se oye el sorbeteo del ciego. Brynjólfur tiene los ojos fijos en la bebida e intenta recuperar la alegría. El muchacho escribe «Mi querida Andrea», y desea subrayar varias veces la palabra «querida», porque de repente su aprecio por Andrea lo recorre de arriba abajo. Ahora estará sola en la casa, Guðrún sola en la otra, por qué no pienso ya en Guðrún, mi corazón no se agita siquiera cuando pienso en su nombre, ¿y dónde estará Bárður ahora, su cuerpo, ese envoltorio muerto e inútil que dejó tras de sí al marcharse, dónde estará, a la espera de que alguien vaya a buscarlo? ¿Hice mal yéndome tan deprisa, fue una traición? ¿Y por qué demonios tengo que acordarme precisamente ahora de la Ragnheiður esa, por qué tuvo que enseñarme la maldita punta de la lengua? Clava la mirada en el papel y tarda en oír a Brynjólfur, que encuentra así una ocasión espléndida para afilar su lengua e insultar a ese condenado muchacho, pero sus palabras carecen ya de peso, Brynjólfur está contento otra vez, acaba de comprender que Kolbeinn es un tipo estupendo, lo único es que eres ciego, añade, como si tuviera que mencionar ese detalle precisamente, eres muy observador, dice Kolbeinn, y luego vuelven a charlar del mar, enseguida están de nuevo en alta mar, corren graves peligros, el pasado los libera por un rato del presente, de la tristeza, de los dolores, de la oscuridad. El muchacho sostiene la pluma pero mira de reojo a Kolbeinn, intenta comprenderlo pero no puede, claro, siente respeto, algo así como temor, le da miedo tener que leer para él, tener que estar cerca de él, ojalá estén también ellas escuchando, así sería un mal menor, ¿tendré que leer para él esta noche? El pez lobo, piensa después, ahora está pensando en el pez, ¿el pez lobo está siempre de mal humor, o es sólo su apariencia? Niega con la cabeza, son tantas las cosas que ignora... Ha escrito «Mi querida Andrea», y ahora añade «estoy vivo, he llegado a mi destino», pero entonces deja la pluma. ¿Por qué demonios tendría que vivir? No siento interés por nada, y menos aún por la Ragnheiður esa, es tan fría que hace encogerse mi corazón. No quiero nada, no deseo nada. Mira confuso la pluma. No quiere morir, eso no. El deseo de vivir está metido en los huesos, corre con la sangre, ¿qué eres, vida?, pregunta en silencio, pero la respuesta está a una distancia inconmensurable, lo que no es extraño, nosotros tampoco tenemos la respuesta, pese a que hemos vivido y también hemos muerto, hemos cruzado la frontera que nadie ve y que, sin embargo, es la única que importa. ¿Qué eres, vida? Tal vez, la respuesta se oculta en la pregunta misma, en el asombro que provoca. ¿La luz de la vida se apaga y se convierte en oscuridad en el momento mismo en que dejamos de sentir asombro, dejamos de preguntar y tomamos la vida como cualquier cosa cotidiana?

El muchacho se ha puesto a pensar en la biblioteca del capitán, que se ha imaginado desde el momento en que Bárður le habló de ella, cuatrocientos libros,

seguramente no hace falta nada más en la vida, aparte de la vista, claro, piensa con cierta malicia, pero da un respingo cuando el ciego pasa a su lado, desaparece en el interior de la casa y cierra bien la puerta. Otra cerveza, bribón, pide Brynjólfur a viva voz, y el muchacho le lleva la novena. Las cervezas desaparecen en la boca del gigante, su cuerpo las recibe sin rechistar, soy enorme, le explica el trol al muchacho, siéntate aquí conmigo, maldita sea, si no te doy una zurra, es horrible estar sentado aquí solo, uno se queda tan solo cuando está solo, haz el favor de no dejar solo a este vejestorio.

El muchacho es bueno. No se va de la mesa, aunque tampoco llegaría muy lejos, Brynjólfur lo ha agarrado por el brazo derecho con su manaza. Se sienta al lado del trol bebedor de cerveza, que se concentra en ella con todas sus fuerzas y luego empieza a hablar de un viejo compañero de barco, Ole el noruego, los dos navegaron juntos durante quince años o así, escaparon con vida de las más horrendas galernas y de mares montañosos, y luego resulta que Ole se ahogó un día de calma chicha, con el barco en el muelle. Ole, borracho como una cuba, se dio un golpe en su calva cabezota, cayó al Pollurinn, que era un espejo, y desapareció, ni siquiera pudo terminarse la botella que había comprado en la tienda de Tryggvi, un coñac francés para el que Ole llevaba mucho tiempo ahorrando. Sacaron el cuerpo, y la botella resultó estar apenas medio vacía, firmemente sujeta al cinturón de sus pantalones. Demonios, dice Brynjólfur en pleno relato sobre el noruego, cierra un ojo, luego el otro, se pone un dedo delante, ¡ya no veo con claridad!, grita casi, aterrorizado, ¡estoy perdiendo la vista, ese bicho asqueroso me ha contagiado! ¡Estoy quedándome ciego! Brynjólfur cierra los ojos, pero vuelve a abrirlos cuando el muchacho le explica que después de nueve cervezas apenas hay nadie que vea con claridad. El capitán se siente tan agradecido que suelta al muchacho, quien se frota el maltrecho brazo bajo la mesa.

Ya es casi mediodía y, naturalmente, el sol habrá conseguido llegar a tierra pese a las nubes y empezará a filtrar su luz por las ventanas de la casa de comidas, aunque todavía no haya alcanzado altura suficiente para iluminar la Barra y la parte central de la población, en torno a la Explanada Central, y el monte Eyrarfjall, erguido hacia el cielo, sepulte las casas con su sombra. Pero si hubiera sol en el cielo, enseguida iluminaría las ventanas del salón de una casa no muy alejada del barrio viejo. Allí hay una mujer sentada con la mirada perdida, tiene ojos grandes, recuerdan a un caballo que ha pasado toda su vida a la intemperie, bajo una fuerte lluvia. Está sentada sin mover ni un músculo, como quien ha perdido toda alegría de vivir. Antes, hace mucho tiempo, reía con frecuencia y entonces sus ojos eran soles sobre la vida, los carámbanos que colgaban duros y fríos en el exterior de las casas se convertían en refrescantes gotas de agua, ¿dónde está ahora la alegría de esos ojos? La mujer permanece inmóvil, tal vez esperando a alguien que se ha ido tan lejos que la vida probablemente será demasiado breve para que pueda volver. Cabizbaja, con los hombros un poco encogidos, pasará todo el día allí sentada, y cuando oscurezca y

todo esté menos claro, semejará más un bulto que una persona. ¿Dónde ha quedado la justicia de la existencia, de esta vida perra? Naces con los ojos más bellos del mundo, bellos como el mar, luego pasan treinta años y ya no son bellos, son sólo demasiado grandes y te acompañan acusadores, y cuando los miras no ves más que cansancio y desesperanza.

Maldita sea, uno la mira y piensa en un caballo azotado por la lluvia, no digo un jamelgo, estás loco, muchacho, ¡yo nunca llamaría así a mi mujer, y quien diga algo por el estilo conocerá la fuerza de mis puños! Brynjólfur golpea la mesa, el muchacho da un respingo y se oye el tintineo de las botellas vacías de cerveza que Brynjólfur ha dispuesto en cuidadosa fila delante de él, ocho, no, nueve botellas de cerveza vacías. El capitán vuelve a agarrar el brazo del muchacho y, por desgracia, exactamente en el mismo sitio, sujeta con fuerza, le saldrá un moretón horrible, pero no se atreve a moverse. Ojalá hubieras visto a mi mujer aquí, riendo, muchacho, ojalá hubieras visto sus ojos, ay, ¿qué ha pasado, adónde se fue la alegría, por qué tuvo que cambiar así, de dónde salieron esa oscuridad, esa tez gris? ¿Sabes, muchacho?, de niños jugábamos con Kristján, los tres andábamos siempre juntos, los recuerdos buenos y luminosos no se los quita a uno nadie, pero los malos tampoco desaparecen, si acaso se hacen más insistentes con los años, malditos sean. Kristján se ahogó, ¿lo sabías?, el mar se lo llevó, ésa es la forma en que debemos morir los marinos, claro que sí, pero lo echo mucho de menos, tengo tan pocos con quienes hablar, ¿sabes que Bryndís es hija suya?, Bryndís, qué nombre más bonito, me pregunto si Dios lo habrá creado para hacernos sentir un poco mejor. Pero, querido amigo, me gustaría que hubieras visto sus ojos antes, no los de Bryndís, sino... sino... ¡Por todos los demonios, no recuerdo cómo se llama!

Brynjólfur mira perplejo, no recuerda el nombre tan profundamente arraigado en su vida. El nombre de la mujer que jugaba con él cuando la infancia lucía sobre los tres y construían ciudades de hielo en invierno, se ocupaban juntos del ganado en verano y a veces ella se ponía botones de oro en el cabello y parecía un sol, ella era la aventura hecha persona. Brynjólfur frunce el ceño, se esfuerza por recordar el nombre y suelta sin darse cuenta el brazo del muchacho, que suspira aliviado, aunque en silencio. Finalmente hay un destello en los ojos enrojecidos, como un destello de lucidez, como una luz en lo más profundo de una oscura niebla: bebo demasiado. Lo dice deprisa y con claridad, luego asiente con la cabeza para mostrar su acuerdo con sus propias palabras y añade: sí, y los traiciono a todos. Brynjólfur mira sombrío al muchacho y parece tener problemas para verlo con claridad, echa la cabeza un poco atrás, entorna los ojos y repite: ¡a todos! La traiciono a ella, ya lo sabes, a mi mujer, y a sus ojos, los traiciono todos los días. Traiciono a Snorri, y eso duele. Traiciono a esos chicos encantadores, Björn y Bjarni, y traiciono también a Torfhildur. ¿Cómo se puede traicionar a una persona como Torfhildur? ¿Qué clase de vileza es ésta? Imagínate, esta mañana llegué a desear que se muriera, ¿y sabes por qué? Ella confía en mí y me dice cosas bonitas, pero en lugar de ser agradecido intento evitarla porque

ella me hace recordar mis traiciones, imagínate si se muriese hoy mismo, o quizá mañana, ¿no debería matarme? Y eso que no soy malo, a pesar de todo, es sólo ese peso que hay dentro de mí, aquí dentro, dice, y se da un violento golpetazo en el pecho, aquí dentro hay unos bichos pequeños, negros, que han ido abriéndose paso hasta el corazón. A veces me olvido de que están ahí, pasan incluso meses y he empezado a creer que algo los ha matado y que ya soy hombre libre, pero entonces vuelven a dar señales de vida y se ponen a trabajar con más fuerza y maldad que nunca. He intentado ahogarlos, ahogar a esos malditos en cerveza y *whisky*, pero deben de saber nadar y se vengán en cuanto me quedo sin fuerzas. Nunca podrías imaginar cómo es su venganza, eres tan joven, ay, ojalá ella volviera a reír, entonces sus ojos volverían a ser bellísimos y todo estaría bien, y ojalá pudiera yo recordar su nombre, entonces me iría a casa por el camino más corto, la tomaría en mis brazos y le suplicaría entre lágrimas que me perdonara, soy un hombre que sabe llorar, créelo. Pero ¿cómo se llama?

Brynjólfur calla. Intenta mantener la cabeza erguida, tantea con la mano en busca del brazo del muchacho, que lo evita pero no pasa nada, el capitán tiente el aire sin darse cuenta. Siempre puedo quedarme a vivir aquí una semana, piensa el muchacho, eso no haría ningún daño y así Andrea no tendría que preocuparse por mí. Incluso dos semanas. Seguramente, en dos semanas podré leer dos novelas y también algo de poesía, aparte de lo que tenga que leerle a Kolbeinn. No es traición, en realidad, vivir dos semanas más, piensa optimista, incluso contento, pero de pronto el aire del local se enfría, el frío se cuela entre sus ropas y se le mete en la carne. Levanta la vista y se encuentra con los fríos ojos de Bárður, de pie detrás de Brynjólfur. Bárður mueve los labios, azules de frío y muerte. ¿Cuánto tiempo tendré que esperarte?, pregunta su voz en la mente del muchacho. ¿Cuánto tiempo tendrá que esperarte tu madre, cuánto tiempo tendrán que esperarte tu padre y tu hermana, que sólo tiene tres años? ¿Por qué estás vivo tú y nosotros no? No lo sé, balbucea el muchacho temblando de frío, y se yergue en su asiento, mira a Bárður y en su desesperación casi grita: ¡no lo sé! ¡Chist! ¡Ni una palabra!, brama Brynjólfur de pronto, y aprieta con fuerza el brazo del muchacho, ¡espera!, ¡no te vayas!, ¡está pasando algo, chist, ni una palabra, ya llega! Brynjólfur se inclina hacia delante, como para escuchar, para recibir un lejano mensaje, para recibir un nombre que la vida hace dar vueltas en su memoria, se inclina hacia delante, cierra los ojos, su cabezota baja lentamente y ya se ha dormido antes de que la frente toque el tablero de la mesa. Y los dos se quedan a solas, el muchacho y Bárður, el que vive y el que murió. El muchacho libera el brazo de la mano del capitán sin apartar los ojos de Bárður, que mueve sus labios azulados de frío y dice: me siento solo aquí. Yo también, balbucea el muchacho, en cierto modo excusándose, entonces alza la voz y dice: no te vayas, sin saber si eso es lo que realmente quiere. Bárður no responde, sólo sonríe con amargura. Ha empezado a nevar. La nieve cae en silencio detrás de las ventanas, copos grandes que revolotean en el aire, tienen forma de alas de ángel. El muchacho está inmóvil, alas de ángel

revolotean allí fuera, mira a Bárður, que se está disolviendo lentamente y se convierte en un soplo de aire gélido.



JÓN KALMAN STEFÁNSSON (17 de diciembre de 1963, Reikiavik) es un autor islandés. Creció en Reikiavik y Keflavík. Tras acabar el colegio, trabajó en Islandia occidental como pescador entre otros oficios. Estudió literatura en la Universidad de Islandia de 1986 a 1991, pero no la acabó. Durante este período dio clases en distintas escuelas y escribió artículos para el diario *Morgunblaðið*. De 1992 a 1995, vivió en Copenhague. Regresó a Islandia para ocuparse de la Biblioteca Municipal de Mosfellsbær hasta 2000. Después, sólo se ha dedicado a escribir cuentos y novelas. En 2005 recibió el Premio de Literatura de Islandia. Ha publicado 7 novelas hasta la fecha: *Sumarið bakvið Brekkuna* (1997), *Birtan á fjöllum* (1999), *Ýsimlegt um risafurur og tímann* (2001), *Snarkið í stjörnunum* (2003), *Sumarljós og svo kemur nóttin* (2005), *Himnaríki og helvíti* (2007), *Harmur englanna* (2009), *Hjarta mannsins* (2011). Sus textos describen con gran belleza literaria y metáforas sugerentes una Islandia rural con personajes bastante singulares siempre simpáticos y que, en el fondo, hablan de los sentimientos universales de los humanos, también de los de hoy. Salamandra ha publicado en octubre de 2011 *Entre cielo y tierra* en castellano.

Notas

[1] Traducción de Esteban Pujals, Cátedra, Madrid, 1986. (*N. del T.*). <<